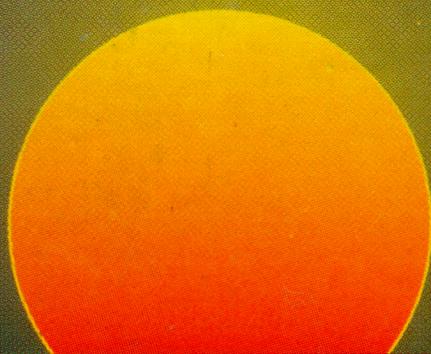


Ramón Pérez Minaya



**EL
DESARROLLO
Y LA
OPCION
NEOLIBERAL**

Ramón Pérez Minaya, es un experimentado economista, con estudios de grado y postgrado de la Universidad de Puerto Rico (1961-1968).

Pertenece a la primera generación de economistas dominicanos posterior a la época de la dictadura de Trujillo.

Dedicó por completo la primera etapa de su vida profesional a las actividades académicas (1966-1971).

Luego pasó a ocupar posiciones técnicas en el tren gubernamental, llegando a dirigir los principales organismos técnicos relacionados con la formulación de la política económica: el Departamento de

EL DESARROLLO Y LA OPCION NEOLIBERAL

**Instituto Tecnológico de Santo Domingo
(INTEC)**

Santo Domingo, 1994

Ramón Pérez Minaya

**EI
DESARROLLO
Y LA
OPCION

NEOLIBERAL**

Pérez Minaya, Ramón
El Desarrollo y la Opción Neoliberal / Ramón
Pérez Minaya -- Santo Domingo: Instituto Tecnológico
de Santo Domingo, 1994.
193 p.

1. Desarrollo Económico I. Tit.



CD 338.9

c 1994

ISBN 84-89525-47-1

Diseño de portada: Rayma Editores
Composición y diagramación: Rayma Editores

Corrección: Sara Peralta de Rathe
Ilustraciones : Patricia Cambiaso Rathe
Dionnis Martínez de Cambiaso

Impresión: Editora Corripio
Santo Domingo, República Dominicana, 1994

A mis amigos

**"La ciencia debe explicar la
vaguedad y complejidad
mediante ideas más claras y
sencillas"**

Claude Bernard

CONTENIDO

PREFACIO	v
INTRODUCCION	1
DE LAS COSAS A LA PRODUCCION NACIONAL	5
Conceptos Preliminares	5
Cómo Definir la Pobreza	5
Las Cosas y sus Finalidades	8
La Reivindicación de los Servicios	10
El Consumo	12
El Propósito de la Economía	12
La Racionalidad del Consumo	14
La Inversión	18
Invertir o no Invertir	18
El Gobierno, la Inversión y la Eficiencia	19
Las Exportaciones	21
El Juego Económico más Eficiente	21
Vendemos lo que Podemos	28
Las Importaciones	31
La Producción Nacional y las Importaciones	31

La Producción, el Ingreso y su Distribución	36
El Algebra del PNB	36
La Otra Cara de la Inversión	38
La Distribución entre Desiguales	42
LA TEORIA, EL DINERO Y LA INFLACION	51
Simplificando con la Abstracción	51
De la Teoría a la Realidad	51
La Ley de Oro	56
Lo Pequeño y lo Grande	61
El Dinero Omnipresente y los Macroprecios	65
Qué es el Dinero	65
Quién Crea el Dinero	68
Los Macroprecios	71
La Inflación	80
LA FISIOLOGIA DE LA ECONOMIA	87
El Crecimiento Económico	87
La Multiplicación del Gasto	87
Las Limitantes del Crecimiento	94
Las Estructuras de la Producción	99
Los No Comerciables	100
La Producción Agrícola	102
La Producción Industrial	108

LA INDUSTRIA: LA CARGA PESADA	113
El Túnel sin Salida	113
La Industria Naciente	114
El Embudo Industrial	116
¿Quién se Equivocó?	120
El Cambio de Dirección	122
La Inflación como un Fenómeno Estructural	125
El Enfrentamiento Teórico	126
El FMI y los Ajustes Monetaristas	133
Las Economías No Inflacionarias	135
¿Qué Pasa Después del Ajuste?	142
 UN VISTAZO HISTORICO	 145
La Cara del Neoliberalismo	145
La Historia del Exito	155
Los Tigres Industriales	164
El Cono Sur	172
 COROLARIO	 183
 BIBLIOGRAFIA	 187
 RECUADROS	
1. Organizaciones para Ordenar la Economía Mundial	24
2. Más sobre el Multiplicador	91

3.	El FMI: Mito y Realidad	140
4.	Los Neoestructuralistas	148
5.	La Liberación del Comercio Internacional: Liberación de las Importaciones	154
6.	La Liberación del Comercio Internacional: Liberación de las Exportaciones	158
7.	Otros Experimentos Neoliberales	180

CUADROS

1.	Población, superficie, producto nacional bruto e ingreso per cápita de varios países	44
2.	Ingreso per cápita y distribución del ingreso de varios países	49

GRÁFICOS

1.	Los componentes del costo de una cámara fotográfica importada	33
2.	Relación porcentual de los impuestos sobre la renta, las utilidades y las ganancias de capital sobre el total de los ingresos del gobierno, 1990	35
3.	Componentes del Producto Nacional Bruto (PNB)	39
4.	Flujos de ingresos de bienes y servicios	41
5.	La distribución de ingresos a nivel mundial	50
6.	La relación entre la cantidad de dinero en la economía y la producción	77

PREFACIO

Este libro, **El Desarrollo y la Opción Neoliberal**, de Ramón Pérez Minaya, tiene un propósito esencialmente educativo. Primero que nada, es una introducción a la economía para quienes no están familiarizados con esta rama de las ciencias sociales. Segundo, es una descripción analítica de las economías latinoamericanas (entre las cuales se encuentra la dominicana) sociedades éstas que constituyen el centro de la preocupación del autor sobre cómo lograr que pasen del estancamiento y el atraso a la etapa de economías desarrolladas. Y tercero, plantea que la opción neoliberal de moda en los últimos años, no ha sido ni es el mejor camino para el desarrollo económico.

Hace un cuarto de siglo que conozco a Ramón Pérez Minaya, y es de las pocas personas de quienes puedo decir que, además de ser brillante, tiene un pensamiento original. Conoce y asimila las teorías y la información y las procesa de manera personal. Es decir, no es un repetidor de ideas sin examen crítico previo. Eso no quiere decir que siempre tenga razón, pero sí que lo que dice es interesante y merece que se le preste atención.

En toda su extensión, el libro refleja esa originalidad de enfoque que es parte de su persona, pues se manifiesta en todo lo que hace, pero que también es fruto de un buen entrenamiento profesional y de haber internalizado una combinación de lo conceptual y lo práctico.

Además, el libro está escrito de manera sencilla para que todo público lo pueda leer. Y el decir cosas complejas de manera que se

puedan entender requiere, no sólo un esfuerzo deliberado, sino un gran dominio de la temática. A continuación algunos ejemplos de esa doble claridad de pensamiento y comunicación.

Define el desarrollo económico como:

"el proceso en el cual la producción de la economía se expande de una forma relativamente rápida, por un período suficientemente largo".

Sobre el predicamento de los países pobres dice:

"Nuestras sociedades tienden a ser eficientes imitando las formas de consumo de los países avanzados, creando infinitas --y muchas veces inaccesibles-- necesidades económicas. La inversión, por su parte, va quedando rezagada y atrapada en un tinglado de ineficiencias, abriéndose cada vez más la brecha entre las crecientes expectativas insatisfechas de la población y una producción escasa, inestable e inadecuada".

Y en cuanto a las razones de por qué hay países pobres, sentencia:

"Los países subdesarrollados o en desarrollo, o países pobres, o cómo se los llame, no se identifican sólo por magnitudes que puedan ser mensurables, tales como los niveles de producción, ingreso o consumo. Nuestros países son pobres porque somos pobres culturalmente. El subdesarrollo es una condición sociológica. Está en nuestros valores, en nuestra percepción del trabajo y del ahorro, en nuestros niveles de educación y capacidad de aprendizaje, en nuestra observación de las obligaciones ante la sociedad, en nuestros niveles de información. En síntesis, se trata de una condición de nuestra mente".

Convencido está de que la expansión de la economía se logra mediante el crecimiento de las exportaciones, siempre que éstas crezcan a un ritmo igual o superior al de las importaciones. No obstante, expresa con mucha propiedad la desventaja que tienen los países subdesarrollados en los mercados internacionales, limitados

como están, a la oferta de ciertos productos básicos de la agricultura, la minería o de mano de obra intensiva y barata, mientras los productos industrializados de alto grado de elaboración permanecen dentro del dominio exclusivo de los países avanzados por ser ellos los que controlan el desarrollo tecnológico.

Es por eso que dice:

"La ruta del desarrollo económico está marcada por la creación de un moderno sector exportador. Si hubiese alguna forma de sintetizar la estrategia de desarrollo económico, ésta sería la siguiente: la promoción del desarrollo humano a través de la educación, y la promoción activa de las exportaciones. En estos dos pilares debe descansar cualquier esfuerzo serio de alcanzar el progreso material de nuestras sociedades. Las exportaciones constituyen el motor del crecimiento económico y sustentan la posibilidad de un verdadero desarrollo, que sólo puede ser posible si se elevan los niveles educativos de la población. Esto así, porque la falta de educación se convierte en un límite al desarrollo, sobre todo si este último está basado en la incorporación de nuevas tecnologías".

El modelo adoptado por las economías latinoamericanas fue, sin embargo, el de la sustitución de importaciones. Se intentó lograr el crecimiento, fundamentalmente, produciendo para el mercado nacional. Como bien señala Ramón Pérez Minaya, inicialmente, el esquema de industrialización tuvo significativos efectos sobre la modernización de la sociedad.

"Pero, en la medida en que avanzaba el modelo, se agotaban las oportunidades de sustitución de importaciones, perdiendo ímpetu el movimiento y terminando todo en un estancamiento virtual, lo que arrastró consigo al resto de la economía, quedando el crecimiento económico nuevamente a expensas de los ingresos de divisas generados por las exportaciones tradicionales y el financiamiento externo".

Al agotarse el potencial del modelo de sustitución de importaciones y al mismo tiempo disminuir el precio de las materias primas

tradicionales, se produjo el enorme desajuste de las economías, simbolizado por la inflación y la deuda externa. Ante la catástrofe política de estar inmersos en un proceso de pauperización de las condiciones de vida, los gobiernos optaron por financiar los déficits imprimiendo dinero inorgánico y tomando prestado, lo que contribuyó al agravamiento del problema y a hacer más difícil la solución. El resultado fue la dolorosa Década Perdida, cuando los niveles de vida se retrotrajeron veinte años, y el remedio fue el ajuste estructural de la economía y el pago de la deuda.

Como dice el autor, para los neoliberales, después del ajuste de la economía,

"una vez que la casa está en orden, en términos monetarios, y la tranquilidad de los precios prevalece, lo que hay que hacer es dismantelar los dispositivos de la injerencia estatal en la actividad económica, incluyendo, naturalmente, la inconveniente protección a la producción local. Luego, simplemente, "laissez faire", dejar hacer: esperar que la oferta y la demanda interactúen en un panorama de libertad para que se reinicie el crecimiento económico sano y de mayores posibilidades de sostenimiento. En la óptica neoliberal las cosas no son más complicadas que este sencillo planteamiento".

En contraposición a América Latina, que miró hacia adentro, la característica principal de los muy exitosos Tigres Asiáticos, fue que estaban orientados hacia afuera, o sea, hacia los mercados internacionales, y en este propósito involucran todos los recursos de la sociedad. Como señala Pérez Minaya, la controversia no está en cuanto al modelo exportador, sino en el papel del Estado.

"Inicialmente, algunos economistas relacionados con las instituciones internacionales que promueven el esquema neoliberal, atribuyeron el éxito de estas economías al simple sistema de "laissez faire". Tal parece que se confundió el fuerte énfasis hacia la competencia en el mercado internacional con la libertad de mercado... En realidad, la intervención gubernamental en las economías coreana y taiwanesa se ha ido modificando a lo largo del tiempo. De hecho, en la medida

que estas economías han alcanzado progresivamente un mayor grado de madurez y competitividad internacional, han liberalizado gradualmente las políticas económicas. Han creado la infraestructura física necesaria, han logrado un efectivo desarrollo humano en sus sociedades y, en los casos en que ha sido necesario, han promovido empresas industriales. Han actuado en forma práctica y sin dogmas".

Pérez Minaya logra convencernos de que la mejor receta para el desarrollo de América Latina está en usar bien la cabeza. Lo ve como algo factible de realizar, siempre y cuando estas sociedades se orienten en toda su capacidad hacia los mercados internacionales; a la educación de toda la ciudadanía y logren un Estado comprometido con el desarrollo y en capacidad de actuar de manera pragmática para obtenerlo, lo cual incluye una protección "razonable" a la producción nacional mientras esto sea necesario.

Este libro está hecho para disfrutar de una buena lectura, aprender economía y comprender mejor las vías hacia el desarrollo. Al terminar de leerlo, necesariamente la visión del lector sobre todas estas cosas habrá cambiado porque se habrá enriquecido. Nada mejor se puede decir de un esfuerzo intelectual.

Eduardo Latorre
Diciembre de 1993

INTRODUCCION

La teoría económica intenta explicar nuestra conducta como actores económicos. Se trata de algo muy inmediato a nosotros, sobre lo cual deberíamos tener más comprensión. Por el contrario, la economía se envuelve, cada vez más, en intrincadas formulaciones matemáticas que, generalmente, no le agregan precisión y que la alejan tanto de las realidades que pretende explicar como de la gran mayoría de las personas que ni manejan las técnicas ni el lenguaje especializados.

Aunque la teoría económica estuviera equivocada, siempre deberíamos ser capaces de entenderla y enjuiciarla. En la economía --como en el resto de las ciencias-- por complicada que sea la explicación, lo sencillo siempre está subyacente. Este libro está basado en esa premisa. En estas páginas, se pretende que el lector no especializado en asuntos económicos, encuentre una explicación del funcionamiento de las economías latinoamericanas, caracterizadas por su atraso relativo dentro del contexto de la economía mundial. Se intenta hacer una descripción simplificada del funcionamiento del aparato económico y de la inflación, la cual permita una comprensión de las fluctuaciones de las actividades relacionadas con la producción, la inversión y el consumo, así como las posibles orientaciones de políticas que puedan conducir, a lo largo del tiempo, a un proceso viable de desarrollo económico.

A fin de proveer al lector de un esquema conceptual mínimo que le permita una comprensión de los planteamientos teóricos y

técnicos aquí contenidos, inicialmente se presentan algunos conceptos básicos de la teoría y la contabilidad económicas, el dinero, su rol en la economía y la inflación. Luego se discuten los procesos y estructuras económicas fundamentales, presentando la revisión de algunas experiencias de desarrollo económico.

A lo largo del texto, se hace una exposición sobre los lineamientos de las políticas y objetivos económicos propuestos por la llamada escuela "neoliberal", los cuales están en discusión desde la década de los cincuenta, cuando se trataron de aplicar en nuestros países los primeros programas de estabilización propugnados por el Fondo Monetario Internacional. Estos programas, que son derivaciones lógicas de los razonamientos de la escuela de pensamiento económico tradicional, han evolucionado y han llegado a convertirse en la actualidad, en toda una estrategia de desarrollo económico para los países pobres.

En los últimos años, las proposiciones neoliberales han cobrado una importancia y trascendencia inusitadas, debido a los intensos esfuerzos que realizan los organismos internacionales de financiamiento para inducir a nuestros países a que adopten sus orientaciones en la definición de las instituciones y políticas económicas. La coherente y bien definida estrategia de desarrollo económico neoliberal se discute en un momento en que surgen rápidas y profundas transformaciones en la economía mundial, todo lo cual imprime al asunto una indiscutible importancia. En este libro se hace una exposición crítica de las propuestas neoliberales desde una perspectiva latinoamericana, las cuales hoy se hace evidente que habrán de tener decisivos y prolongados efectos en las economías de la región.

En este tenor, los planteamientos neoliberales se contrastan con los razonamientos de la escuela "estructuralista", originaria de América Latina, que se constituyó en la principal voz de oposición en la región. Esta escuela esbozó un conjunto de objeciones conceptuales que acusaban las limitaciones e insuficiencias de dichos planteamientos.

Como se aprecia, este breve texto tiene una alta densidad por los variados y complejos temas económicos que en él se manejan, lo cual no permite un tratamiento a fondo de los asuntos explicados. En este sentido, éste es un libro sin pretensiones. Se trata de una obra de divulgación sobre temas económicos que no responde al rigor de la literatura especializada. La presentación, los enfoques, los modos de razonamiento, ciertas terminologías y la organización del texto, no corresponden a la tradición. Se evade deliberadamente la terminología especializada; se simplifican las explicaciones utilizando la experiencia cotidiana, para no emplear --en la medida de lo posible-- los razonamientos abstractos; se idean esquemas de explicación no convencionales; y la secuencia de la exposición no obedece, necesariamente, a la lógica tradicional.

Aun más, el lector avezado y apegado a los convencionalismos de la economía, habrá de encontrar énfasis exagerados, o quizá entienda que se hace uso indebido de algunos conceptos. Todo esto es el resultado de un esfuerzo que busca el camino más corto y sencillo, para lograr que personas no especializadas en el campo alcancen un conocimiento mínimo de la fisiología del aparato económico de países como los nuestros, y de la naturaleza, y posibles consecuencias de las proposiciones neoliberales.

Es claro que tratar asuntos de la profundidad y complejidad como los que aquí se abordan dentro de los estrechos límites de este espacio, representa, en sí misma una ingente y difícil tarea. El asunto se complica aún más debido a que el trabajo ha estado a cargo de una persona que ha desenvuelto su vida profesional dentro del rigor de la disertación académica y de los fríos y escuetos informes de la burocracia oficial. Al acometer este esfuerzo, me excuso al decir que se trata, fundamentalmente, de una obra de vulgarización del conocimiento económico. Realmente original aquí sólo se encontrarán algunos de los juicios sobre el alcance y límites de las teorías expuestas, las conclusiones finales sobre la estrategia de desarrollo económico y, naturalmente, los recursos didácticos a los que se ha recurrido con el propósito de hacer accesible la lectura a la generalidad del público.

El texto se inicia explicando, en el primer capítulo, los elementos básicos relacionados con el concepto de producción nacional y ciertas condiciones características de las economías de la región. En el segundo, se continúa con los conceptos elementales de la teoría económica sobre asuntos monetarios, los precios, los mercados y la inflación. En los capítulos tercero y cuarto se ofrece una visión simplificada de las estructuras y las características del desenvolvimiento de nuestras economías; y en el último, se hace una escueta revisión de las experiencias de desarrollo económico más relevantes con la argumentación del libro.

Para finalizar, es necesario decir que en este empeño ha habido un gran número de colaboradores que, en forma directa e indirecta, han hecho invalorable aportes. Con aquellos que han participado en la etapa final, leyendo concienzudamente los primeros borradores y haciendo inteligentes comentarios y sugerencias, los que contribuyeron en la preparación de la información estadística, quienes han contribuido a perfeccionar la versión en cuanto a su contenido y la estilística narrativa, y los que colaboraron en la preparación de ilustraciones y en el diseño gráfico de la publicación, es con quienes mi gratitud queda comprometida más ostensiblemente.

Sin embargo, ha habido otro gran número de allegados que también ha realizado contribuciones a este libro, cuya enumeración se me hace tan inusitadamente larga que, en lugar de identificar sus nombres y correr el riesgo de olvidar a alguno, he optado por expresar mi agradecimiento en una forma más generalizada, aunque consciente de que con esta omisión abuso de su afecto. En este sentido, he preferido dedicarles el libro, con la genérica expresión de "a mis amigos".

Naturalmente, entre ellos incluyo a mi familia, y en particular a Magdalena, mi esposa, principal y decisiva colaboradora en este esfuerzo.

DE LAS COSAS A LA PRODUCCION NACIONAL

CONCEPTOS PRELIMINARES

Cómo Definir la Pobreza

Tradicionalmente, la literatura económica no se ocupaba de los países del Tercer Mundo como un caso especial dentro de la realidad económica mundial. Las teorías, modelos y explicaciones tenían como objetivo las economías más avanzadas de la época. Después de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, se suscitó un creciente interés por las economías pobres en los ámbitos académicos occidentales, y aparecieron novedosas proposiciones que intentaban dar una particular explicación de la realidad del subdesarrollo. Una de las primeras tareas de estas nuevas iniciativas teóricas fue tratar de definir qué es una economía subdesarrollada y qué se entiende, consecuentemente, por desarrollo económico. Aunque a nosotros nos parezca extraño, el asunto de definir la pobreza o especificar qué es un país relativamente pobre, no ha sido cosa fácil para los teóricos. El tema desborda los límites del enfoque tradicional en que, usualmente, sólo se tienen en cuenta los aspectos puramente económicos. Las complejidades conceptuales del tema de las

economías pobres obliga, muchas veces, a incluir en el análisis, además de los aspectos netamente económicos, los factores sociológicos y políticos.

Los bienes producidos por el hombre tienen dos destinos finales: el consumo o la inversión.

Por otro lado, estos nuevos enfoques tenían que determinar la naturaleza de la desigualdad entre los países pobres y los ricos. Resulta evidente que, en este contexto, la pobreza no es una condición abso-

luta sino relativa: somos pobres o subdesarrollados en relación a las economías ricas industrializadas del norte. Pero queda por determinar si la diferencia es meramente cuantitativa; o sea, si la diferencia entre ambos consiste en que unos tienen más que otros --tierras, capital, conocimientos, tecnología o cualquier otro tipo de acervo-- o, por el contrario, si la distinción está sustentada en condiciones cualitativas, tales como actitudes y valores de la sociedad. Al no existir un acuerdo al respecto, los teóricos han optado por describir una economía subdesarrollada mediante una extensa lista de características, en la que cada pensador sobre el tema incluye aquéllas que considera más pertinentes para el caso.

A pesar de estas dificultades para describir la pobreza, la reconocemos muy bien tan pronto entramos en contacto con ella. Se dice que algo similar ocurre cuando se intenta definir qué es un camello; sin embargo, tan pronto nos encontramos frente al animal, lo reconocemos sin ninguna dificultad. Lo mismo acontece con un país subdesarrollado: difícil de definir pero fácil de reconocer.

Así pues, aquí no entraremos en precisiones sobre lo que es la pobreza. Simplemente discutiremos algunas de sus características más importantes. Del mismo modo que no es preciso describir un camello al hombre del desierto, tampoco es necesario que nos describan la pobreza a quienes vivimos al sur de la abundancia. Conocemos muy bien el animal.

En cuanto al desarrollo económico, o sea, a los cambios que se tienen que suscitar en el seno de las sociedades pobres para alcanzar el progreso material, se ha generalizado, convencionalmente, la noción de que es un proceso en que la expansión de la producción viene acompañada de transformaciones en las estructuras económicas y sociales. Se quiere significar con esto que el simple crecimiento de la producción no constituye un verdadero proceso de desarrollo si no se producen, simultáneamente, cambios en las estructuras económicas y sociales. Sin estos cambios, se trata entonces de un simple "crecimiento económico". De esta suerte, ya es habitual que en economía se suela distinguir "crecimiento económico" de "desarrollo económico". Esta distinción, empero, no nos facilita las cosas, ya que nos obliga a definir lo que se entiende por estructura.

Debido a que los economistas no se han puesto de acuerdo respecto al concepto de estructura, se han llegado a formular tantas definiciones de "desarrollo económico" como teóricos del tema han existido.

Nosotros nos quedamos aquí con una simple definición. Entendemos como desarrollo económico "el proceso en el cual la producción de la economía se expande en una forma relativamente rápida, por un período suficientemente largo". Ha de esperarse que, si un país mantiene un crecimiento de su producción por un tiempo prolongado, se habrán de producir transformaciones económicas y sociales a lo largo de todos los sectores de la sociedad; es decir, forzosamente ocurrirán cambios en las estructuras, de acuerdo con casi todas las definiciones que se han formulado. Esta definición tiene muchas limitaciones, y aun reconociéndolas, ésta resulta adecuada a los propósitos aquí perseguidos.

De manera que aquí usaremos indistintamente los términos "desarrollo económico" y "crecimiento económico", y los entenderemos como un proceso de crecimiento sostenido de la producción.

La definición de desarrollo nos lleva, directamente, a la necesidad de definir el concepto de "producción nacional", lo cual será, precisamente, nuestra próxima tarea.

Este concepto es fundamental para evaluar los resultados económicos de cualquier tipo de sociedad. El producto nacional o --como también lo llamaremos aquí, con permiso de los economistas -- la producción nacional, es el dato individual más elocuente en una economía. A través de su análisis, entre otras cosas, podemos inferir, aproximadamente, el nivel de prosperidad y bienestar, la velocidad con que crecen las actividades de los diversos sectores económicos, y las potencialidades de la economía para satisfacer los requerimientos de la sociedad.

La discusión de qué es la producción nacional, además de que nos pone en posición de comprender los subsiguientes temas relativos a la inflación, la industrialización, el neoliberalismo y otros, nos ayudará, asimismo, a descifrar muchos de los planteamientos públicos de los economistas que, por su extraña terminología, se hacen a veces ininteligibles.

Con este propósito, descompondremos la producción nacional en sus cuatro elementos básicos: consumo, inversión, exportación e importación. Debemos advertir que no estamos entrando en un material complicado ya que estas precisiones no envuelven ninguna complejidad especial, debido a que el lector está muy familiarizado al menos con dos de estos términos: exportación e importación. En cuanto a los otros dos, la mayoría de las personas tiene, generalmente, una noción más o menos clara al respecto.

Las Cosas y sus Finalidades

El hombre moderno vive inmerso en un mundo de cosas. En la medida que avanza nuestra civilización, crece la diversidad y cantidad de cosas que producimos. Vivimos de las cosas y para las cosas. En lo que respecta a la economía, el estudio de ese mundo de cosas que producimos, constituye uno de sus propósitos fundamentales. A fin de llegar a una comprensión de ese

intrincado flujo de cosas o bienes que producimos, la economía hace un primer gran ordenamiento: supone que todos los bienes que producimos tienen dos únicos destinos finales: se consumen o se invierten. No existen otras posibilidades. Consecuentemente, tenemos sólo dos tipos de bienes finales: los bienes de consumo y los bienes de inversión.

Con esta clasificación primaria, el enmarañado mundo de las cosas se despeja enormemente.

Empecemos por decir que el consumo se define como el acto de comprar alguna mercancía con el propósito de satisfacer cualquier tipo de necesidad personal. El bien adquirido puede ser un libro, un pescado, un antibiótico o un automóvil. Lo importante es que al adquirir el objeto, bien o cosa, se satisfaga una necesidad personal. El concepto de necesidad personal, por su parte, tampoco reviste ninguna complicación, ya que para fines de la economía se utiliza como sinónimo de "deseo". En este sentido, es tan amplio como se quiera, ya que puede tratarse de una necesidad tan imperiosa como la alimentación, tan exclusiva como la de un coleccionista de estampillas postales, o tan superflua como la del que adquiere un bien porque entiende que su posesión lo ayuda a elevar su posición social. En resumen, la adquisición de un bien que satisfaga cualquier tipo de necesidad se conceptualiza como consumo.

La inversión, por su lado, se define como la compra de bienes para ser utilizados en la producción de otros bienes. En ellos se incluyen, naturalmente, las maquinarias, equipos e implementos que se utilizan en la industria, en la minería, en la agricultura y en los otros sectores de la producción. Este es un término que presenta ciertas dificultades técnicas en su definición, pero podemos entender la inversión, en principio, como un acrecentamiento de la capacidad de producción de la economía, por lo tanto, si usted compra una fábrica que ya existía, esa operación no constituye una inversión, sino simple traspaso de una persona a otra.

En algunos casos, por la propia naturaleza de los bienes, podemos anticipar que se trata de un bien de inversión o, como también se lo suele llamar, un bien de capital. Podemos deducir de antemano, por ejemplo, que cuando se compra un tractor éste es un bien de capital y será utilizado, necesariamente, en la producción de otros bienes. Es decir, una familia, por excéntrica que sea, no adquirirá un tractor para satisfacer sus necesidades de transporte. En la mayoría de los casos, sin embargo, es necesario conocer en qué forma será utilizado el bien para determinar a qué categoría pertenece. Esto es, para clasificarlo como bien de inversión o de consumo.

Adviértase que, al hacer referencia a los bienes de consumo y de inversión, los hemos catalogado de bienes finales, con el propósito de distinguirlos de los bienes intermedios que entran en la composición de los bienes finales. Tal es el caso de las piezas que componen un automóvil, o de las materias primas como el cacao y el azúcar que intervienen en la composición de las golosinas de chocolate.

A estos bienes que forman parte integrante de los bienes finales, se los conoce como bienes intermedios. Al momento de clasificar los bienes, es necesario tener presente la explicación anterior para evitar confusión al definir el concepto de la producción nacional.

Un criterio útil para distinguir los bienes intermedios de los bienes finales es que éstos últimos son adquiridos sin la intención de volverlos a vender. Los bienes intermedios, por su parte, son comprados para ser revendidos, por lo menos, como parte integrante de otros bienes.

La Reivindicación de los Servicios

Anteriormente, en la literatura económica se entendía que sólo a través de la adquisición de bienes materiales se podían satisfacer las necesidades personales. En efecto, las primeras escuelas de economía entendían que la producción de servicios

no formaba parte de la producción nacional. Inclusive, en los inicios del pensamiento económico, se creía que sólo los bienes agrícolas tenían categoría económica.

Los servicios prestados por mecánicos, profesores y economistas, no tenían categoría económica y, por lo tanto, las personas que recibían ingresos por la prestación de estos servicios eran consideradas como una especie de entes improductivos de la sociedad, que vivían a expensas de los que realmente producían. Dicho de otra forma, en esa visión no se podía atribuir a los servicios la propiedad de satisfacer necesidades. Los únicos que realmente producían eran los que se dedicaban a la elaboración de bienes materiales --en la producción agrícola e industrial-- y se pensaba que el resto de la sociedad dependía de ellos.

Pero ocurrió que los economistas decidieron asignar categoría económica a los servicios. De esta forma, los que se ganaban la vida en base a ofrecer servicios dejaron de percibirse como parásitos sociales. Y así, de paso, la profesión de economista quedó reivindicada.

Consecuentemente, en la sociedad moderna, los servicios que ofrecen peluqueros, plomeros, profesores, abogados, incluso congresistas, son considerados como parte de la producción nacional.

Después de estos asuntos preliminares, estamos en condiciones de discutir con mayor detalle nuestros dos principales conceptos relacionados con la producción nacional: el consumo y la inversión.

EL CONSUMO

El Propósito de la Economía

Aunque no se perciba con claridad, el consumo, por su naturaleza cambiante y dinámica, constituye, en muchos sentidos, la variable más determinante en las sociedades pobres, ya que imprime condicionamientos decisivos a toda la economía.

**Dime qué consumes y te diré
quién eres.**

El consumo es el objetivo final de toda la actividad económica. Los esfuerzos de inversión, los procesos productivos y de distribución, las transacciones financieras, en fin, todo el quehacer económico tiene como justificación última el consumo, lo que es tanto como decir la satisfacción de las necesidades materiales humanas.

Tal como expresáramos anteriormente, estas necesidades podrían ser de cualquier tipo, pues los economistas aducen que, en su calidad de científicos, no pueden involucrar en sus análisis ningún juicio de valor. Al igual que el astrofísico que estudia las manchas solares desde una perspectiva totalmente objetiva, sin que intervengan sus emociones, valoraciones éticas o cualquier otro elemento subjetivo, asimismo, el economista pretende estudiar el problema de las necesidades humanas.

En la práctica, sin embargo, estas necesidades tienen implicaciones muy especiales. El deseo de adquirir bienes y servicios de todo tipo constituye un poderoso estímulo que gobierna al hombre moderno, ya sea éste un marginado de una urbe latinoamericana, o un miembro de la clase media de un país industrializado. Aunque las necesidades básicas de una persona estén satisfechas y los deseos más extravagantes estén colmados, siempre habrá una tendencia a desear algo adicional. Por

superfluo que sea el deseo insatisfecho, éste forma parte de las necesidades a las cuales la economía debe dar respuesta.

Puestas así las cosas, las necesidades humanas prácticamente son infinitas. ¿Cómo, entonces, cubrir estas innumerables necesidades con recursos que sabemos escasos? Precisamente, este fenómeno de escasez, así definido, es el objeto del estudio de la economía como "ciencia".

En general, se conviene en la definición de economía como la ciencia social que se ocupa de estudiar cómo las sociedades tratan de resolver el problema de la escasez; o sea, cómo se satisfacen infinitas necesidades con recursos limitados.

Para los países pobres como los nuestros, el fenómeno de la escasez adquiere unas dimensiones y características especiales, ya que aunque la "ciencia económica" no haga distinción entre las diferentes necesidades, lo cierto es que en nuestros países, la mayoría de la población no tiene satisfechas sus necesidades básicas, tales como alimentación, agua potable, educación, vivienda, salud, transporte y otros requerimientos humanos esenciales. O por lo menos, aquéllas no están atendidas adecuadamente, si tomamos en consideración los estándares modernos aceptados, de acuerdo a las posibilidades que permiten los niveles actuales de tecnología y organización social. Dentro del fenómeno de escasez de nuestras sociedades, estas necesidades no pueden tener el mismo peso que los requerimientos de los grupos opulentos.

Por otro lado, es evidente que, como consecuencia de los bajos niveles de la producción, la mala calidad y escasa cobertura de los servicios básicos --educación, vivienda, salud y otros-- el consumo de los países más atrasados es diferente al de las economías industrializadas, tanto cuantitativa como cualitativamente. El consumo es un rasgo distintivo por excelencia para identificar las sociedades, los grupos sociales y los individuos. Es posible inferir el nivel de desarrollo económico relativo de un país si conocemos el nivel y la composición de su consumo. Lo mismo puede decirse de las personas y los diferentes grupos

sociales, por lo cual es válido el epígrafe: "dime qué consumes y te diré quién eres".

La Racionalidad del Consumo

En el análisis de los países subdesarrollados, el término "efecto demostración" ha sido de uso muy generalizado. Con esto se quiere significar la fuerte inclinación que tienen los países pobres de imitar los patrones de consumo de las sociedades ricas.

El "efecto demostración" se hace más intenso en la medida en que los medios de comunicación internacional ganan mayor cobertura, haciendo el mundo más pequeño, y que el intercambio comercial entre las naciones se incrementa. En la actualidad, los hábitos y costumbres de las sociedades opulentas se conocen en todos los confines del planeta. Cuando se lanza al mercado un nuevo producto de consumo masivo en los países ricos, inmediatamente en las sociedades subdesarrolladas se producen fuertes tendencias para adquirirlo. La publicidad comercial y el comercio internacional constituyen factores determinantes en este asunto. La irracionalidad misma de la publicidad comercial, su omnipresencia en la sociedad moderna, su enorme influencia sobre nosotros, nos ofrece una buena pauta sobre la verdadera naturaleza del consumismo como patrón de conducta colectiva.

En efecto, la publicidad comercial no va dirigida a nuestra capacidad de discernir en forma lógica ni se dirige a nuestra inteligencia, sino que apela a los resortes irracionales de nuestra mente, a lo emotivo, a nuestras asociaciones subconscientes.

Estas realidades que se hacen evidentes en cada instante de nuestras vidas, contrastan con lo que se preconiza en la teoría económica tradicional, que señala que el consumidor tiene criterio propio respecto a los bienes que ha de adquirir. Por lo tanto, cuando hace sus decisiones de compra, actúa de acuerdo con su voluntad, gustos y preferencias, lo que significa que no está influido por factores y circunstancias externas. Se dice que

el "consumidor es soberano"; el consumidor es quien rige y orienta el mercado. El productor puede elaborar el producto que se le ocurra, en la forma en que lo desee y con los precios que él fije, pero siempre será el consumidor quien diga la última palabra. Se venderá en el mercado lo que el consumidor, finalmente, decida comprar.

Esta percepción del "consumidor soberano" ha venido poniéndose en duda cada vez más. La intensidad de los medios publicitarios con su carácter irracional y la mayor integración de los mercados internacionales, imponen al hombre moderno un condicionamiento mental que hace del supuesto soberano un robot de la publicidad comercial. Sus gustos y preferencias son realmente impuestos desde afuera. Sus necesidades, en otras palabras, son creadas por voluntades externas a él. En definitiva, no es una exageración decir que en muchos casos se consume lo que el productor quiere.

En nuestros países, ocurre un fenómeno similar. El estatus social --o sea, la posición que ocupamos en la sociedad-- viene dado por los patrones de consumo. Las grandes residencias, la vestimenta de moda, las bebidas exóticas, los viajes y otras formas de consumo ostentoso, propio de las clases sociales de altos ingresos, son modelos que tienden a ser imitados por los estratos de menor ingreso. Esta aseveración se puede aplicar a todas las sociedades modernas, aunque siempre existan diferentes grados de intensidad.

El "consumismo", como podría llamarse al impulso irracional de adquirir bienes y servicios más allá de las verdaderas necesidades y posibilidades, es un mal que, de una forma u otra, aqueja a todas las sociedades modernas, y prácticamente nadie puede librarse de él. Según un connotado economista norteamericano, uno de los pocos grupos en la sociedad moderna que puede resistir las fuerzas del consumismo es el de los intelectuales. Pero, en realidad, todos estamos condicionados de alguna forma por las influencias de este impulso.

Lo que acaba de decirse respecto al consumo de los países pobres, nos lleva a otro aspecto sobre el mismo, el cual ha llamado la atención de ciertos autores. Se trata de las implicaciones de los patrones de consumo de nuestras economías, que contrastan con su estado de atraso económico y tecnológico, ya que tienden a satisfacerse a través de los últimos productos introducidos en el mercado de los países más avanzados.

Desde la antigua Roma el hombre ha tenido la usanza de afeitarse la cara totalmente. En cada época, se ha resuelto esto adecuadamente. Por ejemplo, durante siglos se usó la navaja de afeitar de barbero. Sin embargo, en nuestros días, no pasa mucho tiempo sin que aparezca en el mercado un nuevo producto para estos fines, que se supone sea mejor que el anterior. Nosotros, en el Tercer Mundo, rápidamente adquirimos las nuevas modalidades, independientemente de su costo, su utilidad o su verdadera necesidad.

Esta tendencia generalizada de adquirir lo más novedoso, el último producto del mercado, la más reciente sofisticación de la tecnología, tiene evidentes implicaciones para los países subdesarrollados. Además de comprometer nuestras escasas divisas en forma innecesaria con este tipo de consumo, cuando producimos el artículo en el país, nos vemos obligados a utilizar la tecnología más cara y complicada, lo cual, tal como veremos más adelante, tiene su necesaria incidencia en el proceso de desarrollo.

Todo lo que se ha expuesto sobre el consumo y los consumidores no es un asunto relacionado con exóticos grupos humanos, sino, por el contrario, se trata de un intento de explicación del comportamiento de nosotros, los humanos comunes y corrientes, en el papel de consumidores, incluyendo, naturalmente, al escritor y al lector de estas páginas. No hay duda de que este es un buen tema de reflexión, tanto en lo que se refiere a nuestras sociedades pobres, como a nuestra situación personal. Por ejemplo, se nos hace difícil reconocer nuestras veleidades consumistas, pero criticamos a otros por sus hábitos de consumo ostentoso, superfluo o extravagante.

Precisamente, uno de los fenómenos de la sociedad de hoy que posee una enorme trascendencia para la economía y para la familia, es la posibilidad de consumir más allá de nuestros ingresos.

Modernamente, es posible consumir más de lo que nos permiten nuestros ingresos, debido a la proliferación de toda suerte de instituciones de financiamiento para la adquisición de casi todos los bienes y servicios de consumo. Existe en nuestros países una red de financiamiento que incluye la banca tradicional, a la que se añaden los instrumentos modernos, como las tarjetas de crédito, llegando la venta a crédito hasta la más pequeña de las tiendas de expendio. Así pues, durante un mes, por ejemplo, una familia puede adquirir bienes y servicios por una suma superior a su salario y otros ingresos, lo que nos da una idea de las grandes implicaciones del consumo en los países pobres.

Esto nos lleva a nuestra primera conclusión de importancia: el consumo es una condición dinámica de la economía, en todo el sentido de la palabra.

Dentro del rigor de la teoría económica, es lo que llaman los economistas una "variable dinámica", en cuanto que representa una magnitud variable; es decir, en cualquier análisis o modelo económico relacionado con el crecimiento de las economías pobres, el consumo no puede mantenerse con un valor constante. Pero, además de esta conceptualización técnica, el consumo es dinámico en la acepción normal de la palabra, ya que constituye una fuerza que induce movimiento en el resto del sistema.

El rápido crecimiento de la población en los países pobres, las facilidades de crédito al consumo, el efecto demostración, la publicidad, el crecimiento urbano, son factores determinantes de la condición cambiante y tensional del consumo, por lo cual ejerce presiones a todo el sistema, particularmente al aparato productivo y a las reservas de divisas.

LA INVERSION

Invertir o no Invertir

Tal como se explicó anteriormente, los bienes de inversión son aquéllos que se utilizan para producir otros bienes o servicios. Por lo tanto, son bienes que no son consumidos. Ya se dijo que, en realidad, la teoría económica supone que todos los bienes finales tienen dos únicos destinos: o son consumidos o son invertidos. No existe otra posibilidad. O son consumidos o invertidos en el país en que se producen, o llegan a serlo en el extranjero, hacia donde son exportados.

Esto constituye, precisamente, uno de los principales dilemas que la economía debe resolver. Toda sociedad debe decidir qué proporción de la producción nacional debe ser invertida, o lo que es lo mismo, qué proporción debe ser consumida.

Como primera reacción a esta interrogante, uno estaría tentado a concluir que, en razón de que nosotros, los latinoamericanos, somos países pobres, y tenemos tantas necesidades insatisfechas, lo lógico sería tratar de consumir. En otras palabras, prácticamente no invertir.

El gran dilema: cuánto consumir, cuánto invertir

Pero si hiciéramos esto, si no invirtiéramos, nos condenaríamos a no aumentar nuestra capacidad de producción. Esto es lo mismo que decir que no

instalaríamos nuevas plantas industriales, no adquiriríamos más arados, ni tractores, no construiríamos más carreteras y puentes, y no erigiríamos nuevas plantas de generación de energía eléctrica. La producción se estancaría, y dado que la población seguiría en aumento, tendríamos un empobrecimiento creciente

de nuestra sociedad. Esta opción, evidentemente, debe ser descartada.

En el otro extremo estaría invertir toda la producción, situación imposible de cumplirse en la realidad pues los requerimientos mínimos para mantener la vida se satisfacen mediante el consumo. Si, por otro lado, invirtiéramos la mayor parte de la producción con el propósito de aumentar nuestra capacidad productiva a fin de que fuera posible consumir más en el futuro, estaríamos desatendiendo las necesidades básicas de la población actual, y sometiéndola a grandes desabastecimientos y penurias, para beneficiar las futuras generaciones. Esta alternativa tampoco parece justa ni apropiada.

La solución estaría en algún punto intermedio, en el que se invierta una proporción de la producción que permita el crecimiento de la economía, a fin de que el consumo y el bienestar económico futuros vayan mejorando paulatinamente, en la medida en que lo permitan las circunstancias, minimizando el sacrificio de las presentes generaciones.

Toda sociedad tiene sus mecanismos por medio de los cuales trata de resolver este conflicto. En la solución del mismo, el gobierno posee injerencia preponderante, por lo que es necesario discutirla por separado.

El Gobierno, la Inversión y la Eficiencia

Ante todo, debemos advertir que la economía tiene algunas categorías y definiciones teóricas convencionales respecto al consumo y a la inversión, que si no se conocen bien, pueden conducir a conclusiones erróneas.

Los gastos del gobierno en sueldos y personal se consideran como parte del consumo del gobierno, y por lo tanto, del consumo nacional. En cambio, todos los gastos de construcción, ya sean del gobierno o del sector privado, forman parte de la inversión nacional. De esta manera, el edificio de oficinas que se construye para alojar la burocracia gubernamental, la

estatua ubicada en un parque, lo mismo que el acueducto de una comunidad rural, un puente y un camino vecinal para extraer los productos del campo, caen todos en la categoría de inversión. Es evidente, y no requiere mayor argumentación, que los ejemplos citados anteriormente no tienen el mismo efecto sobre la capacidad de producción del país ni sobre el bienestar de sus habitantes.

Asimismo, debemos decir que son parte del consumo tanto los gastos del gobierno para sufragar los sueldos de la burocracia improductiva, como los del personal docente de las escuelas públicas cuya misión, entre otros objetivos, es la de preparar las futuras generaciones, y por lo tanto, capacitarlas mejor para la producción.

Lo anterior pone en claro que al hacer el análisis de la información estadística relacionada con la inversión y el consumo, deben interesar tanto los montos envueltos como la composición de estas dos variables económicas.

Una muy alta proporción de todos los gastos que realiza el gobierno es parte, o bien del consumo, o bien de la inversión, lo que es tanto como decir, es parte de la producción nacional. Queda claro entonces que el Estado, en cualquier circunstancia, controla buena parte de la producción nacional, y define una importante proporción de cuánto se consume e invierte en un período cualquiera. Sin embargo, generalmente, la eficiencia con que el gobierno asigna los recursos de inversión deja mucho que desear en los países pobres.

Pero el gobierno no sólo determina cuánto y en qué se invertirá en el sector público, sino que tiene una influencia determinante en la inversión del sector privado. Aunque éste sea un tema que trataremos en los próximos capítulos, interesa por el momento recordar el hecho ya señalado de que los países pobres tienen una poderosa capacidad para imitar los patrones de consumo de las sociedades industrializadas. Lamentablemente, esto no ocurre con la misma intensidad con la inversión. Es cierto que también existe una especie de "efecto demostración"

en cuanto a las tecnologías que se escogen, pero el potencial de estas últimas queda muy por debajo de las posibilidades de los países pobres. El manejo ineficiente de los equipos de capital, las inversiones inadecuadas respecto a los mercados y a los requerimientos del crecimiento a largo plazo y otras ineficiencias que discutiremos en las próximas páginas, determinan que la inversión privada, al igual que la pública, se quede muy por debajo de las tendencias expansionistas y cambiantes del consumo.

Aquí llegamos a otra gran conclusión que cae por el propio peso del razonamiento anterior. Nuestras sociedades tienden a ser eficientes imitando las formas de consumo de los países avanzados, creando infinitas -- y muchas veces inaccesibles -- necesidades económicas. La inversión, por su parte, va quedando rezagada y atrapada en un tinglado de ineficiencias, abriéndose cada vez más la brecha entre las crecientes expectativas insatisfechas de la población y una producción escasa, inestable e inadecuada.

Podría decirse que los países pobres van acumulando insatisfacciones a las que la economía normalmente no puede dar respuesta. Ello representa un latente conflicto entre los deseos y las posibilidades, lo cual se traduce en una fuente permanente de inestabilidad económica, política y social. La creciente brecha de insatisfacción, unida a la debilidad institucional, los bajos niveles de instrucción, la precaria infraestructura física, conforman algunos de los obstáculos más importantes que los países pobres deben superar en su camino hacia la prosperidad material.

LAS EXPORTACIONES

El Juego Económico más Eficiente

Ya sabemos que existen algunos bienes y servicios que no se consumen ni se invierten en el país, sino que se venden en el exterior. Aunque está claro que la exportación es una

transacción entre dos países, en ella intervienen, de manera indirecta, todos los países del mundo. Expliquemos este asunto.

Para exportar se debe ser el mejor entre los competidores mundiales

Por ejemplo, cuando una empresa norteamericana decide adquirir un bien producido en un país latinoamericano, es porque ha analizado las otras posibilidades que existen

en el mercado mundial y ha llegado a la conclusión de que, desde el punto de vista del precio, la calidad del producto, el medio de transportación y la oportunidad en el suministro, ésta es la mejor opción de compra en todo el mundo.

Es evidente, pues, que cuando nosotros realizamos una exportación es porque, en situación de competencia con los otros suplidores internacionales, somos la mejor alternativa para nuestro comprador.

De ahí que el mercado mundial, debido al número de productores involucrados es un estado abierto de competencia que demanda cumplir rigurosas exigencias y quien gana, por lo tanto, es el mejor.

Esta situación de altos niveles de competencia es muy favorecida por la teoría económica tradicional. Desde que la ciencia económica comenzó a tomar cuerpo dos siglos atrás, en la tradición académica occidental, se viene postulando que los mejores resultados económicos se obtienen cuando los agentes económicos (demandantes y oferentes) concurren a los mercados en una situación de plena libertad, sin interferencias externas del gobierno o de cualquier fuerza ajena al interés de los entes económicos actuantes.

Esta teoría tradicional o -- como se la conoce modernamente -- la teoría neoclásica es, realmente, un formidable edificio de razonamiento lógico. Es posible hacer el recorrido de la lógica neoclásica partiendo de dos premisas básicas

relacionadas con el comportamiento del ser humano en su rol de ente económico:

- La primera se refiere a que los entes económicos, consumidores y productores, persiguen siempre su interés individual, tratando de hacer óptima la satisfacción de sus necesidades como consumidores y de maximizar sus beneficios como productores.
- La segunda supone que los entes económicos son racionales y sus decisiones siempre son las más adecuadas para obtener los fines que persiguen.

Cimentado en estos dos simples supuestos, se ha construido una sólida armazón teórica que domina la visión del hombre occidental sobre el mundo económico y orienta, desde hace mucho tiempo, las políticas económicas.

Las influencias neoclásicas, no se han limitado solamente a la organización económica de los modernos estados occidentales, sino que instituciones tan importantes para la economía mundial como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), han sido estructuradas de acuerdo con los postulados de esta escuela de pensamiento económico. Todavía más, la mayoría de nuestras percepciones y creencias sobre la economía son concepciones heredadas del pensamiento neoclásico, aun para aquéllos que dicen disentir de éste, o para los que no han tenido contacto directo con la teoría tradicional.

Retomando el tema anterior, conforme con el enfoque tradicional basado en los dos supuestos anteriores sobre nuestro comportamiento como agentes económicos, sólo se requiere establecer ciertas condiciones para lograr que las actividades económicas lleguen a un desenvolvimiento óptimo; o sea, para asegurar que el juego económico sea más eficiente.

ORGANIZACIONES PARA ORDENAR LA ECONOMIA MUNDIAL

La visión neoclásica sobre el funcionamiento de la economía ha tenido una enorme influencia sobre la evolución institucional de las economías occidentales. En verdad, todos estamos influidos por el enfoque de la teoría tradicional, aun aquéllos que no han entrado en contacto directo con ella. De ahí que la creación y el funcionamiento de las poderosas organizaciones internacionales que tienen que ver con el ordenamiento de la economía mundial estén basados en los principios de la teoría neoclásica. Quizás lo inverso sea verdadero: estos organismos han sido creados para servir a la ideología del pensamiento tradicional, pues, de hecho, constituyen sus centros de difusión y brazos operativos.

Después de la Segunda Guerra Mundial, se presenta al mundo un nuevo aliento de esperanza. Se toma el momento como una oportunidad para echar las bases de la estabilidad política y económica, así como de la paz y la prosperidad mundiales. Se trata de una coyuntura singular, permeada por el optimismo respecto al futuro de las naciones. Esta nueva época estuvo marcada por la creación de organismos supranacionales comprometidos con los ideales del momento. Así, nacen las Naciones Unidas, para vigilar la paz y la seguridad en el mundo. En el plano económico, y con el apoyo de las Naciones Unidas, surgieron otras importantes instituciones internacionales. En Bretton Woods, poco después de la Segunda Guerra Mundial, en 1946, nacieron el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, mejor conocido como Banco Mundial. Un poco después, se estableció el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT). Es importante aclarar que estas instituciones han estado controladas por los países más ricos del mundo, desde un principio.

El FMI fue diseñado para estabilizar las tasas de cambio de los países miembros, proporcionándoles asistencia cuando tuvieran dificultades temporales en sus pagos internacionales. Los fondos para la operación del FMI son aportados por los gobiernos de los

países que lo componen, mediante un sistema de cuotas. Para el cumplimiento de su misión, el FMI proporciona consultoría y asistencia técnica. El FMI no tiene potestad para dictar políticas monetarias nacionales. Se supone que, a través de la asistencia técnica que provee y de las reservas de emergencia, puede moderar las crisis de pagos internacionales y minimizar la inestabilidad de la moneda.

El Banco Mundial, por su parte, fue establecido para contribuir al financiamiento de grandes proyectos de reconstrucción en países devastados por la guerra, y de desarrollo en los países pobres, en particular. Los primeros proyectos que financió el Banco estuvieron relacionados con la reconstrucción de Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Desde los años cincuenta, el principal destino de sus fondos son los países en vías de desarrollo. La mayor parte de la cartera de préstamos del Banco Mundial se destina a proyectos de gran envergadura, tanto públicos como privados, tales como generación y distribución de energía eléctrica, vías de trenes, puertos, aeropuertos, presas, telecomunicaciones y otros.

El GATT, finalmente, surgió como expresión del interés de los países en liberalizar y expandir el comercio mundial. Mediante una serie de acuerdos comerciales, tanto de carácter multilateral como bilateral, se proponía abolir las restricciones al comercio internacional y reducir sustancialmente los impuestos de importación entre los países firmantes.

Entre éstas pueden señalarse las siguientes: la existencia de un buen número de consumidores y productores que realicen sus transacciones en plena libertad y en franca competencia, con conocimiento absoluto de lo que acontece en el mercado. Otra condición es que los recursos, capitales y personas se muevan en forma fluida y sin obstrucción de ningún tipo. Si se dan estas condiciones, la producción se realizará con un óptimo nivel de eficiencia; habrá un empleo máximo de los recursos productivos, como la fuerza laboral y los bienes de capital; la producción se hará al menor costo posible, y los beneficios nunca serán excesivos, sino tan sólo suficientemente

altos como para mantener el interés del productor en su actividad. Todos estos razonamientos se llevan a cabo con una lógica interna impecable y son formulados mediante rigurosos esquemas matemáticos.

Los opositores a la visión neoclásica, aducen, sin embargo, que a pesar del rigor y de la coherencia interna de la teoría, ésta no explica cómo funciona la economía, sino cómo debería funcionar. Señalan que esto es semejante a que el científico que estudia el movimiento del electrón alrededor del núcleo del átomo, llegara a la conclusión de que la naturaleza se equivocó, y que lo correcto sería que el núcleo girara alrededor del electrón. Se alega, en otras palabras, que este enfoque, al tener como objetivo fundamental propugnar porque las actividades económicas se desenvuelvan dentro de las condiciones que consideran convenientes, pierde, en cierto modo, su categoría científica y se convierte en una especie de ideología.

La mecánica económica de los neoclásicos -- o de los "neoliberales", como hoy se los identifica -- no puede ser mejor expresada que por la famosa frase de Adam Smith sobre la "mano invisible".¹ Con ella significaba que al dejarse el proceso económico a las fuerzas de la demanda y la oferta, existe una mano invisible que ordena todo en la forma más eficiente posible, sin que intervenga una inteligencia central. Esta concepción mecánica y predecible de los resultados económicos, da una extraordinaria solidez a los diagnósticos y prescripciones neoliberales.

¹. Adam Smith, con su famosa obra "**La Riqueza de las Naciones**", escrita en 1776, ha sido, en cierto modo, el padre de la economía y el primer economista clásico. A través del tiempo, su pensamiento ha dominado el campo teórico y práctico de la economía y, en la actualidad, con el auge neoliberal, ha tenido una renovada influencia. Adam Smith, en su voluminosa obra, utiliza la frase "la mano invisible" una sola vez, pero ésta ha llegado a ser de uso generalizado para describir la forma silenciosa, poderosa y eficiente con que operan las fuerzas del mercado.

En una conversación que tuve una vez con un economista chileno, colaborador del régimen militar que trató de ordenar la economía de ese país de acuerdo con los preceptos neoclásicos o neoliberales, él hacía referencia a los graves problemas que habían enfrentado para la transportación de personas entre los centenares de islas que existen frente a las costas chilenas. Cuando se aprestaba a darme la explicación sobre la solución del problema, lo interrumpí, y le dije: "Estoy seguro de que dejaron que la transportación entre las islas se organizara de acuerdo con las iniciativas privadas". A lo cual asintió, no sin cierta expresión de asombro.

Se me hizo posible anticipar lo que mi interlocutor se disponía a relatarme, porque ya sabía su orientación doctrinaria. En otras palabras, conocía de antemano la solución porque sabía que las prescripciones neoclásicas tienen un valor prácticamente universal: las fuerzas del mercado aseguran la mayor eficiencia económica posible.

Si mi interlocutor hubiese sido un economista no iniciado en el neoliberalismo, anticipar lo que él entendía que era la solución no habría sido tan fácil. Esta pudo haber sido de la más variada naturaleza. Su opinión, quizás, habría coincidido con el pensamiento neoliberal en el cual, efectivamente, la mejor alternativa era dejar que el sector privado se encargara de las actividades de transporte, pero también es posible que sugiriera otras opciones, probablemente con un mayor grado de complejidad en su aplicación. Si hubiese sido un técnico entrenado en la burocracia estatal, ciertamente habría recomendado algún tipo de intervención gubernamental.

Los liberales son certeros y predecibles, lo cual les otorga una enorme ventaja con respecto a sus opositores teóricos, ya que sus diagnósticos no requieren de mayor capacidad de análisis, inteligencia o imaginación: las fuerzas del mercado siempre dan los mejores resultados.

Resumiendo lo dicho hasta ahora sobre el mercado internacional, éste constituye un buen ejemplo de las condiciones

que propugnan los neoliberales para organizar la actividad económica, ya que se trata de una situación de competencia abierta entre todos los países. Por lo tanto, el juego económico es el más eficiente posible, lo que favorece, según estos razonamientos, tanto a exportadores como importadores, sean éstos pobres o ricos.

Las consideraciones anteriores constituyen tan sólo el primer encuentro con el pensamiento neoliberal, del cual nos ocuparemos extensamente más adelante. Por el momento, sigamos con las exportaciones.

Vendemos lo que Podemos

Debido a los rigurosos niveles de eficiencia requeridos por los mercados internacionales, los países subdesarrollados sólo pueden vender ciertos productos básicos, apoyados en algunos factores muy peculiares que nos dan unas ventajas naturales y nos convierten, por tanto, en proveedores eficientes: las condiciones climatológicas en el cultivo de determinados productos, la abundancia de alguna sustancia en el subsuelo o en la plataforma marina, la ubicación geográfica estratégica, la gran disponibilidad de mano de obra barata, o cualesquiera otros factores o combinación de éstos.

Nuestras exportaciones, en definitiva, no son el resultado del esfuerzo deliberado e inteligente acumulado a través del tiempo, mediante la creación de equipos de capital o de nuevos procesos tecnológicos, o cosa que se les parezca. De ahí que las ventas, en el mercado internacional, de productos industrializados de alto grado de elaboración, son de dominio exclusivo de los países avanzados.

Tomemos el caso de la República Dominicana. Apenas unas décadas después del descubrimiento de América, ya era exportadora de azúcar de caña y de oro. Hoy, cinco siglos más tarde, como si no hubiesen ocurrido dramáticas transformaciones en la economía mundial, continúa generando divisas a partir de estos dos renglones de exportación, y de otros productos

similares, en las mismas condiciones del pasado: mano de obra barata y la especial dotación de recursos naturales.

Se hace claro, por otra parte, que nuestras economías dependen de los ingresos que generan las exportaciones, y que éstos dependen de los volúmenes y de los precios de los bienes y servicios exportados, pero normalmente es muy poco lo que hacemos -- o podemos hacer -- para mejorar estos ingresos de divisas.

Si un país domina el mercado de un bien determinado, puede reducir las cantidades exportadas a fin de restringir la oferta internacional del producto y, de esta manera, elevar los precios del mismo. Sin embargo, la proporción que exportan individualmente los países en relación al consumo mundial es muy reducida, por lo cual los exportadores no pueden, por separado, manipular los precios mediante el manejo de los volúmenes exportados. Para lograr una reducción importante, sería necesario que los países exportadores llegaran a algún tipo de acuerdo al respecto. Pero esta opción no ha tenido buenos resultados, con excepción de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Los países asociados a esta organización han podido restringir la producción del petróleo para encarecerlo y así, lograron imponer sus precios en el mercado por períodos relativamente largos. Se trata, sin embargo, de un caso muy especial, porque el petróleo, sustento energético de la sociedad moderna, es un recurso natural en proceso de extinción.

Ha habido otros intentos de acuerdos internacionales que reúnen tanto a los países exportadores como importadores, y que han tenido como objetivo estabilizar los precios internacionales de los productos involucrados. El café y el azúcar son ejemplos de esto, pero en ningún caso se han logrado resultados significativos. En circunstancias en que los precios internacionales de los productos básicos de exportación se encuentren deprimidos podríamos pensar en aumentar el volumen de exportación; por ejemplo, aumentar la producción de azúcar y café, a fin de mejorar los ingresos de divisas del país. Pero ello no es fácil, ya que requiere cuantiosos recursos de inversión y, sobre todo,

es muy difícil justificar o inducir nuevas inversiones en un sector en que los precios estén en niveles bajos.

Otro aspecto relevante de las exportaciones de productos básicos es que su importancia no radica sólo en que son la fuente principal de generación de divisas, sino en que los ingresos del gobierno, con frecuencia, dependen de ellas en una buena proporción. Efectivamente, estas exportaciones suelen estar gravadas por impuestos basados en un sistema en el cual, a mayor valor de las ventas en el exterior, mayores los ingresos para el gobierno. Los latinoamericanos hemos llegado al extremo de crear una escuela o doctrina relacionada con las técnicas de gravar los productos básicos de exportación. Los fundamentos teóricos en que se sustentan estas ideas resultan insuficientes y muchas de sus recomendaciones son de dudosa conveniencia.

Las actividades económicas, en general, están sustentadas en los ingresos de divisas generados por las exportaciones de productos básicos o, como se los suele llamar, productos tradicionales de exportación. En otras palabras, en los países latinoamericanos, el consumo, la inversión y la producción dependen de estas exportaciones. Crecemos, nos desarrollamos, nos modernizamos, en la medida que lo permitan nuestras ventas de productos básicos al exterior. De hecho, estas exportaciones son el factor determinante en el crecimiento económico. Son las que pagan nuestras ineficiencias productivas; las inconsistentes y mal orientadas políticas económicas; las extravagancias consumistas; nuestras improbidades y dispendios en la administración de los recursos y todos los demás platos rotos de nuestras sociedades. Esta es una realidad del funcionamiento de nuestras economías que no podemos perder de vista.

Antes de terminar este acápite, es necesario precisar que las exportaciones están integradas tanto por las mercancías que vendemos al exterior, como por los servicios. Para el caso de estos últimos, es necesario hacer algunas aclaraciones.

De acuerdo con la contabilidad económica, lo que define una transacción internacional es la residencia de los entes que intervienen en ella. De manera que cuando un turista le paga al taxista por los servicios de transportación prestados, se trata de una operación entre un no residente (el turista) y un residente (el taxista); o sea, se trata de una venta de servicios al exterior. Consecuentemente, todos los pagos que realizan los turistas en el país anfitrión a personas o empresas residentes en el país, forman parte de las exportaciones de servicios de ese país.

Igualmente, cuando un residente de un país viaja al exterior y se hace atender por un médico, el pago que recibe este último forma parte de las importaciones de servicios del país de origen del paciente.

Hecha esta aclaración, pasemos ahora al cuarto y último componente de la producción nacional: las importaciones.

LAS IMPORTACIONES

La Producción Nacional y las Importaciones

En contraste con las exportaciones de los países subdesarrollados basadas, generalmente, en unos pocos productos básicos, las importaciones están constituidas por una amplia variedad de bienes manufacturados, que incluyen bienes de consumo, bienes intermedios, repuestos, combustibles, materias primas, maquinarias, equipos y otros.

Ante todo, debemos hacer algunas precisiones sobre lo que se debe entender por bienes importados.

Existen bienes que nosotros solemos calificar como de producción nacional, porque son elaborados por empresas radicadas en el país: libros, detergentes, vasos plásticos, ventiladores, neveras, muebles, etc. Estos bienes, sin embargo, tienen algún componente de origen extranjero. De hecho, prácticamente todos los bienes producidos en nuestros países tienen alguna

Prácticamente todos los bienes producidos en nuestros países tienen una proporción de componentes importados.

proporción de componentes importados. El cemento, por ejemplo, está constituido físicamente por elementos de origen nacional; sin embargo, en algunos de nuestros países, quizás más de un

50% de su costo de producción es de origen importado, ya sea porque en su producción se utilice energía generada en base a combustibles importados, o materiales y piezas gastables compradas en el exterior.

Es importante entender a su vez, que aun los bienes que calificamos como netamente importados que se venden en el mercado interno tienen un componente nacional. Una cámara fotográfica de origen japonés, por ejemplo, en su valor de mercado (precio de venta) tiene un contenido nacional, que debe ser incluido en la producción. Véase Gráfico 1.

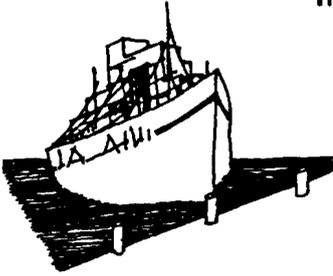
Se quiere significar es que tanto los bienes importados como los producidos en el país tienen un contenido importado y otro nacional, aunque los porcentajes varían en cada caso.

Esto nos lleva a una conclusión de mucha importancia: un aumento en la producción nacional de bienes de consumo conlleva, aparejada y forzosamente, un incremento en las importaciones del país. Y viceversa, una disminución de la producción, se traduce en una contracción de las importaciones.

En razón de que los medios de pagos internacionales --la moneda con la cual podemos hacer pagos al extranjero y que, comúnmente, llamamos divisa -- son generados por las exportaciones, se hace evidente que la cantidad de bienes importados que podemos adquirir del exterior, o lo que los economistas latinoamericanos llaman la "capacidad para importar", dependerá, fundamentalmente, de los ingresos de divisas generados por las exportaciones.

GRAFICO 1

LOS COMPONENTES DEL COSTO DE UNA CAMARA FOTOGRAFICA IMPORTADA



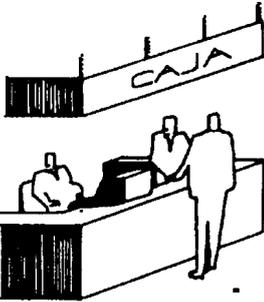
**COSTO EN EL
PUERTO DEL
PAIS
IMPORTADOR
\$110**

→ \$110



**IMPUESTOS,
TRANSPORTE
INTERNO Y OTROS
COSTOS \$40**

→ \$150



**BENEFICIOS,
GASTOS DE
ALMACEN Y OTROS
GASTOS \$50**

→ \$200

En la gráfica se representan los componentes del costo en el proceso de distribución de una cámara fotográfica importada. La cámara se vendió al consumidor en \$200, por lo que se debe registrar que en el período, el consumo aumentó en \$200. Solo una parte del costo se generó en el país, por lo tanto, para fines del cálculo del Producto Nacional Bruto se debe sustraer el contenido importado. Es decir, en el período el consumo se incrementó en \$200 y la producción en \$90.

Se hace claro que en el caso anterior existe una relación de dependencia de suma importancia que define las posibilidades de crecimiento de la economía. Volveremos sobre este asunto.

A las compras y ventas al exterior de bienes y servicios, al igual que en la contabilidad de las empresas, se las conoce como las operaciones corrientes de la economía, de suerte que la composición y valor de las exportaciones y las importaciones de bienes y servicios se conocen como la "cuenta corriente". El saldo, o sea, la diferencia entre las exportaciones e importaciones viene a ser uno de los resultados más importantes de la economía, ya que nos puede dar una indicación de las posibilidades de crecimiento de la economía. Este aserto, a pesar de que es fácil de aceptar y entender, normalmente se pierde de vista cuando hacemos nuestros juicios económicos.

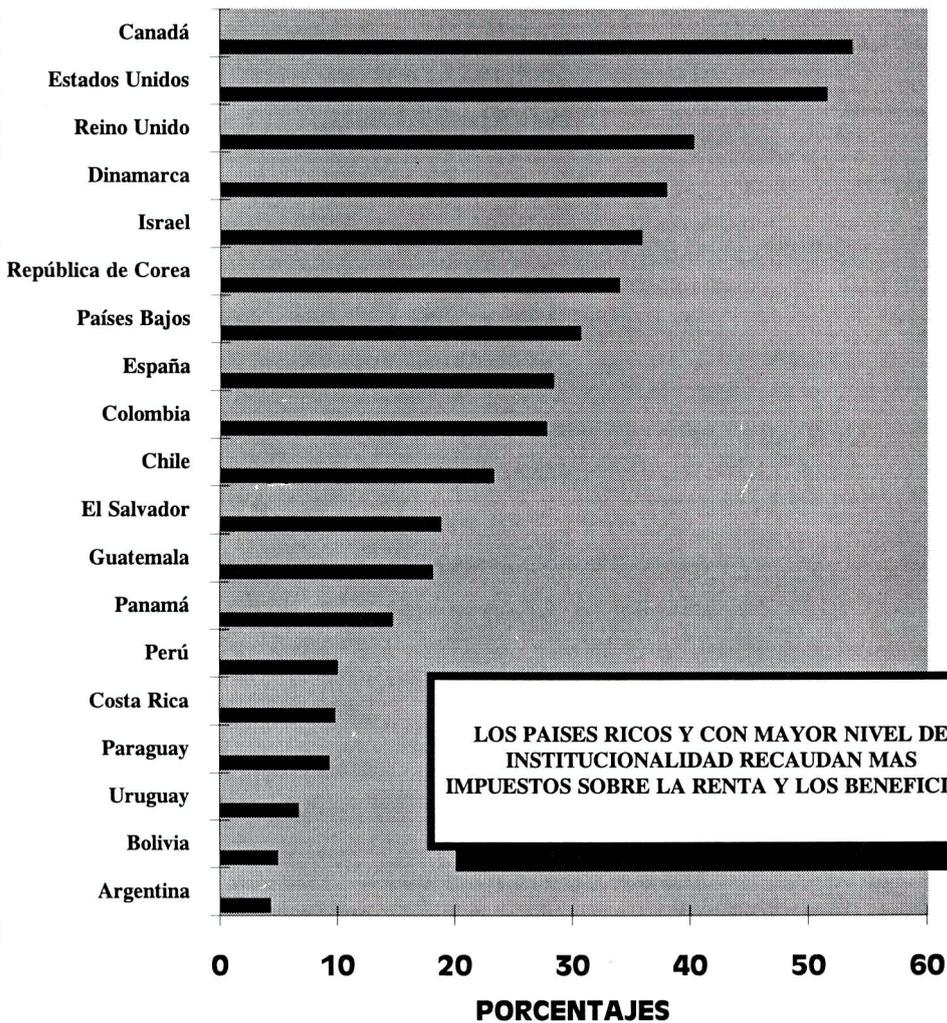
Al igual que las exportaciones, los impuestos al comercio exterior -- es decir, sobre importaciones y exportaciones -- constituyen una de las fuentes principales de ingresos de los gobiernos latinoamericanos. Una de las razones por las cuales son tan importantes es su administración relativamente fácil en comparación con otros tipos de tributación, como son los impuestos sobre los beneficios de las empresas.

La ineficiencia administrativa de nuestros gobiernos, la generalizada improbidad, las debilidades institucionales de la justicia y de los otros sectores de la sociedad, así como las dificultades técnicas para su cálculo, hacen que los impuestos sobre los beneficios sean de difícil cobro. Esta es una característica de los países pobres, que contrasta con lo que sucede en los países ricos, tal como se muestra en el Gráfico 2.

En ocasiones, no faltan economistas nacionales y expertos extranjeros que aconsejan aumentar la tasa de impuestos sobre los beneficios o sobre la renta, para así mejorar los ingresos del gobierno. En otras oportunidades, se recomienda reducir dicha proporción para así estimular las actividades de inversión y de producción.

GRAFICO 2

RELACION PORCENTUAL DE LOS IMPUESTOS SOBRE LA RENTA, LAS UTILIDADES Y LAS GANANCIAS DE CAPITAL SOBRE EL TOTAL DE LOS INGRESOS DEL GOBIERNO, 1990



LOS PAISES RICOS Y CON MAYOR NIVEL DE INSTITUCIONALIDAD RECAUDAN MAS IMPUESTOS SOBRE LA RENTA Y LOS BENEFICIOS

Sin embargo, las debilidades institucionales apuntadas anteriormente conspiran contra esos propósitos y las medidas no alcanzan los objetivos perseguidos. Mientras los mecanismos de recaudación no sean eficientes --lo que supone un mejoramiento en la institucionalidad de un país -- los ingresos del gobierno seguirán dependiendo de los impuestos al comercio exterior y de otros mecanismos parecidos.

LA PRODUCCION, EL INGRESO Y SU DISTRIBUCION

El Algebra del PNB

Habiendo entendido los conceptos de inversión y consumo según los convencionalismos actuales de la economía, y precisado la definición y el papel de las exportaciones y las importaciones, podemos pasar a explicar lo que es el producto nacional o, como aquí también llamaremos, la producción nacional.

La exportación y la importación son una misma transacción; todo depende de la perspectiva desde la que se observe.

La producción nacional, o más apropiadamente, el Producto Nacional Bruto (PNB)², no es más que la suma de los bienes y servicios consumidos e invertidos durante un período cualquiera. Evidentemente, como no es

posible adicionar bienes de diferente naturaleza, esto es, no

². Existen otras denominaciones técnicas del Producto Nacional Bruto (PNB), tales como Producto Bruto Interno (PBI), Producto Nacional Neto (PNN), las cuales vienen a constituir el mismo concepto con ciertas modificaciones. Así que cuando no se trate de literatura especializada, el lector podrá interpretar estos términos como si fueran sinónimos.

podemos sumar arroz con televisores, ropa y demás renglones que integran la producción nacional, es preciso expresar esta suma de cosas tan diversas a través de una medida común. A estos fines, en la economía se cuantifican los bienes consumidos e invertidos en un período por su valor de mercado. De esta manera, el valor total del PNB puede ser reducido a la suma de todos los bienes y servicios producidos, valorados a precios de mercado.

Se hace necesaria una última precisión para culminar la explicación del concepto de PNB. Algunos bienes y servicios que son producidos en la economía nacional son exportados, o sea, que son vendidos en el extranjero. Estos, a pesar de que no son ni consumidos ni invertidos en el país, forman parte de la producción nacional, y por lo tanto, son incluidos en el PNB del período.

Adviértase que las exportaciones, que son ventas al extranjero, constituyen importaciones para el país que las compra. Es decir que las exportaciones y las importaciones son una misma operación, cuyo nombre varía dependiendo del sentido en que observemos la transacción. Nuestra venta de azúcar a Estados Unidos, por ejemplo, es una exportación para nosotros y una importación para ellos. De lo anterior, debemos inferir que a pesar de que el valor de las importaciones es parte del costo del producto y por lo tanto del precio final, no deben ser incluidas en el Producto Nacional Bruto, ya que han sido producidas realmente en un país extranjero.

Ahora pasemos a desglosar los componentes del PNB. Para ello vamos a utilizar la notación que es tradicional en la literatura económica:

C	=	CONSUMO
I	=	INVERSION
X	=	EXPORTACIONES
M	=	IMPORTACIONES

La producción nacional se puede expresar mediante la siguiente ecuación:

$$\text{PNB} = C + I + X - M$$

Tenemos, entonces, que el Producto Nacional Bruto de un período cualquiera es la suma del valor de mercado de los bienes y servicios consumidos más los invertidos y exportados, sustrayendo a esta suma los bienes y servicios importados.³

Esta es una simple, pero importantísima notación algebraica para el entendimiento de la fisiología del aparato económico. (Véanse Gráficos 1 y 3).

La otra Cara de la Inversión

Como se puede inferir del Gráfico 4, la producción genera una corriente de ingresos del mismo valor de la producción, que es recibida por las personas integrantes de la sociedad.

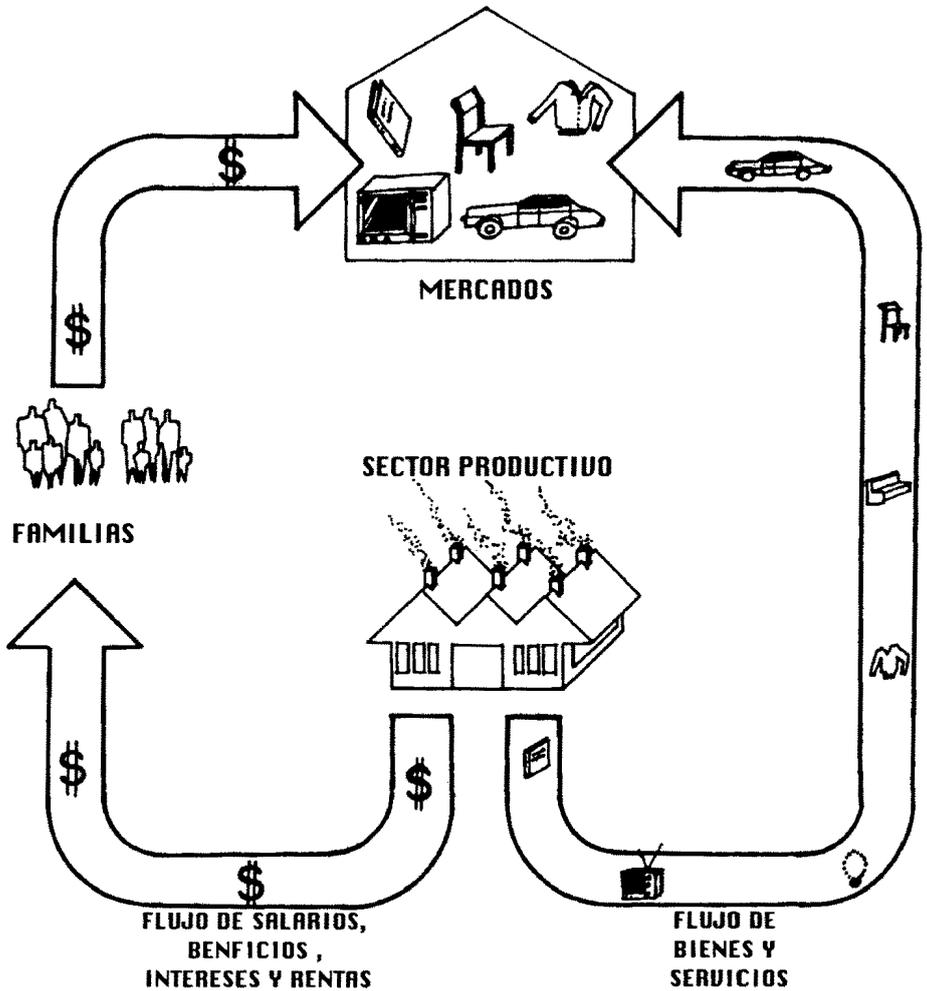
Para los economistas, nosotros, los perceptores de esos ingresos, podemos utilizarlos para adquirir bienes de consumo. La parte que nos sobra después de haber consumido se define, mecánicamente, como ahorro.

Nos encontramos, nuevamente, con que los ingresos que recibimos tienen dos destinos posibles: el consumo o el ahorro. No hay otra alternativa. Aquí arribamos a una igualdad en la contabilidad económica que siempre debemos respetar: el valor de los ingresos destinados al consumo es igual al valor de los bienes de consumo producidos. Asimismo, la proporción de los ingresos ahorrados es igual a la inversión.

Los recursos que ahorramos son los que hacen posible el financiamiento de la inversión. En la medida en que ahorramos más, más podemos invertir y viceversa.

³. Para tranquilizar a los lectores no aficionados a las matemáticas, se les advierte que ésta es la única ecuación que se utilizará en todo el texto.

GRAFICO 4
FLUJOS DE INGRESOS Y DE BIENES Y SERVICIOS



Las actividades del sector productivo generan dos flujos diferentes: uno es el de los bienes y servicios que se venden en los mercados y el otro es de ingresos-salarios, beneficios, intereses y rentas. Las familias reciben los ingresos y con estos recursos adquieren los bienes y servicios. De acuerdo con los convencionalismos de contabilidad económica, el valor de producción de bienes y servicios es igual al valor de los ingresos.

Muy temprano, los primeros teóricos advirtieron la importancia del ahorro en la economía, cuyo funcionamiento para el crecimiento es semejante al que explicamos sobre las inversiones. Si destinamos todos los ingresos al consumo, no sería posible invertir, y por lo tanto, la capacidad de producción de la economía no podría crecer. A la inversa, si ahorramos todos los ingresos, no habría consumo. Debe haber entonces, algún mecanismo por medio del cual se logre un nivel de ahorro que permita un crecimiento adecuado de la inversión y, a la vez, permita volúmenes satisfactorios de consumo.

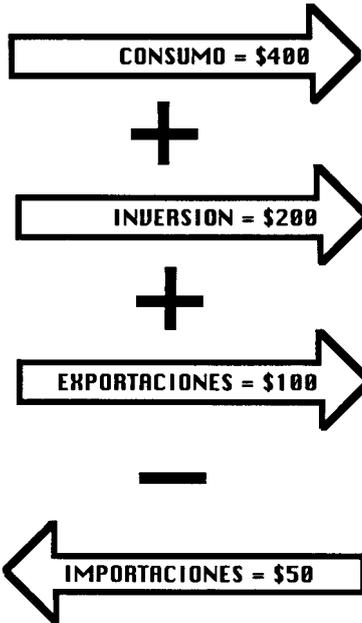
Ahora podemos empezar a percibir con más claridad la relevancia de cuanto se ha dicho respecto al consumo y su incidencia en el desenvolvimiento de la economía. No es sorprendente que en nuestros países la población consume más de lo que recibe en forma de ingreso, es decir que el ahorro sea negativo, o, como usualmente se dice, que haya un desahorro.

Un consumo excesivo conspira en contra de las posibilidades de la economía en cuanto que limita la inversión y, consecuentemente, la capacidad de producción.⁴

Algunos teóricos importantes de la disciplina han manifestado que las naciones industrializadas de hoy han podido alcanzar su avanzado nivel de progreso material gracias a la frugalidad de su consumo, lo que es lo mismo que decir su vocación de ahorro. Las naciones que han adoptado el ahorro como un valor de la sociedad han desarrollado hábitos y costumbres que moderan su consumo, liberando, en forma de ahorros, recursos que pueden ser destinados a cubrir los gastos que requiere el crecimiento económico.

⁴. La empresa y el gobierno tienen capacidad de ahorrar. También a través de las operaciones internacionales se generan ahorros para la economía.

GRAFICO 3
COMPONENTES DEL PRODUCTO NACIONAL BRUTO (PNB)



$$\text{PNB} = 400 + 200 + 100 - 50 = 650$$

El Producto Nacional Bruto (PNB) de cualquier período es igual a la suma de los valores de consumo, inversión y exportación. En la mayor parte de esos valores, hay componentes importados. Debido a que las importaciones son producciones generadas en el extranjero, éstas deben sustraerse para obtener el valor del PNB.

La Distribución Entre Desiguales

Ahora que sabemos lo que los economistas entienden por el Producto Nacional y que la producción genera ingresos, vamos a ver cómo se distribuyen éstos, o sea, cuánto le toca a cada uno.

Es evidente que los niveles de producción definen el grado de bienestar y adelanto económico de un país. El valor del PNB de los Estados Unidos para 1989, por ejemplo, fue de US\$5,555.7 miles de millones, mientras que Guatemala durante ese mismo período, produjo bienes y servicios por valor de unos US\$8,393 millones. Esto significa que la economía norteamericana es 662 veces más grande que la guatemalteca.

Usted estará pensando que esa comparación no es útil, debido a que la población norteamericana es mucho más elevada que la guatemalteca. Efectivamente, usted tiene razón. A los fines de esta comparación internacional, conviene dividir los valores producidos por ambos países, entre sus respectivas poblaciones. De esta forma, tendríamos una aproximación del valor promedio del ingreso por persona en cada país. Esto es lo que se conoce como ingreso per cápita. A pesar de las limitaciones que se señalan más adelante, éste es el indicador individual de mayor utilidad para efectuar comparaciones internacionales.

En 1989, el ingreso per cápita de los norteamericanos fue de US\$20,757 anuales, mientras que el de los guatemaltecos apenas alcanzó US\$938.

Es decir, en términos promedio, los norteamericanos recibieron 22 veces más por persona que los guatemaltecos, lo que nos ofrece una aproximación cuantificada del atraso relativo de Guatemala en relación a la economía norteamericana, y nos da una idea de la enorme desigualdad que existe en los ingresos entre las naciones ricas y las pobres.

Una primera aproximación a lo que podría llamarse el "atlas" de la pobreza y riqueza mundiales sería clasificar a los

países subdesarrollados e industrializados mediante el ingreso per cápita. En el Cuadro 1 se presentan las cifras para un grupo de países relativas a la población, superficie territorial, producción nacional e ingreso per cápita, lo que constituye una adecuada muestra de la distribución y potencialidades productivas a nivel internacional. Sin lugar a duda, la desigualdad en la distribución del ingreso per cápita en términos mundiales es uno de los grandes desafíos que enfrenta la comunidad internacional.

Los países pobres se caracterizan, precisamente, por el bajo nivel relativo de ingreso, de consumo y de producción por persona. Pero estos indicadores de pobreza y riqueza relativos, no nos dicen todo el asunto. Quedan otros aspectos de importancia, tales como la calidad de los bienes y servicios consumidos, que en los países industrializados es normalmente superior, así como las crónicas escaseces periódicas que erosionan la calidad de la vida en los países pobres.

Pero lo más importante de todo es que los indicadores per cápita no nos explican quiénes se apropian de la producción; no nos dicen cómo se distribuye ésta entre los diferentes estratos sociales.

A estos fines, los economistas dividen la población por grupos de ingresos. Por ejemplo, el 10% de la población más rica de Estados Unidos recibió el 25% de los ingresos que se generaron durante el año 1990. En ese mismo año, en Guatemala, el 10% de la población se apropió del 40.8% del ingreso. Este dato nos da un buen indicio de que en Estados Unidos el ingreso está distribuido más equitativamente que en Guatemala.

Esto nos permite concluir que los norteamericanos, además de tener una producción per cápita considerablemente mayor que la del pequeño país centroamericano, poseen, también, una mayor justicia distributiva.

CUADRO 1

**POBLACION, SUPERFICIE, PRODUCTO NACIONAL BRUTO
E INGRESO PER CAPITA DE VARIOS PAISES, 1989**

	POBLACION Millones de Habitantes	SUPERFICIE Km2	DENSIDAD Habitantes Km2	P N B Millones de US\$	INGRESO PER CAPITA US\$
JAPON	112,935	377,710	325	2,869,273	23,340
DINAMARCA	5,139	43,070	119	106,155	20,658
AUSTRALIA	16,650	7,686,846	2	283,686	17,038
BELOICA	9,848	30,514	323	152,674	15,504
NUEVA ZELANDA	3,363	268,680	13	41,734	12,410
ISRAEL	4,527	29,770	218	44,362	9,800
BRASIL	147,407	8,511,968	17	447,350	3,035
URUGUAY	3,077	176,220	17	8,418	2,736
MEXICO	86,754	1,972,550	44	200,715	2,314
VENEZUELA	19,251	912,050	21	42,833	2,225
PERU	21,790	1,285,220	17	43,190	1,982
CHILE	12,963	756,950	17	25,373	1,957
PANAMA	2,370	77,080	31	4,582	1,933
ARGENTINA	31,924	2,766,888	12	60,265	1,888
COSTA RICA	2,940	50,700	58	5,235	1,780
CUBA	10,502	110,860	95	16,399	1,562
COLOMBIA	32,358	1,138,910	28	39,704	1,227
PARAGUAY	4,160	406,750	10	4,374	1,052
HONDURAS	4,987	112,090	44	4,908	984
ECUADOR	10,333	283,560	36	10,117	979
REP. DOMINICANA	7,019	48,730	144	6,687	953
GUATEMALA	8,950	108,890	82	8,393	938
BOLIVIA	7,125	1,098,580	6	4,334	608
HAITI	6,381	27,730	230	2,349	368
NICARAUA	3,751	130,000	29	969	258

FUENTE: MANUAL DE ESTADISTICAS DE COMERCIO INTERNACIONAL Y DESARROLLO, NACIONES UNIDAS.

Hasta ahora, se ha acumulado evidencia suficiente que indica que en la medida que el país es más desarrollado, es decir, que tiene mayor nivel de producción per cápita, se genera una tendencia a favor de una mejor distribución del ingreso y de la riqueza.

En el Cuadro 2 se presenta la distribución del ingreso para un conjunto de países. En la primera línea aparece la distribución ideal en la que los grupos de 20% de la población reciben, justamente, el 20% de los ingresos que genera la economía en el período, el grupo que constituye el 40% de la población participa en un 40% del ingreso total.

Como se aprecia en el conjunto de los países industrializados, el 20% más rico de la población se apropia de una proporción de los ingresos que no excede el 45%, mientras que en las naciones latinoamericanas siempre supera el 50%. En este último grupo se destaca Brasil con un 63%.

Es evidente que las sociedades industrializadas tienen una distribución del ingreso menos injusta. Hungría, país que todavía era socialista en el período señalado exhibe la distribución más equitativa.

El asunto de la distribución del ingreso es crítico en el interior de las economías nacionales de los países en vías de desarrollo. Pero cuando vamos a la situación mundial, o sea, a la forma en que se distribuye el ingreso entre la población mundial, se llega a un cuadro patético. Véase el Gráfico 5. Las consideraciones que se efectúan a lo largo de este texto sobre los modelos económicos, así como las discusiones relativas a las estrategias de desarrollo económico y sobre el reordenamiento de la economía mundial deben tener, como telón de fondo, la dramática realidad que revela este gráfico.

No hay dudas que la enorme inequidad que involucra este asunto constituye uno de los grandes desafíos de nuestro tiempo. Los extraordinarios progresos que ha alcanzado la humanidad en términos de las libertades individuales, los

derechos humanos y el fantástico progreso tecnológico, quedan ensombrecidos por la forma injusta en que se distribuyen los ingresos mundialmente. Las razones que explican estos resultados respecto a la distribución del ingreso, pueden resumirse de la forma siguiente. La proporción que le corresponde a cada uno del ingreso que genera el proceso productivo en forma de salarios, rentas, intereses y beneficios, va a depender de la posición que se ocupe en el sistema económico. Si usted pertenece al grupo de los comerciantes, por ejemplo, sus ingresos tomarán la forma de beneficios; si es prestamista, serán denominados intereses; en ambos casos, posiblemente usted se apropiará de una buena porción del ingreso nacional. En cambio, si usted es desempleado, no recibirá directamente nada del ingreso generado en la economía.

Como los comerciantes y banqueros son menos en términos cuantitativos, una buena distribución del ingreso en un país pobre va a depender de la importancia cuantitativa de los grupos asalariados respecto a los desempleados. Una economía pobre con un alto nivel de su población desempleada nunca tendrá una buena distribución del ingreso. Lo mismo resulta si la fuerza de trabajo no es muy productiva. Si la producción por trabajador es deficiente, esto sería una causa adicional para que la distribución del ingreso sea injusta. A la corta o a la larga, los niveles de salario van a depender de la productividad del trabajador. Una persona inteligente y trabajadora que opera con maquinarias muy eficientes, tendrá una alta productividad y, por lo tanto, habrá de recibir buen salario. Esto no sólo la beneficia a ella, sino a toda la sociedad en su conjunto.

En resumen, podemos decir que a menor desempleo y mayor productividad, más equitativa será la distribución del ingreso. Si esto último es cierto, se puede afirmar, entonces, que una condición para mejorar la distribución del ingreso, es aumentar el empleo y la productividad.

Paradójicamente, dentro del mundo subdesarrollado, en los países más pobres no existe información periódica sobre la situación de desempleo y sobre los niveles de productividad.

Apenas se realizan encuestas ocasionales que dan cuenta acerca de este asunto. En la medida que las naciones son más desarrolladas, lo que es casi como decir que su ingreso per cápita es mayor, estas informaciones mejoran. En los países industrializados, la tasa de desempleo es la variable más sensible desde el punto de vista político y económico. Un empeoramiento en el desempleo es la peor noticia que puede recibir un político en el poder. Entre las economías subdesarrolladas, los países más pobres, por el contrario, hacen como el avestruz: esconder la cabeza para no saber qué pasa con este vital aspecto de la economía.

Pero esto no es todo. Para las economías pobres, los males vienen juntos. También se asocian a los menores niveles relativos de ingresos, otras características que no son de índole cuantitativa. Por ejemplo, mayor ineficiencia organizacional, más bajos niveles de institucionalización y, naturalmente, mayor corrupción en los ámbitos administrativos tanto público como privado.

Los países subdesarrollados o en desarrollo, o países pobres, como quiera que se los llame, no se identifican sólo por magnitudes que pueden ser mensurables, tales como los niveles de producción, ingreso o consumo. Nuestros países son pobres porque somos pobres culturalmente. El subdesarrollo es una condición sociológica. Está en nuestros valores, en nuestra percepción del trabajo y del ahorro, en nuestros niveles de educación y capacidad de aprendizaje, en nuestra observación de las obligaciones ante la sociedad, en nuestros niveles de información. En síntesis, se trata de una condición de nuestra mente. Sociológicamente hablando, nuestra condición de país pobre opera como un lastre respecto a nuestras posibilidades de desarrollo social y económico. Es un gran peso muerto que hace casi imposible el progreso en cualquier dirección. Esta aseveración no es el resultado de una visión pesimista. En la actualidad, entre las naciones en desarrollo, se pueden contar con los dedos de la mano aquéllas a las que se concede la posibilidad de alcanzar el progreso económico y social que les permita la superación de la condición de país pobre.

La pregunta obligada viene a ser la siguiente: si el subdesarrollo es una condición cultural que tiene que ver con nuestros valores y aptitudes y otros condicionamientos psicosociológicos, ¿qué habría que hacer para remover tales condiciones? La respuesta es clara: la educación, en el sentido más extenso de la palabra, sería el instrumento adecuado para crear las condiciones que viabilicen el desarrollo material de nuestras sociedades. Consecuentemente, cualquier estrategia de desarrollo económico debe centrarse en la promoción humana, en el mejoramiento del individuo, a través de la educación. Un asunto muy simple y evidente; sin embargo, cuando llegamos a la práctica, no lo tenemos presente.

CUADRO 2

INGRESO PER CAPITA Y DISTRIBUCION DEL INGRESO DE VARIOS PAISES

DISTRIBUCION IDEAL-----> 40% 20% 20% 20%

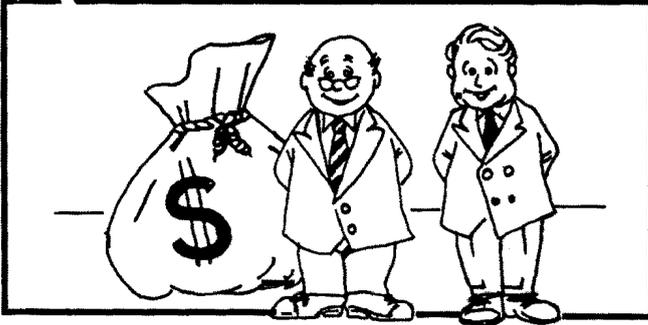
PAISES	INGRESO PER CAPITA		DISTRIBUCION DEL INGRESO			
	US\$	AÑO	40% más Pobre	Segundo 20% más Pobre	Segundo 20% más Rico	20% más Rico
Hungría	6,190	1987-88	35	18	22	35
Suiza	21,950	1982	17	16	22	45
Ests. Unidos	21,360	1985	16	17	25	42
Japón	16,960	1978	22	18	23	38
Alemania	16,290	1984	20	18	24	39
Dinamarca	15,380	1981	17	18	26	59
Francia	15,200	1979	18	17	24	41
Reino Unido	14,960	1978	17	18	25	40
Singapur	14,920	1982-83	15	15	21	49
Israel	11,940	1979	18	18	25	40
Israel	11,940	1978	18	18	25	40
España	10,840	1980-81	19	17	23	40
Venezuela	6,740	1987	14	14	22	51
Costa Rica	4,870	1986	12	13	21	55
Brasil	4,780	1983	8	11	19	63
Guatemala	2,920	1979-81	14	12	19	55
Peru	2,720	1985-86	15	14	22	52

FUENTE: Informe sobre Desarrollo Mundial, 1992, Banco Mundial.

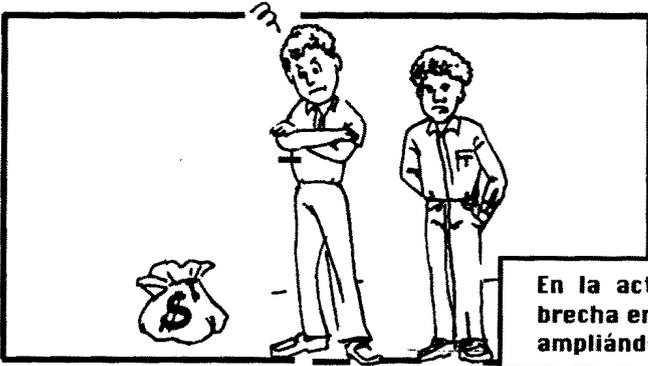
Arriba aparece el ingreso per cápita y la distribución del ingreso de varios países. Para presentar la distribución del ingreso, se agrupa la población de acuerdo con el porcentaje del ingreso que recibe cada grupo. En la columna de la derecha se representa el 20% más rico y en la del extremo izquierdo el 40% más pobre. Los grupos intermedios son el segundo 20% más rico y el segundo 20% más pobre. Consecuentemente, la distribución más justa sería aquella en la cual a cada grupo le corresponda el mismo porcentaje que ocupa en población total. En la primera fila de arriba aparece esta distribución ideal. De acuerdo con lo anterior el país que tiene la distribución más equilibrada es Hungría, ya que el 20% más rico recibe el menor porcentaje de todos los países, el 35%; por otro lado, el 40% más pobre recibe la mayor proporción de todos países, 26%. En el caso de las naciones latinoamericanas, el 20% más rico recibe por encima del 50% del ingreso. Se destaca Brasil con un 63%. En general, los países de mayor ingreso per cápita tienen una mejor distribución del mismo.

GRAFICO 5

LA DISTRIBUCION DEL INGRESO A NIVEL MUNDIAL



El 20% más rico de la población del mundo recibe el 83% del ingreso mundial



El segundo 20% más rico recibe 11% del ingreso

En la actualidad parece que la brecha entre pobres y ricos sigue ampliándose



El 60% más pobre de la población del mundo, tan sólo, recibe el 6% del ingreso

Fuente: PNUD, Desarrollo Humano, 1992.

LA TEORIA, EL DINERO Y

LA INFLACION

SIMPLIFICANDO CON LA ABSTRACCION

De la Teoría a la Realidad

Probablemente el lector haya escuchado que si se pregunta a tres economistas su opinión sobre un asunto en particular, se obtendrán cuatro opiniones diferentes. Con esto se quiere significar el carácter impreciso, o el alto grado de incertidumbre de la economía como ciencia. Lo cierto es que a pesar de las opiniones divergentes entre los economistas, no debe ponerse en duda el rigor de la lógica económica. Se supone que el economista, al abordar cualquier problema, lo hace mediante un determinado enfoque teórico, es decir, que dos analistas con conceptualizaciones teóricas diversas pudieran llegar a conclusiones diferentes, lo cual es consustancial al quehacer de las ciencias sociales y hasta de las propias ciencias naturales donde podemos encontrar situaciones similares.

Algunas veces, sin embargo, la diversidad de opiniones de los economistas no se debe a diferentes enfoques teóricos, por lo menos en nuestros países, sino, precisamente, a la ausencia de algún tipo de encuadramiento teórico, ya sea por falta de conocimientos en

el campo, o por deficiencia en el manejo de los instrumentos conceptuales.

La posibilidad de hacer teoría es la capacidad más poderosa de la inteligencia humana.

Quizás esto explica por qué entre nosotros, los latinoamericanos, existe cierto menosprecio o subestimación de la teoría, y preferimos las aseveraciones que se basan en la pura intuición o en los razonamientos

derivados de nuestra experiencia cotidiana. Tal parece que nosotros entendemos que el manejo adecuado de la realidad requiere de la práctica o la experiencia, si no de la intuición. Al teórico se lo escucha con suspicacia o con reservas. Se considera que la teoría es necesaria en otros planos, pero no para manejar un problema concreto, como podría ser la formulación y aplicación de políticas económicas. Nada más equivocado. Esto equivale a prescindir de una poderosa capacidad de la mente humana. En efecto, al aproximarnos por primera vez a un fenómeno, éste se nos presenta en una compleja maraña de datos. El poder de abstracción nos permite descomponerlo en sus elementos más relevantes, y comprender sus relaciones fundamentales, mediante lo cual adquirimos la posibilidad de explicarlo. Es decir, nos acercamos a un problema segregando sus componentes principales, para ver luego cómo éstos se relacionan entre sí. La explicación de la realidad material y social siempre es reductible a una simple relación entre determinadas variables. Cuando escuchamos una explicación intrincada de lógica rebuscada, es conveniente ponernos en guardia y sospechar que se anda por un camino errado.

Sin la capacidad de simplificar a través de la abstracción, que nos permite entender realidades complejas, el asombroso progreso material de la humanidad no hubiera sido posible. La posibilidad de hacer teoría es la capacidad más poderosa de la inteligencia humana.

La extraordinaria utilidad de la teoría se deriva del hecho de que tiene como finalidad esencial predecir los eventos que habrán de ocurrir una vez que se cumplan determinadas condiciones. Sin esta posibilidad de predicción, ninguna teoría tiene validez o utilidad.

Cuando la ciencia predice que un determinado gas se expandirá en una forma dada una vez sometido a ciertas condiciones de temperatura y presión, está anticipando el evento que habrá de ocurrir, a la vez que define las condiciones requeridas para que éste se lleve a efecto. Las condiciones en este caso son fáciles de definir (temperatura y presión) porque se trata de magnitudes cuantificables que pueden ser medidas con un alto grado de precisión.

En las ciencias sociales, la definición e identificación de las condiciones que determinan la ocurrencia de un evento, no es cosa fácil en la mayoría de los casos, ya que normalmente los factores que intervienen en el mismo son numerosos, y de difícil identificación y cuantificación. Por ejemplo, cuando decimos que determinado candidato a la presidencia ganará las elecciones, nos basamos en un conjunto de premisas difíciles de medir. Decimos por ejemplo, fulano obtendrá la mayoría de los votos porque tiene el programa económico que más favorece a las clases medias. Pero, ¿quiénes constituyen las clases medias y cuál es su importancia dentro del electorado? Además, ¿es cierto que las clases medias perciben que el programa económico las favorece?

Todavía más, en las ciencias sociales el conocimiento de la conducta del fenómeno que es objeto de estudio podría alterar el comportamiento del mismo. Por ejemplo, supongamos que soy dado al consumo ostentoso y que en los últimos años me he hecho de una cuantiosa y rápida fortuna. Como el vehículo que utilizo puede ser indicador de mi nueva posición económica y, como está de moda, compro un Mercedes Benz, un BMW, o inclusive un Lexus. Pero luego me entero de ciertos estudios realizados en países pobres que muestran una correlación entre compradores de vehículos lujosos y riqueza adquirida recientemente, o, dicho más llanamente, comportamiento social de "nuevo rico". Este conocimiento podría alterar mis patrones de consumo, motivándome a escoger un vehículo menos conocido. En las ciencias sociales existe esta posibilidad. Semejante situación no es posible en las ciencias naturales.

Las ciencias sociales, indudablemente, tienen determinado poder de predicción, y constituyen instrumentos de mucho valor para la comprensión de los fenómenos que estudian, pero debido a la

dificultad de distinguir las condiciones que determinan un evento y a la naturaleza cambiante y evolutiva de los procesos que se verifican en la sociedad, el manejo de éstas exige el reconocimiento de sus limitaciones y las circunstancias en que pueden ser aplicadas. Cada teoría obedece a determinadas circunstancias, y éstas son de naturaleza cambiante en las ciencias sociales.

En las ciencias naturales se percibe mejor la función y evolución de la teoría, ya que no es raro que una teoría haya sido de aceptación general y de gran utilidad para la comprensión de determinados fenómenos, y que luego sea modificada y abandonada debido a la formulación de otros esquemas más avanzados.

Con la teoría de Newton, por ejemplo, se produjo uno de los grandes avances en el conocimiento de la materia y de su comportamiento. Por siglos, se pensó que con Newton se había llegado a una de las fronteras del conocimiento humano, que se había alcanzado la última verdad sobre las cosas. Pero no fue así. Einstein, con sus concepciones novedosas y revolucionarias del tiempo, el espacio y la materia, destronó la vieja teoría y demostró que se trataba de una explicación parcial e incompleta. Más adelante, el desarrollo de la física cuántica -- nunca totalmente aceptada por Einstein -- abrió nuevas avenidas a la comprensión del universo. Del mismo modo, las investigaciones actuales de la física teórica moderna continúan marcando nuevos rumbos. Así es cómo avanza el conocimiento humano y por ende la economía, dado que es una disciplina más del saber.

A fin de ilustrar cómo evoluciona la teoría económica, remontémonos a la Gran Depresión de los años 30, cuyo epicentro estaba ubicado en la economía norteamericana. En esa época, el desempleo superó en Estados Unidos una cuarta parte de la población económicamente activa, el nivel general de precios descendió en una forma sin precedentes y, naturalmente, la producción nacional se desplomó en una proporción nunca antes conocida.

En aquellas circunstancias, las teorías neoclásicas, que habían mantenido su preeminencia a lo largo de la evolución del pensamiento económico, no tenían explicación para el inusitado trastorno que

atravesaba la economía. Las rebuscadas explicaciones que se intentaron dentro de los esquemas teóricos vigentes, no parecían tener validez. La bancarrota de los neoclásicos era ostensible. Su concepción de que las fuerzas del mercado expresadas libremente constituían el mejor ordenador de la economía y aseguraban el mayor crecimiento y bienestar posibles, no funcionaba.

En ese momento, surge la visión de la economía de John Maynard Keynes, que concluye que la mano invisible no es suficiente para maximizar los resultados económicos. Sostiene que es necesario que la mano visible del estado intervenga, mediante los instrumentos de política económica y reactive nuevamente el aparato productivo. La prescripción keynesiana era muy simple: se requería de un aumento en el gasto para estimular la demanda, o sea, para que el consumo y la inversión aumenten y empujen hacia arriba la producción.

El triunfo de los keynesianos fue aplastante. Los neoclásicos se vieron obligados a replegarse por largos años a las universidades donde, manteniendo la fe en sus preceptos, trataron de remozar sus enfoques con nuevas formulaciones teóricas. Los keynesianos, por su parte, pasaron al manejo de la conducción económica.

Más tarde, no obstante, en la década de los 70, en la economía norteamericana se presentó un proceso inflacionario simultáneamente con un estancamiento de la producción nacional, para lo cual la teoría keynesiana no tenía una explicación fehaciente. Nuevamente, la teoría predominante entra en crisis, y con el advenimiento al poder del Presidente Reagan, los neoclásicos salen de sus cuarteles académicos y retoman la conducción de la política económica. Pero esta vez vienen agrupados en diferentes tendencias de sugestivos nombres, como "economía de la oferta", "expectativas racionales", "monetaristas globalistas", y otros.

Para los países en desarrollo, éstos no son lejanos acontecimientos académicos que no nos afectan. Las oleadas de presión que vienen desde el norte para inducirnos a adoptar el modelo neoliberal de organización económica, es decir, reducir la injerencia del gobierno en las actividades económicas, aplicar políticas de privatiza-

ción mediante el traspaso de las empresas estatales a manos privadas y dismantelar el régimen de protección a la producción interna, son la consecuencia del retorno de los neoclásicos a los puestos de mando de la economía norteamericana.

No hay duda que viene tomando cada vez más fuerza la noción de que el camino para que las economías del Tercer Mundo puedan superar su atraso relativo, consiste en "dejar hacer" o "laissez faire", como se lo ha conocido tradicionalmente; se trata de dejar operar las fuerzas del mercado en la mayor libertad posible: el gobierno debe minimizar su injerencia en las actividades económicas y las barreras a las importaciones deben ser prácticamente eliminadas. Se parte de la premisa de que la creación de este escenario de libertad económica y de alta competitividad promoverá, por sí solo, el desarrollo económico.

Lo cierto es que se ha dado un inusitado giro en el enfoque del desarrollo económico de los países pobres, cuando estos esquemas de la teoría tradicional se han convertido, de buenas a primeras, en toda una estrategia de desarrollo. No hace mucho tiempo atrás, esto hubiese sido inimaginable, ya que siempre se reconoció que el enfoque tradicional es de naturaleza "estática" o de corto plazo, que no toma en consideración las transformaciones de largo plazo que están asociadas al proceso de desarrollo económico. Las teorías neoclásicas siempre fueron pensadas en el contexto de las economías industrializadas ya maduras.

Estas propuestas, como es natural, han suscitado un gran debate del cual nos ocuparemos más adelante. Pero comencemos por donde debemos empezar: por el principio, es decir, por el mercado.

La Ley de Oro

Aunque todos tenemos una buena noción de lo que se entiende por un mercado, es necesario realizar algunas precisiones a fin de entendernos con los economistas respecto a este asunto.

En economía, se entiende por mercado una situación en que, de alguna manera, se pone en contacto un grupo de personas interesado en comprar algo, con otro grupo que desea venderlo. A través de esa concurrencia de demandantes y oferentes alrededor de la compra y venta de algo, se determina un precio que hace posible la operación.

El mercado no es, necesariamente, un lugar físico donde se realizan los contactos y se acuerdan los precios. El mercado existe siempre y cuando los agentes se puedan poner de acuerdo sobre el precio y las otras condiciones relacionadas con la transacción, independientemente del medio de comunicación que utilicen para ello. Esto se puede hacer mediante una relación cara a cara, por correspondencia, a través del teléfono, o como hoy se estila, mediante el telefax o las computadoras.

Los mercados pueden ser de la más variada naturaleza. Existen mercados de bienes de consumo o de inversión; mercados laborales donde las personas venden sus servicios por un precio que llamamos salario; mercados de divisas en los cuales se venden monedas extranjeras cuyo precio se conoce como tasa de cambio; mercados de fondos prestables -- en los cuales las operaciones se realizan principalmente por intermedio de los bancos comerciales -- en base a un precio llamado tasa de interés.

En todos los mercados se acuerda un precio entre demandantes y oferentes que hace posible la transacción. Todos nosotros, a través de nuestra experiencia, conocemos cómo se comportan los precios en los diferentes mercados.

Todos sabemos desde muy temprana edad, por ejemplo, que la disminución de la producción agropecuaria, digamos, debido a una sequía, podría ocasionar una elevación de los niveles generales de precios de los bienes producidos en el campo. Conocemos, en otras palabras, que si disminuyen la cantidades de determinado producto que se ofrecen en un mercado, se podrían generar presiones que tienden a elevar los precios de dicho producto. Contrariamente, si la demanda de un bien se reduce, habría una tendencia a disminuir el precio del bien en cuestión. Consecuentemente, también sabemos que

si el precio de un producto sube, las cantidades que se demandan en el mercado tienden a disminuir.

Se trata de una relación clara y bien conocida entre la demanda y la oferta, que gobierna la variación de los precios en todos los mercados. Esta relación se conoce en economía como la "ley de la demanda y la oferta" y se presenta en los libros de texto mediante complicados modelos gráficos o matemáticos que dan la idea de se trata de un intrincado concepto que requiere técnicas especializadas para su entendimiento. Esta ley, sin embargo, subyace en los razonamientos económicos, tanto de los economistas profesionales, como de los legos.

No es necesario que ningún especialista nos explique de qué se trata. Es la ley más fundamental, la más antigua, la más usada, la más difundida, la más eficiente de todas las leyes económicas. Es la ley de oro de la economía.

Del mismo modo que la fuerza de gravedad, que aunque no estemos conscientes de ella, está siempre ahí, dominando el movimiento de los cuerpos, asimismo, la ley de la demanda y la oferta está siempre ahí, dominando el movimiento de los precios.

Este símil entre el movimiento de los precios y la fuerza de gravedad, podría ser de utilidad, también, para ilustrar una de las principales diferencias entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. Las leyes gravitacionales tienen una aplicación universal para todos los cuerpos grandes. No hay excepción posible. Por el contrario la ley de la demanda y la oferta, al igual que las otras leyes de las ciencias sociales, tiene sus excepciones conocidas.

La ley de la demanda y la oferta establece como una máxima económica que cuando el precio de un producto disminuye, se generan tendencias a un mayor consumo del mismo. Pero esto no tiene un valor universal. Hay excepciones. Modernamente, por ejemplo, cada vez existen más productos cuya demanda depende, parcialmente, de que su precio sea relativamente alto. Esto es, obviamente, una transgresión del principio de la racionalidad del ente económico. Sin embargo, ello sucede con algunos bienes en que los

precios altos reportan prestigio social a quienes los adquieren. Consecuentemente, una disminución en los precios podría desestimular el consumo del bien.

En economía no podemos aspirar a la precisión de las ciencias naturales. Después de todo, la economía trata de explicar al hombre y su comportamiento económico, y éste puede variar de un grupo a otro, o modificarse con la evolución de la sociedad. Por más que lo intentemos, no es posible someter la conducta social del hombre a leyes inmutables. Pero los neoclásicos o neoliberales contradicen esta visión. Para ellos, la eficiencia de los mercados tiene una validez tan universal como la ley de la gravedad, en todo momento y espacio. Para ellos, siempre que exista libertad, los mercados funcionan para asignar los recursos productivos en la forma más eficiente y obtener el mejor de los resultados.

Sin embargo, existen casos que comprometen la infalibilidad de los mercados. Entre las instituciones más relevantes creadas por la economía de libre empresa se encuentran la bolsa de valores y los "commodity markets" donde se comercializan productos básicos como el azúcar y el café.

Se trata de mercados altamente competitivos, en los cuales los precios varían en forma constante, como respuesta de la incesante intervención de numerosos vendedores y compradores.

A la gran mayoría de los que participan en esta actividad, por ejemplo en el caso del azúcar, no les interesa ni comprar ni vender azúcar, sino simplemente apostar sobre el comportamiento del precio de este producto, del mismo modo que se apuesta en un hipódromo o en un casino. Tal es el caso que, entre las personas que participan en estos mercados, son muy pocas las que han visto el tipo de azúcar que se comercializa en estas instituciones. Se trata de actividades simplemente especulativas en que la intención es hacer beneficios tratando de anticipar la dirección y velocidad en que se moverán las cotizaciones del producto.

Estas extrañas organizaciones operan en base a minuciosas y bien definidas normas impuestas por el estado para garantizar el

juego limpio y la libre competitividad. No se trata de instituciones reguladas espontáneamente por la actividad de compra y venta. Dicho sea de paso, la bolsa de valores representa una institución fundamental para las economías más avanzadas, en razón de que a través de ella fluye una buena proporción del financiamiento a largo plazo para las grandes empresas.

Todos estamos habituados a las informaciones que nos traen los medios de comunicación sobre el período de auge en las bolsas de valores, en que los precios se elevan rápidamente, se gana dinero en fáciles operaciones especulativas, pero luego culminan con una brusca caída en que se evaporan instantáneamente grandes capitales. A estos bruscos descensos se los llama con un aséptico eufemismo: "movimiento correctivo". Estos períodos de alzas y caídas suelen ser de diversa intensidad y frecuencia, pero se suceden uno al otro inexorablemente. Cuando adviene el colapso, no se culpa al mercado, sino al gobierno, o a cualquier otra circunstancia. Con frecuencia, se introducen nuevas regulaciones para amainar la intensidad del ciclo, pero la historia se repite una y otra vez. Hace unos pocos años, en octubre de 1987, ocurrió la mayor caída de la bolsa de New York, que constituye la principal organización de este tipo en todo el mundo.

La verdad es que las ondas especulativas que abaten estos mercados no son más que el resultado de un comportamiento frenético e irracional del comportamiento colectivo, que deja muy mal parada la supuesta eficiencia universal de los mercados.

Un ilustre economista norteamericano, J. K. Galbraith, en sus obras más recientes, expone la debilidad intrínseca de los mercados competitivos ante las embestidas irracionales de la especulación.

Estos episodios de locura especulativa son frecuentes en la historia económica y todos nosotros, en alguna ocasión, hemos sido testigos o hemos participado en juegos especulativos, ya sea con las divisas, los bienes inmuebles o cualquier otro renglón que pudiera reportar una ganancia fácil.

Este asunto de los vaivenes irracionales de la bolsa de valores y otros mercados especulativos, vistos desde el subdesarrollo, nos pueden resultar un poco exóticos. Existen, en cambio, otros mercados de importancia estratégica para el desarrollo económico, en que las fuerzas de la demanda y la oferta resultan ineficientes, y se requiere la intervención del Estado. Este asunto lo abordaremos más adelante.

Con lo que se acaba de exponer no se quiere significar que los mercados son inoperantes o que son en todo momento ineficientes. La mayoría de las veces los mercados son el mecanismo más eficiente para asignar los recursos; son, de hecho, insustituibles. Pero esto no tiene una validez universal. Esta realidad les hace la vida muy azarosa a los que no profesan el neoliberalismo, porque tienen la difícil labor de identificar las fallas de los mercados para adoptar las medidas correctivas, y para esto no existe una norma establecida. Dicho de otra forma, para los neoliberales el mundo es blanco y negro; para los otros, posee diferentes tonalidades de gris. Pero sigamos con el asunto de los mercados.

Lo Pequeño y lo Grande

A la parte de la economía que se ocupa del estudio de la formación de los precios en los mercados individuales -- tales como el mercado del maíz, el mercado de la cerveza y el mercado del calzado-- se la conoce como la "teoría de los precios", pero también pudo haberse llamado la "teoría de los mercados."

La "teoría de los precios" estudia la conducta de los agentes primarios de la economía, esto es, de los consumidores y los productores.

Es necesario advertir que cuando nos referimos a consumidores y productores, no se trata de grupos de personas diferentes que interactúan en los mercados. Muchas veces la misma persona puede asumir en un momento dado el papel de consumidor y en otras circunstancias hacer de productor. Esta doble naturaleza del rol económico de las personas en el contexto de los mercados, se percibe más claramente con un ejemplo: cuando el zapatero produce y vende

sus calzados, desempeña su rol de productor; en cambio, cuando adquiere bienes de consumo para satisfacer sus necesidades personales, actúa como consumidor, incluso cuando en este papel compra zapatos en la tienda de la competencia.

Debido a que la teoría de los precios se dedica al estudio del comportamiento de las unidades básicas de la economía (consumidor y productor), modernamente se la conoce como microeconomía, porque le interesa lo pequeño. De esta forma se diferencia de la macroeconomía que se ocupa de lo grande, es decir de los factores que inciden en toda la producción de un país, por ejemplo. Es claro que la ley de la demanda y la oferta, que acabamos de discutir, pertenece al dominio de la "micro".

Mientras a la microeconomía le interesa la formación de los precios en los mercados individuales, a la "macro" le interesan los precios de todos los mercados de la economía, el comportamiento del nivel general de precios. Cuando este último tiende a elevarse persistentemente, produce el fenómeno que identificamos como inflación. Así, la macroeconomía se ocupa de asuntos tales como los niveles de inflación, la variación de la producción nacional, en resumen, de los grandes agregados de la economía.

La teoría de los precios o la microeconomía está entroncada en la evolución de la teoría clásica y se formuló originalmente en base a una situación ideal de mercado, definida como "competencia perfecta". Se supone, como ya sabemos, que ella asegure los mejores resultados económicos en términos de costos bajos, mayor empleo de la fuerza laboral, del capital y de los otros recursos de la economía, así como los beneficios más bajos posibles sin desanimar al productor. Se trata de una situación en que numerosos consumidores y productores concurren, libre y competitivamente, al mercado, donde no hay obstrucción de los movimientos de personas, de capitales y de información.

Sobre este esquema se sustenta el enfoque neoclásico. La realidad económica, sin embargo, se aleja mucho de esta visión ideal de competencia. Se dice, incluso, que hay una tendencia natural a que los mercados se hagan cada vez más "imperfectos". Es decir,

que existen tendencias a que el número de productores disminuya en forma espontánea, y a que aparezcan importantes obstrucciones o barreras a la libre movilidad de los recursos. Independientemente de la veracidad de este aserto, lo cierto es que en el mundo real proliferan las situaciones de competencia imperfecta. Para explicar estos casos se ha llegado a la conclusión, no sin cierto forcejeo entre los teóricos, de que estas situaciones representan desviaciones del esquema ideal de "competencia perfecta" y, por lo tanto, pueden explicarse dentro de la lógica de esta teoría.

Actualmente, los economistas no tienen discrepancias de importancia respecto a los postulados de la microeconomía. Existen, naturalmente, algunos temas especializados que son objeto de discusión y refinamiento, pero normalmente son asuntos de poca importancia y de reducida incidencia en el campo práctico.

Se puede decir que los economistas se sienten cómodos con la microeconomía y que ésta posee una razonable capacidad de predicción, porque explica con cierta eficiencia el comportamiento de los precios en los mercados ya sean éstos competitivos o no.

Por ejemplo, la "micro" predice que cuando existen pocos productores en el mercado, los precios tienden a ser estables: se mantienen sin variación por períodos relativamente largos. Mientras más intensa es la competencia en términos del número de oferentes y demandantes, existe una tendencia a mayores fluctuaciones de los precios. Si Ud. observa alrededor suyo, comprobará que, efectivamente, el mundo real tiende a comportarse de la forma que preconiza la teoría: el precio de la cerveza, que normalmente se define en un mercado de pocos productores, exhibe una mayor estabilidad que el precio del maíz, que se define en un mercado más competitivo.

Sin embargo, y contrario a lo que pudiera pensarse, la macroeconomía no goza del nivel de aceptación de la "micro".

A través de un razonamiento inductivo, debemos concluir que si sabemos cómo funcionan los componentes de un sistema, por inducción llegaremos a conocer el comportamiento del sistema. En otras palabras, si es cierto que la "micro teoría" nos describe

plausiblemente, el comportamiento de los agentes primarios de la economía, entonces no debería haber problemas con el entendimiento del macro funcionamiento. Sin embargo, paradójicamente, no ha resultado así. La macroeconomía es la manzana de la discordia entre los economistas. No existe una explicación aparente de por qué lo que funciona en lo pequeño no lo hace en lo grande. Curiosamente, en las ciencias físicas existe una situación similar que merece ser inencionada.

La física cuántica ha llegado a una explicación de aceptación general del extraño comportamiento de las partículas primarias de la materia.

El avance de la metodología experimental viene aportando cada vez mejores evidencias de la corrección de la teoría de las partículas subatómicas en su doble naturaleza: su comportamiento simultáneo de partícula y de onda. Sin embargo, esa teoría no puede ser aplicada a lo grande, al macro universo.

De un modo semejante, la teoría microeconómica ofrece una descripción plausible de la doble naturaleza de los agentes primarios de la producción: el hombre como productor y como consumidor. Sin embargo, la teoría no funciona cuando la aplicamos al nivel macro.

Parece que a los físicos les tomará mucho tiempo explicar la razón por la cual la teoría que funciona en lo pequeño no se puede aplicar a lo grande. Guardando las diferencias, se puede decir otro tanto respecto a los economistas.

Existen algunos teóricos que alegan que la "micro" no es tan eficiente como generalmente se cree. Se argumenta que muchos de los problemas que no son manejables por la macroeconomía, son originados por incapacidad de la microeconomía de predecir y regular los mercados. Se reclama, por ejemplo, que los intempestivos aumentos de los precios del petróleo han tenido una incidencia desestabilizadora al nivel macroeconómico de muchas naciones. Estos disturbios macroeconómicos, sin embargo, han sido causados por las fuertes fluctuaciones en los precios del petróleo, o sea, por

un fenómeno netamente de mercado, lo cual está bajo el dominio de la microeconomía.

Sobre este asunto puede haber opiniones discrepantes y énfasis diversos, pero es un hecho difícilmente refutable que los economistas se sienten relativamente más cómodos con sus teorías microeconómicas, y que sus desavenencias en este campo, apenas son importantes en relación con las grandes y prolongadas controversias de la macroeconomía. Precisamente, algunos de los aspectos que más dividen a los economistas son los que tienen que ver con los asuntos monetarios, o sea el dinero y su función en la economía. Prosigamos con este tema.

EL DINERO OMNIPRESENTE Y LOS MACROPRECIOS

Qué es el Dinero

Desde hace mucho tiempo, las funciones e implicaciones del dinero han sido otro tema objeto de desavenencias entre los teóricos de la disciplina. No hay por qué extrañarse de que muchas personas, incluyendo políticos y gobernantes, perciban los fenómenos monetarios con ciertos visos de misterio, y tiendan a desentenderse de estos asuntos, bajo el razonamiento de que éstos son temas para el manejo de especialistas, ya que incluso estos últimos no parecen ponerse de acuerdo.

Nosotros no tenemos alternativa, y nos adentraremos en el tema. El papel del dinero en la escena económica es demasiado importante para dejarlo de lado en una explicación de esta naturaleza. Diariamente, se realizan innumerables transacciones, y todas ellas se refieren al dinero. El dinero es omnipresente en la realidad económica. El dinero es el vehículo que hace posibles las modernas relaciones económicas. Pero, ¿qué es el dinero?

En los mercados cambiarios y monetarios surgen olas especulativas irracionales que deben ser sometidas a control. El dilema es cuándo y cómo.

Existe una clara, simple y útil definición de dinero: los billetes y monedas emitidos por el organismo emisor, que es el banco central. De esta suerte, el dinero viene a ser el efectivo en manos del público, incluyendo las personas, las empresas y el gobierno. A

este concepto de dinero se le llama emisión monetaria.

La evolución de la teoría económica ha definido otros conceptos de dinero. Entre éstos se encuentra el de "medio circulante", que es una variable de mucha importancia analítica y cuyo uso es muy generalizado hoy en día.

La definición de medio circulante se basa en el criterio de que la cantidad de dinero en la economía es realmente aquélla que los entes económicos del sector público y privado tienen disponible para realizar sus transacciones corrientes; es decir, para comprar bienes y servicios, pagar deudas, realizar donaciones o cualquier otro uso.

Se entiende que el saldo en efectivo, o sea, la posesión de dinero físico por parte de las personas o de cualquier institución, implica que esos recursos se mantienen porque se tiene la intención de utilizarlos en el futuro inmediato en algún tipo de transacción. Lo mismo sucede con los depósitos de cuenta corriente en los bancos comerciales -- depósitos que pueden ser retirados con cheques. Si se mantiene el dinero disponible en una cuenta corriente, se supone que estas disponibilidades serán utilizadas para cubrir próximos requerimientos de pagos. Por tal razón se considera parte del medio circulante.

Por el contrario, si usted tiene colocado un depósito a plazo fijo en un banco comercial es porque usted no pretende utilizarlo en ninguna forma durante el período que acordó con la institución

depositaria. Se considera, por lo tanto, que estos recursos no forman parte del dinero, o mejor dicho, del medio circulante.¹

Se define, por consiguiente, como medio circulante, a los billetes y monedas en posesión del público, más la suma de todos los depósitos en cuenta corriente en los bancos comerciales. Para los fines de esta explicación, podemos decir que el medio circulante es igual a la suma de la emisión y los depósitos a la vista en los bancos comerciales. En la práctica, existe una diferencia, pero ésta, normalmente, no es significativa.

Estas dos variables monetarias --emisión y medio circulante-- son, quizás, las más estudiadas, pero no por ello son las mejor comprendidas. Cuando tratamos asuntos monetarios, casi nunca estamos en terreno firme. Sin embargo, los economistas se sienten atraídos por los problemas monetarios, particularmente los profesionales de los países subdesarrollados. Quizás esto se deba a que en nuestros países, las informaciones estadísticas monetarias son generalmente las más actualizadas y confiables, ya que no son más que las agregaciones de los balances contables del banco central, de los bancos comerciales, y los otros intermediarios financieros. En otras palabras, se trata de informaciones estadísticas detalladas, confiables y oportunas, que permiten la formulación de sofisticados modelos matemáticos que dan mucha elegancia y precisión al manejo de los problemas monetarios en comparación con los otros sectores de la economía. Sin embargo, muchos teóricos entienden que la mayoría de estos ejercicios no son más que pretensiosas elucubraciones matemáticas cuya utilidad práctica es cuestionable.

A pesar de la proliferación de modelos matemáticos, las variables monetarias no muestran un comportamiento estable y regular. Parece ser que su comportamiento está influido fuertemente por ciertas condiciones extramonetarias o, como dicen algunos

¹. La emisión monetaria también es conocida como base monetaria o dinero de alto poder. De igual forma, al medio circulante se lo llama oferta monetaria. En la literatura especializada, a la emisión monetaria se la identifica como M y al medio circulante como $M1$.

teóricos, que la definición de dinero no es tan sencilla como se nos presenta en un primer análisis.

Es por ello que cuando existen teorías divergentes, en general no es posible llegar a una comprobación definitiva de que una es superior a la otra, o de que una llegue a ser aceptada por la generalidad de los teóricos, como sucede en las ciencias naturales.

Existe, por ejemplo, una controversia en relación a si las autoridades monetarias, en determinadas circunstancias, pueden controlar verdaderamente el medio circulante. Es decir, si es posible, dadas ciertas condiciones, determinar el nivel del medio circulante en la economía, a través de los diferentes instrumentos de política monetaria, o si es el público realmente quien, de acuerdo a sus necesidades, decide los niveles del mismo.

La imposibilidad de que mediante modelos matemáticos se haya podido conseguir resultados razonablemente estables y confiables, no ha permitido llegar a conclusiones definitivas sobre este asunto.

Pero nuestros propósitos aquí son más modestos, y no tenemos que entrar en los intrincados análisis de los problemas monetarios, ya que, después de todo, ni los propios especialistas se ponen de acuerdo. Sigamos, pues, con un asunto básico: cómo se crea el dinero.

Quién Crea el Dinero

En las economías modernas, el organismo emisor, o sea, la entidad encargada de crear el dinero, es el banco central. La creación de dinero, o lo que es lo mismo, la expansión de la emisión monetaria, está íntimamente relacionada con los pagos internacionales, en ambos sentidos, ya sea los que se realizan al exterior y los que se reciben desde afuera.

El movimiento de las reservas internacionales está estrechamente ligado a la creación y destrucción de dinero.

Por reservas internacionales se entiende la disponibilidad de medios de pagos internacionales en el sistema bancario, entre los cuales se incluyen:

- dólares, o cualquier otra divisa;
- oro;
- derechos especiales de giro, que es una moneda mundial administrada por el Fondo Monetario Internacional; y
- cualquier otro medio de pago aceptado internacionalmente.

Las reservas internacionales fluctúan en función del movimiento de los pagos internacionales en ambos sentidos.

Cuando un exportador vende en el extranjero sus mercancías recibe divisas como pago, digamos, dólares, los cuales entrega al banco central para recibir a cambio el equivalente en moneda nacional. A través de esta operación de canje de dólares por moneda nacional, han aumentado, por un lado, las reservas internacionales del país, ya que el banco central ha retenido los dólares y, por otro lado, se ha creado o emitido dinero en moneda nacional.

Lo mismo sucede con otros pagos que se reciben desde el exterior, como los desembolsos de financiamientos otorgados al gobierno por los organismos internacionales. Esta operación tiene el mismo efecto que la anterior: aumenta las reservas internacionales del banco central y la cantidad de pesos en manos del público.

Evidentemente, los pagos que nosotros realizamos al exterior ocasionan un efecto similar, pero en sentido contrario. Cuando un importador entrega pesos al banco central a través de un banco comercial, para obtener los dólares a fin de pagar las mercancías que se van a adquirir en el exterior, quedan los pesos fuera de circulación y disminuyen las reservas internacionales en una cantidad equivalente.

El monto de dinero en la economía depende, por ende, del efecto neto de creación y destrucción de dinero a través de estas

transacciones internacionales. Si el organismo emisor, esto es, el banco central, en un período cualquiera, tiene un déficit en sus operaciones de canje -- entrega más divisas que las que recibe -- entonces disminuirán las reservas internacionales y el dinero en circulación. Lo contrario sucedería si las transacciones del banco central de cambio de divisas por pesos arrojaran un excedente, o sea, un superávit.

Existe, sin embargo, otra fuente adicional de creación y destrucción de la emisión monetaria, que posee implicaciones importantes para la política económica.

Se trata de los préstamos que otorga el banco central a instituciones nacionales, sean éstas bancos comerciales, instituciones del gobierno o empresas del sector privado. Cuando el banco central realiza los desembolsos de estos préstamos, simplemente se crea dinero sin que se alteren las reservas internacionales. A la creación de dinero por medio de los préstamos del banco central la identificaremos aquí como dinero inorgánico o emisión inorgánica.²

Naturalmente, lo inverso ocurre cuando las instituciones deudoras pagan al banco central en moneda nacional los préstamos adeudados, al amortizar el capital. En esta última operación se reduce la emisión monetaria sin que se afecten las reservas internacionales.

En resumen, el dinero se crea, fundamentalmente, a través de los pagos en divisas que recibimos del exterior por concepto de nuestras exportaciones y otras transacciones internacionales, y los préstamos que realiza el banco central a los diferentes entes que operan en la economía.

². Los términos dinero inorgánico o emisión inorgánica se utilizan comúnmente en la República Dominicana. Aunque no pertenecen al lenguaje especializado de los economistas, son muy apropiados para el caso. En esta exposición los utilizaremos para identificar el dinero que se crea a través de los préstamos del banco central.

Puestas así las cosas, debemos concluir que existe lo que podemos llamar una fuente autónoma que determina el nivel de la emisión monetaria y otra regulada por las autoridades monetarias. La fuente autónoma estaría conformada por las operaciones de canje que se derivan de las actividades económicas normales -- exportaciones, importaciones, préstamos internacionales y otros -- sobre las cuales el banco central no tiene un control directo. La fuente bajo el control de las autoridades monetarias está constituida por el balance de los préstamos otorgados por el banco central.

De hecho, se debe pensar en buena lógica, que la fuente autónoma es la que más preocupa a la conducción económica, ya que la otra puede ser manejada a voluntad. Pero en nuestros países las políticas económicas desafían a la lógica. Las grandes fluctuaciones del dinero son provocadas, justamente, por los mecanismos que controlan las autoridades monetarias.

Resulta ser que los desórdenes monetarios se originan, precisamente, por los préstamos del banco central, los cuales son administrados por las autoridades y pueden -- y deben -- concederse conforme lo demanden las circunstancias. Pero no siempre es así.

Es muy frecuente que los préstamos se concedan sin la debida prudencia, lo que hace crecer la emisión monetaria de una forma desproporcionada, creándose disturbios monetarios y de precios de graves consecuencias económicas y políticas. La inflación, que es el fenómeno monetario más ostensible y de mayor impacto en todos los órdenes de la sociedad, está estrechamente ligada con estos mecanismos de creación de dinero y con los precios de ciertas variables estratégicas. Veamos.

Los Macroprecios

Muchas de las disidencias entre los economistas tienen que ver con los factores determinantes de los niveles de la producción nacional, el consumo, la inversión y los otros grandes agregados de la economía. Relacionados con estas variables existen, lo que para

nuestros propósitos pudiéramos llamar los "macroprecios". Nos referimos a:

- la tasa de interés, que es el precio de los fondos prestables;
- la tasa de cambio, o sea, el precio en el mercado cambiario de la moneda extranjera; y
- el nivel general de salarios, es decir, el precio del trabajo.

Podemos afirmar que, en nuestro diario vivir, el entorno económico está dominado por los tres macroprecios mencionados. Generalmente, cuando conversamos sobre economía, nuestros argumentos se refieren de una forma u otra a uno de estos grandes precios.

Es muy posible que el lector, en algún momento, haya argumentado sobre la conveniencia de que disminuyan los niveles de la tasa de interés, o en alguna ocasión realizara alguna operación especulativa relacionada con la tasa de cambio. O incluso que haya librado una justa batalla para que se reconozcan los indiscutibles méritos del grupo de trabajo al que pertenece y se mejoren sus niveles de salario.

No se trata tan sólo de que éstos son temas preferidos de conversación, sino que son asuntos que nos tocan muy de cerca y muchas veces suscitan en nosotros reacciones emocionales de la más profunda vehemencia. Nada más perturbador que la tasa de cambio cuando se eleva continuamente, resultando en un incremento de los precios de los bienes importados y, por lo tanto, de la inflación. Así vemos, impotentes, cómo nuestros ingresos se desvanecen cada día porque el dinero puede comprar menos que antes. Igualmente, en alguna ocasión hemos escuchado los apasionados reclamos del político de oposición sobre la necesidad de aumentar los niveles generales de salarios o las valientes y orientadoras declaraciones del ministro que responsabiliza del aumento de la tasa de cambio a oscuros y poderosos intereses.

A todos nosotros, a los políticos, a las autoridades encargadas de la conducción económica, a los economistas, al profesional de cualquier rama, al ama de casa, a todos nos interesan los macroprecios. A ellos les dedicamos buena parte de nuestra atención y de nuestras reflexiones económicas. La evidente importancia de los macroprecios estriba en que tienen que ver con todos y cada uno de nosotros. Esta parece ser la razón por la cual en nuestros países existe una gran vocación de tratar de controlarlos. De ahí que sea generalizada la práctica de fijar la tasa de interés y la tasa de cambio mediante simple resolución administrativa.

En cuanto a los salarios, debe decirse que aunque en Occidente es una tradición que las autoridades determinen el nivel de salario mínimo, o se apliquen otras políticas indicativas, en nuestros países no falta la situación en que las autoridades tratan de imponer niveles improcedentes de salarios mínimos y hasta de fijar, de manera irrealista, los niveles de salarios de ciertos sectores o de toda la economía, desorganizando así el mercado laboral y creando falsas expectativas.

En muchas ocasiones, estas intervenciones son inefectivas, debido a que se trata de políticas intervencionistas excesivas e irracionales, ya sea porque se persiguen objetivos políticos de corto plazo o por desconocimiento de los límites de tales políticas económicas. Se olvida que los macroprecios son fenómenos de mercado y, como tales, están sujetos a la "ley de oro" de la oferta y la demanda.

Es cierto que, ocasionalmente, los mercados de los macroprecios, en particular los mercados financieros y cambiarios, pueden -- y deben -- ser orientados, pero nunca se debe intentar violentar sus tendencias básicas ya que, a la corta o a la larga, se imponen las fuerzas del mercado. Son mercados en que los mecanismos irracionales de la especulación deben ser sometidos a control. Cuándo y cómo hacerlo requiere de mucha experiencia, conocimiento y tacto. Y, naturalmente, es imprescindible desligar estas medidas de intereses políticos o económicos. El manejo torpe de los macroprecios en los países de la región es una fuente adicional de tensiones, frustraciones y fricciones económicas y sociales. Es, por otra parte, uno de los

temas preferidos por los neoliberales. Analicemos cada caso por separado.

La Tasa de Interés: Nuestra experiencia nos indica que siempre existe una demanda de dinero requerida para diversos propósitos. Los fondos prestados pueden ser utilizados para financiar el consumo, como son las compras de automóviles, los viajes al exterior, los pagos al hospital. Las empresas, por su parte, los aplican para cubrir los requerimientos de fondos para el mantenimiento de sus operaciones productivas o para realizar nuevas inversiones que incrementen o mejoren su capacidad de producción. De manera que los fondos prestables juegan un papel importante en la economía, ya que vienen a satisfacer las necesidades de recursos del sector productivo. Como ya sabemos, estos recursos provienen de aquéllos que reciben ingresos, pero no los dedican totalmente al consumo, o sea, que ahorran una parte. De esta suerte, tenemos en la economía unos que ahorran y otros que requieren esos ahorros para financiar sus actividades de consumo o de inversión. Como se trata de grupos diferentes, es necesario que alguien haga posible que los ahorros que realiza un grupo lleguen a aquéllos que los necesitan, y que están dispuestos a pagar un precio. Esto es, precisamente, lo que hacen los bancos comerciales y los otros intermediarios financieros. Estos organismos toman dinero prestado del público en forma de depósitos, para prestarlos a quienes lo necesitan. En estas operaciones se paga una tasa de interés, que viene a ser el precio del dinero.

Como se aprecia, en la intermediación de la banca no se manejan fondos propios sino de terceros. Viene a ser una importante, delicada y complicada función, por lo que este asunto no se deja a las fuerzas de la demanda y la oferta, sino que las autoridades suelen tener una supervisión directa y estricta sobre las actividades de estas instituciones. De ahí que la imagen del banquero se asociara, particularmente en el pasado, a la rectitud y a la probidad. Lamentablemente, en los últimos tiempos, el banquero ha venido perdiendo tanto su prestigio como el dinero ajeno.

Se supone que la tasa de interés sea determinante en el volumen y naturaleza de estas operaciones y que su funcionamiento se ajuste a los principios de nuestra "ley de oro", la ley de la

demanda y la oferta. Si la tasa de interés es alta, estimula el ahorro, ya que habría personas atraídas por una tasa de interés más elevada, que pospondrían satisfacer sus necesidades de consumo y depositarían esos recursos en la banca, por lo que la oferta de fondos prestables aumentaría. Pero por el lado de la demanda, ocurriría lo contrario. A mayor tasa de interés, la demanda de estos fondos disminuiría. Habría, en consecuencia, un movimiento de la tasa de interés que tendería a equilibrar los flujos de ahorro y la demanda de estos fondos.

El razonamiento anterior nos lleva a concluir que si aumenta la cantidad de dinero en la economía, hay más oferta de fondos prestables, la tasa de interés es menor y las actividades de producción mejoran, ya que se dispone de más fondos y más baratos para financiarlas. Esta es, precisamente, una de las proposiciones más relevantes de la escuela de pensamiento keynesiano, la cual nos dice que para estimular las actividades de producción, una vía eficaz es disminuir la tasa de interés. Una forma de lograrlo es aumentar la cantidad de dinero en la economía.

Los monetaristas o neoclásicos, han mantenido una famosa controversia con los keynesianos sobre este asunto, ya que ellos afirman que el papel de la tasa de interés es neutro. En otras palabras, ellos aducen que un incremento en la cantidad de dinero, efectivamente puede activar la producción, pero esto sucede sin que intervenga la tasa de interés. El desacuerdo, en otras palabras, tiene que ver con la función de la tasa de interés, en razón de que ambas escuelas convienen que el incremento de la cantidad de dinero puede tener efectos positivos en las actividades de producción y que el efecto sería inverso en el caso de una reducción del dinero. No existe, en otras palabras, discrepancia respecto al aserto de que, dentro de ciertas condiciones, una mayor cantidad de dinero favorece las actividades de producción que es lo que, en definitiva, interesa.

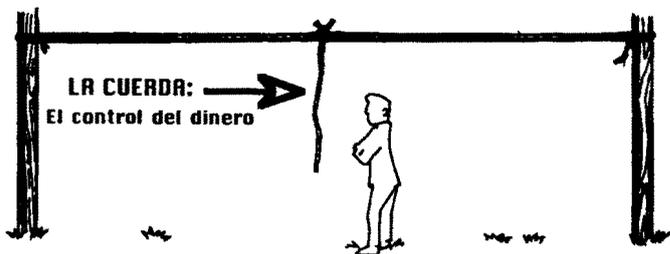
Para evitar confusión o que este esquema simplificado de explicación no conduzca a una visión equivocada de la relación entre la cantidad de dinero en la economía y el crecimiento de ésta, es conveniente detenerse un poco más en este tema.

Hagamos uso de una variante de un símil tradicional para precisar este asunto. Supongamos que tenemos un cable atado a la misma altura, en la parte superior de dos postes. El cable se encuentra tensado, y en el medio del mismo hemos amarrado una cuerda. Si tiramos de la cuerda hacia abajo, el cable descenderá y, al soltarla, regresará a su posición anterior. Pero si intentamos mover el cable por encima de su posición normal empujando la cuerda hacia arriba, veremos que esto no es posible. En definitiva, podemos bajar el cable tirando de la cuerda hacia abajo, pero no podemos subirlo empujando hacia arriba.

En términos generales, los economistas están dispuestos a aceptar que si se tira hacia abajo la cuerda monetaria, descenderán los niveles de la actividad económica; pero si se quiere empujar hacia arriba el crecimiento económico mediante la inyección de más dinero, las cosas son diferentes.

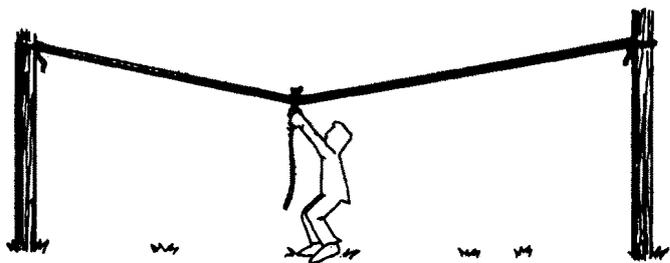
Después de la conclusión anterior queda una pregunta pendiente. ¿Cuál es la cantidad de dinero más conveniente en la economía? La mayoría de los economistas estarían de acuerdo que lo más adecuado sería que el dinero aumentara en la misma proporción en que crece la producción. Esta es una proposición basada en un viejo razonamiento teórico, derivado de una simple ecuación, y en la observación de la realidad. Aun así, siempre habría controversia en el momento de definir el concepto de dinero. Podría decirse que, en condiciones normales, una política monetaria sana sería aquella en que el crecimiento de la economía fuera acompañado por un incremento proporcional del dinero. Ya volveremos sobre este tema.

GRAFICO 6
LA RELACION ENTRE LA CANTIDAD DE DINERO EN LA ECONOMIA Y LA PRODUCCION

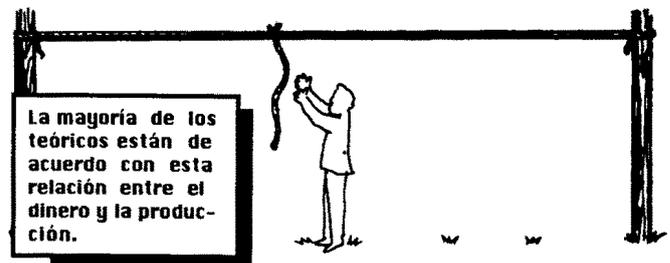


EL CABLE TENSADO:
El nivel de la producción

Manipulando la cuerda podemos controlar la cantidad de dinero en la economía,

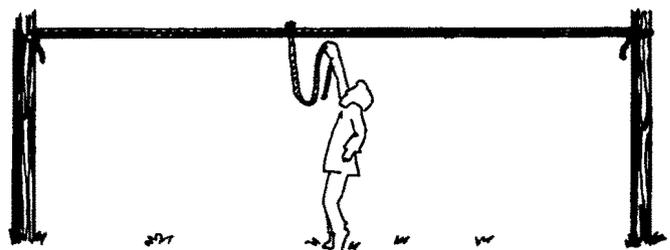


TIRANDO LA CUERDA HACIA ABAJO:
disminuimos la cantidad de dinero en la economía. En consecuencia, el ritmo de la producción se reduce.



SOLTAMOS LA CUERDA:

reponemos el dinero sustraído, y así, la producción vuelve a su nivel anterior.



TRATAMOS DE EMPUJAR HACIA ARRIBA EL CABLE CON LA CUERDA:

¡ Es imposible !
Así mismo, el aumento en la cantidad de dinero no puede aumentar la producción.

La Tasa de Cambio: Ya sabemos que la cantidad de divisas que tiene el sistema bancario, constituye lo que llamamos reserva de medios de pagos internacionales. Estas reservas internacionales varían de acuerdo con los ingresos y egresos de divisas provenientes de las operaciones de exportación, importación y otras transacciones internacionales que involucran divisas. En los mercados cambiarios donde se venden y compran monedas extranjeras se establece un precio que se identifica como la tasa de cambio. En los países subdesarrollados del hemisferio occidental, la moneda extranjera imperante es el dólar norteamericano; por lo tanto, el precio del dólar viene a ser la tasa de cambio.

Hasta la década del setenta hubo países de la región, particularmente las economías pequeñas de bajo nivel de industrialización, que disfrutaron de relativa estabilidad en los precios del dólar por períodos prolongados. Pero a partir de la crisis petrolera de 1973 y los acontecimientos subsecuentes, no hubo ningún país que no conociera el caos en sus mercados cambiarios. Además de la gran inestabilidad en la tasa de cambio, y a consecuencia de ésta, las autoridades improvisaron medidas de todo tipo que no atacaban las causas de fondo, por lo que las crisis cambiarias se sucedían unas tras otras. El precio del dólar se ha convertido en una preocupación obsesiva de los latinoamericanos. No es asunto que sólo concierne a los empresarios y a los ministros. Hemos llegado a una situación en que nuestra suerte parece depender de lo que suceda -- o de lo que creemos que sucederá -- con el precio de la moneda norteamericana. Nos convertimos todos en unos especuladores, ya que adelantamos o posponemos las transacciones dependiendo de lo que pensemos que va a ocurrir en el mercado cambiario.

La tasa de cambio es una síntesis del desenvolvimiento de la economía. Sus fluctuaciones no sólo obedecen al resultado de las transacciones internacionales, sino también a las políticas económicas que se aplican a lo largo del tiempo, al comportamiento de los principales agentes y su percepción del futuro económico y político, así como a las condiciones mundiales. Muchas de las perturbaciones en este mercado son el resultado de la gran aprensión que provocan las decisiones de los entes actuantes, que se traducen en absurdas ondas especulativas; estas últimas, a su vez, obligan a la intervención

de las autoridades monetarias, intervención que muchas veces viene a empeorar la situación. Esto lo entenderemos mejor a medida que avancemos en la explicación.

Los Salarios: El salario, o la remuneración que se recibe por el trabajo desempeñado, es quizás el precio macroeconómico más controversial, por lo menos desde el punto de vista social, ya que los ingresos de la mayoría de la población dependen de los salarios recibidos. Como hemos señalado antes, el salario es uno de los instrumentos relacionados con la distribución del ingreso; es por ello que en toda sociedad éste es un aspecto que requiere de atención. Pero en nuestros países, en especial los que más han avanzado en la industrialización, el asunto parece tener una trascendencia especial.

Debemos empezar por distinguir, como hacen los economistas, el salario real del salario nominal. Este último es, como se señaló antes, la remuneración monetaria por el trabajo desempeñado.

Cuando recibimos cualquier ingreso nos interesa, ante todo, saber qué podemos adquirir con esa cantidad de dinero, lo cual tiene que ver con el nivel general de precios de los bienes y servicios que usualmente consumimos.

El salario real está definido por su capacidad de compra. Si Ud. recibe un aumento en su salario nominal del 20% y los precios de los bienes y servicios que Ud. generalmente compra se incrementan en esa misma proporción, entonces su salario real no se ha modificado. El aumento del salario nominal, en este caso, tuvo un importante resultado, ya que neutralizó el aumento en el nivel general de precios.

En los países latinoamericanos, en especial en las economías inflacionarias del Cono Sur, se da un estrecho seguimiento al salario real.

La manipulación del salario real es un eficiente mecanismo de distribución del ingreso. A mayor salario real se asocia una mejor distribución del ingreso. Pero el abuso de este instrumento puede conducir a resultados frustratorios. Hoy se reconoce que el nivel

debe estar relacionado con la productividad del trabajador. A mayor productividad, debe corresponder un mayor salario. Pero en Latinoamérica se ha generalizado el principio de que el salario debe ser fijado de acuerdo a las necesidades y no a la productividad. Nuestros políticos son dados a seguir este principio, aunque conozcan los verdaderos resultados. En efecto, debido a que los salarios determinan en parte los costos de producción de las entidades productivas, un incremento imprudente de los salarios, elevaría los costos de producción y, posiblemente, los precios de los bienes y servicios de consumo, lo que haría disminuir el salario real, eliminando, de esa forma, el efecto que se deseaba. Es clara la importancia que tiene la carrera entre el salario y la inflación para el bienestar económico de la gran mayoría.

Uno de los aspectos más relevantes de los macroprecios es su estrecha relación con la inflación, que es el fenómeno más ostensible y perturbador de la economía. Analicemos la inflación más de cerca.

LA INFLACION

Como la inflación está ligada a la emisión de dinero, estudiemos el efecto de la emisión inorgánica en la economía. Con la debida dispensa de los economistas, reduciremos este asunto tan complejo a un esquema simplificado. Un aumento de la emisión monetaria podría tener, teóricamente, los siguientes resultados:

- en primer lugar, podría empujar los niveles generales de precios hacia arriba; es decir, tener un efecto inflacionario;
- es posible que si los recursos productivos se encuentran ociosos, se estimule la producción; o sea que el incremento del dinero en la economía mejore la producción nacional. Esta posibilidad, en los países

latinoamericanos, representa un argumento peligroso en manos de políticos audaces y temerarios;

- se puede traducir también en un incremento de las importaciones; o
- simplemente estimular la fuga de capital; o sea, que los dólares se depositen en cuentas en el exterior.

El resultado previsto por el analista depende, por un lado, del enfoque teórico y por el otro, de las circunstancias prevalecientes en la economía. Para nuestros fines, podemos continuar con la visión de la cuerda monetaria. Si las actividades económicas han descendido debido a que hemos tirado hacia abajo de la cuerda monetaria, entonces podríamos estimular la actividad productiva aflojando la cuerda monetaria, esto es, inyectando de nuevo el dinero que había sido retirado.

**Con la inflación se sueltan los
diablos de la especulación.**

Es necesario apuntar que, normalmente, en nuestros países, el aparato productivo está plagado de cuellos de botella y trabas de todo tipo.

En estas circunstancias, lo más probable es que un aumento de la emisión resulte en uno de los efectos indeseables antes señalados. Es decir, que se desaten presiones inflacionarias o que el exceso de dinero se escape al exterior en forma de fuga de capitales. Esto lo discutiremos en detalle más adelante.

Desde un principio, los economistas clásicos percibían que el dinero facilitaba el intercambio y las transacciones económicas, pero sin influir sobre los flujos de inversión, producción y consumo.

Se entendía que si aumentaba la cantidad de dinero en la economía, se elevaba el nivel general de precios, por lo que el dinero, al igual que una mercancía cualquiera, perdía valor, ya que con la misma cantidad de dinero se adquirían menos bienes y servicios. Ellos entendían que los aumentos de los precios se

realizaban todos en la misma proporción, por lo tanto, todo el mundo quedaba en la misma posición relativa anterior. Es algo como decir que si todos los precios aumentan en determinada proporción y mi ingreso se incrementa en ese mismo porcentaje, entonces mi situación sigue siendo la misma que tenía antes de los aumentos de precios.

Se hablaba, por lo tanto, de la ilusión o el "velo monetario", e incluso, para diferenciar los fenómenos puramente monetarios de las actividades económicas, se ha llegado a llamar a éstas últimas, "el mundo real". Es decir, la inversión, el consumo, la producción, las exportaciones, las importaciones, son las variables reales. Los asuntos monetarios son una especie de espejismo, algo que parece existir, pero que, en verdad, no existe; o, expresándolo con más claridad, no incide sobre el mundo real.

Aunque todavía en la teoría tradicional queda mucho de esta visión, se han desarrollado, no obstante, otros esquemas que tienen una conceptualización diferente de la función del dinero.

Estos enfoques han sido reformulados y se alega que si la inflación puede ser anticipada, no tiene ningún efecto distributivo, es decir, no cambia la participación de los distintos grupos sociales en cuanto al ingreso recibido. Se quiere significar que si usted conoce cuál será el precio futuro, usted se protegería ante esa eventualidad y, por lo tanto, no se vería perjudicado.

Se ha llegado tan lejos en los argumentos sobre la naturaleza benigna de la inflación, que se aduce, por ejemplo, que Japón y Brasil, con altas tasas inflacionarias, han tenido un crecimiento de sus economías superior al de otros países, por ejemplo, que los Estados Unidos, con menos inflación. Incluso se alega que la inflación es nociva sólo si la gente la percibe como tal.

Este escenario de la inflación con efectos neutros nos lleva a los países sudamericanos que más han avanzado en el proceso de industrialización. Los procesos inflacionarios de estos países representan fenómenos únicos en la historia económica moderna y, naturalmente, han sido objeto de extensos estudios y debates. Tal

como discutiremos más adelante, estos procesos inflacionarios crónicos están asociados a las deformaciones estructurales ocasionadas por las modalidades de crecimiento de esas economías. Este peculiar grupo de países está intergrado por Brasil, Argentina, Chile, incluyendo a Uruguay, que ha sido el último miembro del club de las economías inflacionarias latinoamericanas, y parece que llegó para quedarse.

La naturaleza de estos procesos inflacionarios es tal, que en estas economías se ha creado lo que se conoce como el "sistema de indexación", mediante el cual los salarios, las rentas, los intereses, y prácticamente todas las transacciones de la economía, están sujetas a aumentos automáticos en el precio, de acuerdo con la velocidad con que crece la inflación. Por ejemplo, los salarios son revisados cada cierto tiempo, de acuerdo con el aumento del costo de la vida. Naturalmente, los aumentos de salario se traducen en aumentos de costo para las empresas, que a su vez se convierten en nuevos incrementos de precios, lo que impulsa hacia arriba el costo de la vida y, por lo tanto, tiende a suscitar nuevos aumentos de salarios. Se crea, consecuentemente, un movimiento de causación circular en que cada aumento en los niveles de salarios induce nuevos incrementos de precios. Es una carrera que nadie realmente puede ganar. El único ganador es la inflación. Este sistema de indexación viene a ser un extraño aporte de la cultura sudamericana a la economía moderna occidental.

Es cierto que el sistema de indexación es un resguardo eficaz en contra de los efectos erosivos de la inflación sobre el valor de los ingresos futuros. Pero en ninguna otra economía existen estos mecanismos en una forma tan eficiente y extensa, por lo que la neutralidad de la inflación no sería tan evidente en los demás países.

Incluso aquéllos que perciben la inflación como un proceso neutral, aceptan su efecto distributivo del ingreso en el caso de que la inflación sea sorpresiva, ya que en estas circunstancias no se podrían tomar medidas defensivas. En este enfoque, todo es cuestión de precisar cuándo la inflación puede ser anticipada o no. Sin embargo, se ha hecho evidente que los precios crecen a velocidades desiguales, lo que, necesariamente, afecta las posiciones relativas de

los diferentes entes económicos. Debe añadirse que la distribución del ingreso empeora a consecuencia de la inflación, cuando unos grupos se benefician a costa del perjuicio de otros. Casi siempre sucede así, y esto es, justamente, uno de los efectos más negativos de la inflación.

Aquéllos que tienen ingresos fijos, en forma de salarios, alquileres, intereses y otros conceptos, tienden a ajustar sus ingresos más lentamente que quienes venden bienes y servicios. Una empresa productiva que destine su producción al mercado local, por ejemplo, y vea elevar sus costos debido a aumentos en los precios de los bienes que compra o por aumentos de salarios, puede compensarlos inmediatamente a través de la elevación de sus precios de venta. Algo semejante sucede con aquéllos que poseen y venden inmuebles, divisas, y otros renglones ajustables a los aumentos de precios. Las empresas exportadoras, por el contrario, no pueden hacer ajustes automáticos porque su precio de venta está determinado por la competencia internacional. Del mismo modo, la gran mayoría de la población no puede ajustar sus ingresos al mismo ritmo que la inflación, y se crea, por lo tanto, un proceso distributivo a favor de los que pueden defenderse de los aumentos de precios. Este es, precisamente, uno de los efectos más negativos que se asocian con los procesos inflacionarios.

Pero, además, en períodos prolongados en que los precios crecen persistentemente, se crea un desestímulo al ahorro, ya que el dinero va perdiendo valor, y no conviene mantener saldos en depósitos a plazo u otra forma de ahorro. Se trata de un efecto funesto, debido a la obvia importancia del ahorro en relación al crecimiento de la economía.

En los períodos inflacionarios, es frecuente la adquisición de inmuebles, divisas y otros activos que se aprecian con la inflación -- que aumentan de valor--, como una forma de resguardarse de los futuros aumentos de precios. Estas son operaciones especulativas que tienen el propósito de producir algún tipo de ganancia extraordinaria, o, por lo menos, de preservar el valor de la riqueza de los efectos depresivos de la escalada de precios. Con la inflación, se sueltan los diablos de la especulación. Todo el mundo especula,

desde el ama de casa cuando acapara algún producto que ella entiende habrá de aumentar de precio rápidamente, hasta el más acaudalado. Naturalmente, el que tiene más, especula más. El que tiene mucho y además especula puede beneficiarse más de un proceso inflacionario.

Esta breve discusión nos lleva a concluir que cuando ocurre una inflación "sorpresiva", y no existen en la sociedad mecanismos de protección como la indexación, ésta tendrá efectos distributivos a favor de determinados grupos y en contra de otros.

Prácticamente todos los latinoamericanos, después de los años inflacionarios y de crisis de la década de los 80, estamos en buena posición para emitir una opinión fundamentada sobre este asunto. Quizás en el fondo de esta discusión subyace el problema de que la definición de inflación no es suficientemente precisa. Unas décadas atrás era aceptado que una inflación estable, de 5% o menos en términos anuales, no tenía efectos negativos sobre la economía, tanto así, que no llegaba a ser considerada bajo el término de inflación.

Hoy existe cierta tendencia a que los economistas sean más tolerantes con la inflación y se considera, por lo tanto, que inclusive aumentos relativamente altos de los precios no llegan a tener efectos distorsionantes en la economía.

No hemos concluido todavía con el tema de la inflación. Para entenderlo mejor necesitamos una comprensión más cabal del funcionamiento de la economía.

LA FISILOGIA DE LA ECONOMIA

EL CRECIMIENTO ECONOMICO

La Multiplicación del Gasto

En economía, los modelos teóricos pueden ser expresados de tres formas diferentes. Se utilizan herramientas matemáticas, cuyo grado de complicación puede llegar a exigir, para su comprensión, un conocimiento avanzado de esa disciplina. En otros casos, se hace uso de gráficos, o simplemente se expresan estos modelos a través de la lengua escrita. Esto último es lo que haremos para presentar un escueto esquema teórico sobre el crecimiento de las economías pequeñas, para luego discutir el funcionamiento de las economías relativamente más industrializadas de Latinoamérica. Para esta tarea nos orientaremos mediante el enfoque de la escuela estructuralista latinoamericana, que surgió del esfuerzo por comprender la operación de las economías inflacionarias sudamericanas.

Haciendo uso de nuestra capacidad de abstracción, seleccionaremos las condiciones más relevantes que explican el funcionamiento de las economías pequeñas. En términos sucintos son las siguientes:

- ingresos per cápita relativamente bajos en el contexto latinoamericano;
- generación de divisas proveniente, en lo fundamental, de la exportación de unos pocos renglones de productos básicos;
- actividades de producción, inversión, y consumo dependientes, en una alta proporción, de una gran variedad de bienes y servicios importados;
- población que crece rápidamente, y zonas urbanas que se expanden a una velocidad mayor;
- distribución de la tierra muy desigual, con una proporción importante de latifundios de producción ineficiente;
- expectativas consumistas que se incrementan y varían con rapidez.

Un aumento inicial del gasto puede convertirse en nuevas y sucesivas olas de gastos que estimulen la producción en toda la economía.

Dadas estas características de lo que podríamos llamar las estructuras económicas y sociales, nos interesa determinar cuáles son los factores que hacen posible que la producción nacional crezca por un período relativamente prolongado, y cuáles son las circunstancias que limitan su crecimiento.

Lo primero que vamos a hacer, imitando a los economistas, es darle un nombre a nuestro modelo. Lo llamaremos "Modelo de la

Multiplicación del Gasto" y para imprimirle mayor realce científico lo identificaremos mediante unas siglas: "MMG".¹

Como condición inicial, supondremos que la capacidad de producción no está plenamente ocupada y que, por lo tanto, es posible aumentar la producción en casi todos los sectores productivos sin que sean necesarias inversiones adicionales. En otras palabras, tenemos una capacidad ociosa, por lo que podemos aumentar la producción con las maquinarias, tierras y otros recursos existentes en los diversos sectores productivos.

Otro supuesto inicial es que las cantidades producidas por los principales sectores no varían en el tiempo; o sea, la economía se encuentra estancada: ni crece ni se reduce.

A fin de poner en funcionamiento nuestro esquema explicativo, partiremos de una situación en la cual el precio de uno de los productos de exportación, digamos el azúcar, se eleva en una forma sostenida debido a determinadas condiciones en el mercado internacional. De esta suerte, aunque exportemos las mismas cantidades de azúcar, se generará un incremento en los ingresos de divisas debido al aumento de los precios. Este aumento en los flujos de divisas habrá de traducirse en un incremento en los ingresos de los sectores relacionados con la producción de azúcar: dueños de ingenios, colonos, y parte de los trabajadores, e incluso el gobierno a través de una mayor captación de impuestos.

Ya sabemos de las poderosas fuerzas que actúan detrás del consumo y de sus potenciales presiones sobre la oferta de bienes y

¹. Se trata de una adaptación y simplificación de la primera versión del modelo de Dudley Seers. Véase Dudley Seers, "La Teoría de la Inflación y el Crecimiento en las Economías Subdesarrolladas: La Experiencia Latinoamericana", *El Trimestre Económico*, Vol. XXX, No 119, Pág. 397.

servicios. Estas fuerzas latentes del consumo habrán de determinar que una buena proporción de los ingresos adicionales generados por los mayores precios del azúcar, se destinen a adquirir bienes y servicios de consumo de todo tipo.

Los sectores productivos que son beneficiados con estos aumentos de la demanda, responderán con una mayor producción, lo que aumentará los ingresos de las personas vinculadas a dichos sectores. Así nuevamente, una mayor demanda de bienes y servicios de consumo estimulará la producción de estos sectores y, así sucesivamente, se irán creando nuevas olas adicionales de gastos, que estimulan a su vez la producción hasta que finalmente el movimiento pierda fuerza y se extinga.

Tenemos pues una interesante relación de causa y efecto, en que un mejoramiento en el precio internacional del azúcar, eleva el ingreso de las personas relacionadas a su producción, originando una cadena de aumentos del gasto, seguida de un aumento generalizado en la producción.

Este fenómeno, claro está, puede funcionar en la dirección opuesta; es decir, si el ingreso disminuye, la producción puede reducirse en una mayor proporción.

El multiplicador, que es como se conoce esta relación entre el gasto y la producción, es un proceso parecido al que resulta cuando se deja caer una piedra sobre la superficie del agua en un estanque: se producen ondas sucesivas y concéntricas, que se alejan del punto de origen, hasta que finalmente se agotan.

Debemos recordar que hemos partido de una situación en que la capacidad productiva está parcialmente ociosa, pero si el estímulo de la demanda se prolonga por mucho tiempo, se llegará a una situación en que se cope la producción de ciertos sectores productivos, por lo que un nuevo aumento de la producción requeriría nuevas inversiones que aumenten la capacidad productiva.

MAS SOBRE EL MULTIPLICADOR

Dicho sea de paso, el modelo del multiplicador juega un papel de importancia en la teoría keynesiana.

Para nuestro propósito, no interesa conocer en detalle su naturaleza y funcionamiento, sino entender que un incremento en el ingreso puede traducirse en un aumento de la producción. Para aquéllos interesados en pormenores adicionales sobre este asunto se presentan las siguientes explicaciones:

Se supone que la intensidad de las ondas expansivas del gasto depende de la proporción del ingreso que se gaste o, lo que es lo mismo, de la proporción del ingreso ahorrado. Por ejemplo, si el sector que originalmente recibió el ingreso no destina esos recursos adicionales al consumo de bienes y servicios, no se produciría ningún efecto multiplicador. De suerte que, a mayor proporción del ingreso gastado o, lo que es lo mismo, a menor ahorro, el efecto multiplicador será más intenso.

Asimismo, debe decirse que en la medida en que se dedique mayor proporción del ingreso al consumo de bienes importados menor será el efecto multiplicador.

El multiplicador puede accionarse también por un incremento en otro tipo de gasto, como puede ser el de inversión.

Los economistas asignan un valor al multiplicador dependiendo del hipotético efecto que tenga sobre la producción. De manera que si el incremento del gasto es 100 y la producción crece en 200, el multiplicador tendrá un valor de 2, y así sucesivamente.

Llegaríamos, por ende, a una situación en que serían necesarias inversiones tales como instalar nuevas fábricas o ampliar las existentes, mejorar la productividad agrícola, incrementar la producción de energía eléctrica, crear nuevas vías de comunicación, así como otros proyectos que amplíen la capacidad del aparato productivo.

Estas nuevas inversiones son efectos de largo plazo que podemos visualizar a través de nuestro modelo MMG, pero que no pertenecen a la teoría del multiplicador, sino a lo que se conoce en economía como el "principio del acelerador". En la medida que se van realizando estas inversiones, la producción recibe mayores impulsos que arrastran a todo el sistema productivo. Pero no nos detendremos aquí a profundizar en el "acelerador", ya que es un tema que rebasa el ámbito de nuestra explicación.

Para completar esta exposición se debe recordar que normalmente los renglones de exportación de productos básicos están sometidos a algún tipo de impuesto. Generalmente, un aumento en el valor de esas exportaciones, conlleva un mejoramiento en los ingresos del gobierno. En todo caso se supone que se recaudarán más impuestos a través del impuesto sobre la renta, que grava el incremento de los ingresos. Este aumento en los recursos fiscales, probablemente, se destinará en su totalidad a gastos de obras de construcción, mejoramiento de salarios, contratación de más personal, compras de bienes y servicios u otras posibilidades de gasto. Esto tendrá un efecto similar al anterior, en cuanto al incremento de la demanda de bienes y servicios de consumo y sus efectos posteriores sobre la producción.

Nuestra primera conclusión es, pues, que un mejoramiento en el precio de las exportaciones, no sólo eleva los ingresos de divisas, sino que constituye un factor que puede estimular un aumento generalizado de la producción y hasta llegar a promover nuevas inversiones en la economía. Eso es lo que sucede normalmente en la realidad. Los aumentos de los ingresos de divisas

generados por las exportaciones son los que suelen activar el sector productivo. Las exportaciones representan el verdadero motor de nuestras economías. Así de sencilla es la fisiología del crecimiento económico de las economías pequeñas y de bajo nivel de industrialización.

Para disponer de una visión más completa, sin embargo, revisemos otros factores que pueden ocurrir en la práctica y que pondrían en acción el modelo. Pongamos por caso que un gobierno pide dinero prestado al banco central para realizar algunas obras de construcción que se consideran de mucha trascendencia, y que el banco central, para atender esta demanda, decide imprimir dinero inorgánico.

Cuando ese gobierno invierte recursos en programas de construcción, se origina un incremento de los ingresos de los sectores asociados con la actividad de construcción, lo que ocasiona, como ya sabemos, olas expansivas de gasto que terminan estimulando un incremento en la producción de bienes y servicios. Si tomamos en cuenta que todo esto fue originado por dinero inorgánico -- lo que quiere decir con recursos inexistentes -- debemos concluir que esta posibilidad viene a ser una especie de utopía para muchos de nuestros políticos.

Sin ningún esfuerzo se estimulan las actividades de producción, al mismo tiempo que se erigen trascendentales obras que quedan para la posteridad como testimonio de una eficiente administración. Aunque esto es factible, en el mundo real las cosas no son tan fáciles, como ya sabemos.

Podemos pensar en otros factores más positivos que provoquen el crecimiento económico. Supongamos, esta vez, que se concluye una gran obra de infraestructura agrícola, consistente en una presa y un sistema de canales de riego. La operación de este proyecto ocasionará un significativo incremento en la productividad de las tierras beneficiadas. Tenemos, pues, una vez más, que los

sectores vinculados a la producción de esas tierras verán incrementados sus ingresos, lo que podría ocasionar nuevas ondas de gasto que activen la economía.²

Las Limitantes del Crecimiento

Existen otras situaciones similares a las anteriores pero, normalmente, en los países latinoamericanos, las exportaciones son las que determinan las posibilidades de crecimiento de la economía. Independientemente de las causas iniciales, tenemos que preguntarnos en qué circunstancias funciona el Modelo de la Multiplicación del Gasto (MMG), y cuáles podrían ser sus límites. Realmente ya sabemos la respuesta: todo es cuestión de poner las piezas en su puesto.

En primer lugar, el incremento de los ingresos se destina, en una buena proporción, al consumo de bienes importados. En segundo lugar, dado el alto porcentaje de componentes importados de los bienes manufacturados localmente, el crecimiento de la producción nacional acarrea un incremento en la importación de bienes y servicios de todo tipo, materias primas, respuestos, maquinarias, equipos, combustible y otros. En resumen, el crecimiento del ingreso y la producción se traducen, necesariamente, en un incremento de las importaciones de todo tipo. La relación es clara y unívoca: a mayor crecimiento, mayores serán las importaciones de bienes y servicios y, por lo tanto, mayores deberán ser las disponibilidades de divisas, o lo que es lo mismo, mayor deberá ser la capacidad para importar.

En conclusión, los límites del crecimiento están dados por la capacidad para importar, y ésta última depende de las exportaciones. Así pues, para mantener la expansión de la economía se requiere que las exportaciones crezcan a igual o a mayor velocidad que las

² Aquí se mezclan los efectos del multiplicador y el acelerador.

importaciones. Se trata de una simple y lógica relación. Incluso se puede pensar que esta aseveración es demasiado evidente para que tenga esa relevancia.

Durante la crisis de los años ochenta, muchos de los países de la región sufrieron una prolongada crisis de escasez de divisas. En la lógica que acabamos de exponer, esto implica que las posibilidades de crecimiento de estas economías estaban severamente limitadas. No obstante, nuestros políticos, particularmente los de oposición, economistas y otras personas que hacen opinión pública, no parecen reconocer que la economía, en esas circunstancias, está sometida a una camisa de fuerza y que, en consecuencia, no es realista tratar de estimular las actividades productivas sin disponer de una fuente adicional de divisas. Por el contrario, muchos de los que opinan sobre el asunto, en forma explícita o implícita, parecen tener una fórmula especial que podría restablecer, de inmediato, las condiciones del crecimiento económico. Difícilmente se reconoce públicamente que la capacidad de maniobra para activar la economía está seriamente restringida. Las verdaderas soluciones dependen de la aplicación de determinadas políticas y bien definidos proyectos que promuevan la generación de divisas, los cuales, en ningún caso, tienen resultados en el corto plazo.

En realidad no percibimos con claridad las limitaciones que las exportaciones imponen al crecimiento, debido a que existen ciertos factores que enturbian la percepción de esta relación de causa y efecto.

En primer lugar, tal como veremos más adelante, al encontrarnos en situaciones precarias de disponibilidad de divisas, solemos valernos de toda clase de artificios con el propósito de aliviar la situación y posponer el efecto directo de la coyuntura adversa sobre el sector productivo. En segundo lugar, tendemos a atribuir las causas primarias del problema al manejo generalmente errático y torpe de la autoridad económica, lo que nos oculta los factores que operan detrás de la crisis. Evidentemente, la aplicación

de políticas económicas erradas puede agravar y, de hecho, empeora la situación, pero no constituye la causa primaria de los problemas.

Tercero, los procesos inflacionarios, los disturbios, distorsiones y problemas de todo tipo que ocasiona la inflación en nuestros países operan, muchas veces, como una gran pantalla que no nos permite ver las verdaderas condiciones responsables del estancamiento de la economía.

En cuarto y último lugar, puede decirse que, en ocasiones, no alcanzamos a entender que los problemas económicos se deben a una razón tan simple como la escasez de divisas, debido a la ausencia de un adecuado esquema teórico que nos permita una mejor interpretación de la realidad.

Para completar el cuadro sobre este asunto, revisemos las reacciones típicas de nuestros gobiernos ante las crisis de divisas y los variados mecanismos de defensa de que se hace uso en estas situaciones para mantener el ritmo de crecimiento económico.

- Una de las medidas más utilizadas es reducir las importaciones de bienes y servicios, empezando con aquéllas que se califican de no esenciales o suntuarias. Para estos fines se aplican diversos instrumentos, de los cuales los más usados son :
 - la imposición de mayores impuestos de importación a fin de encarecer el producto extranjero y desestimular su consumo. Esta opción tiene la ventaja de que puede incrementar los ingresos del gobierno;
 - establecer cuotas de importación o simplemente prohibir ciertos renglones de importación;
 - otras medidas administrativas tendentes a disminuir las importaciones.

- Otra alternativa de todos conocida es tratar de obtener préstamos en el exterior. El endeudamiento nos provee divisas y nos permite, por lo menos transitoriamente, mantener el crecimiento económico. Lógicamente, si los ingresos por concepto de desembolsos de préstamos son menores que los pagos por la amortización e intereses de los capitales adeudados, entonces, el endeudamiento externo no representa una ayuda para el crecimiento.
- Adicionalmente, es posible no pagar los vencimientos de la deuda externa --interés y capital-- lo cual constituye una opción muy conveniente, porque puede aplicarse silenciosamente, sin la intervención de las otras instancias del Estado y muchas veces sin que la opinión pública se entere de la magnitud e implicaciones de estos atrasos. Siempre que tal manejo sea factible, es decir, que no tenga consecuencias directas e inmediatas para el país, nuestros gobiernos no vacilan en hacer uso de esta opción.
- Finalmente, en ocasiones se asume el control de las divisas, a fin de asignarlas de acuerdo con las prioridades de la autoridad económica. Incluso, se llega al extremo de retrasar la entrega de las divisas, con el propósito de disminuir las presiones.

En realidad estos mecanismos de defensa no son, necesariamente, manejos perversos de nuestros gobernantes: son parte de nuestra cotidianidad. Los gobiernos responden de la misma forma que lo haría una familia o una empresa cuando ven reducidos sus ingresos: obtener financiamiento, restringir las compras menos necesarias, o simplemente no honrar los compromisos de pagos de las deudas contraídas.

Estas opciones, junto con otras posibilidades, pueden representar algún alivio a la estrechez de recursos internacionales y mantener el crecimiento económico, pero a la corta o a la larga, se

impone la realidad. Si no aumentan las exportaciones, el crecimiento económico se traba forzosamente. Es decir, la verdadera alternativa, por lo menos en el largo plazo, es estimular las exportaciones por todos los medios posibles. No queda otra alternativa que tratar de estimular las exportaciones, en particular desarrollar nuevos renglones de exportación.

Esta es una tesis medular en la presente exposición. La ruta del desarrollo económico está marcada por la creación de un moderno sector exportador. Si hubiese una forma de sintetizar la estrategia de desarrollo económico, esta sería la siguiente: la promoción del desarrollo humano a través de la educación, y la promoción activa de las exportaciones. En estos dos pilares debe descansar cualquier esfuerzo serio de alcanzar el progreso material de nuestras sociedades. Las exportaciones constituyen el motor del crecimiento económico y sustentan la posibilidad de un verdadero desarrollo, que sólo puede ser posible si se elevan los niveles educativos de la población. Esto así, porque la falta de educación se convierte en un límite al desarrollo, sobre todo si éste último está basado en la incorporación de nuevas tecnologías. Naturalmente, no se trata de un asunto fácil. El lector puede anticipar que cualquier intento de crear un nuevo renglón productivo con capacidad de penetrar con éxito en el exigente y competitivo mercado internacional, requiere programas bien concebidos que deben ser ejecutados con eficiencia, y que toman un tiempo relativamente largo para ser implementados.

En resumen, del análisis de nuestro Modelo de la Multiplicación del Gasto (MMG) hemos concluido que el crecimiento de nuestras economías está limitado por la capacidad de importar y que esta última depende de las exportaciones, por lo que crecemos en la medida que éstas lo permitan.

Consecuentemente, en circunstancias en que la economía se encuentra empantanada, no busquemos las causas primarias en la impericia gubernamental, y no atribuyamos los períodos de prosperi-

dad y estabilidad a la certeza de la conducción económica. Naturalmente, debe insistirse que las políticas económicas pueden empeorar la situación o lograr un mejor aprovechamiento de las coyunturas favorables que maximicen el crecimiento o que mejoren sus posibilidades futuras. Pero las causas primarias estarán en las restricciones externas a la economía. Como ya sabemos, los ingresos de divisas por concepto de las exportaciones dependen de los precios internacionales de nuestros productos básicos de exportación. Es muy poco lo que podemos hacer para modificar esos precios, lo que nos lleva a afirmar que, en términos generales, nuestras economías son como navíos que no se han podido modernizar y, tal como antaño, siguen dependiendo de los vientos internacionales.

Estas conclusiones pueden parecer muy radicales, pero serán mejor aceptadas en la medida en que avancemos en nuestro razonamiento. El próximo tema nos dará una mejor perspectiva de este asunto.

LAS ESTRUCTURAS DE LA PRODUCCION

Las características particulares de cada sector productivo constituyen un asunto de importancia en el enfoque estructuralista para la comprensión del funcionamiento de nuestras economías, así que veamos esto más detenidamente.

Acabamos de explicar que en los países subdesarrollados existe un sector que está estructurado con el propósito de competir en los mercados externos, integrado por unos pocos renglones de productos básicos y cuya evolución y expansión dependen de circunstancias externas, o sea, de las condiciones de demanda del mercado internacional. En adición al sector exportador, existen otros sectores que dirigen mayormente su producción a los mercados

nacionales y el entendimiento de su importancia y naturaleza es esencial para explicar el funcionamiento de nuestras economías. Estos son:

- el sector productivo de bienes no comerciables internacionalmente;
- la producción agrícola; y
- la producción industrial.

Los No Comerciables

En economía se distinguen los bienes que no pueden ser objeto del comercio internacional, ya que no pueden ser importados o exportados, de los que sí se comercializan en esta forma. Pero a estos renglones también puede sumársele buena parte de la producción de bienes y servicios que se producen en las zonas urbanas. Entre estos se incluyen:

- las actividades de construcción;
- las comunicaciones internas, incluyendo teléfono y transporte;
- las actividades financieras; y
- otros renglones como las panaderías, heladerías, lavanderías, restaurantes, cines, peluquerías, talleres de reparación de automóviles y otros artefactos, fábricas de hielo, centros educativos, consultorios profesionales y otros.

Como se aprecia, se trata de necesidades y requerimientos de la población urbana que, generalmente, por su propia naturaleza, no pueden ser atendidos por suplidores extranjeros, y por esa misma

razón no pueden ser exportados. Dicho de otra forma, los productores de bienes y servicios no comerciables internacionalmente no enfrentan, prácticamente, la competencia extranjera, lo que los coloca en una peculiar situación competitiva. Para evitar confusiones, es conveniente recordar que en economía la condición de extranjero está definida por la residencia, así que una empresa de capital foráneo no es extranjera para estos fines, porque está radicada en el territorio nacional.

Normalmente, estos bienes y servicios cubren una amplia gama, cuya importancia cuantitativa es muchas veces subestimada.

Una de las diferencias fundamentales entre la producción industrial y la agrícola es la incesante variación de los precios de la segunda.

Las posibilidades de crecimiento de la producción de los no comerciables están dadas, básicamente, por el nivel de gastos de la economía.

Si los ingresos de la población urbana mejoran, aumentará la demanda por estos bienes y servicios, y por lo tanto, la producción de los mismos. O sea, se trata de un sector cuya producción es arrastrada por el nivel general de la actividad económica.

La producción de los otros dos sectores productivos de importancia --agrícola e industrial-- está también dirigida, fundamentalmente, al mercado local y depende también del nivel de gasto de la economía.

La Producción Agrícola

Son muy conocidas las condiciones en que se desenvuelven las actividades de producción del sector agrícola en nuestros países, ya que normalmente son relegadas a un segundo plano dentro de las prioridades del régimen de promoción de la producción nacional. Es un sector de poco dinamismo, de estructuras pesadas, que dificultan el cambio.

En primer lugar, la producción está restringida por la dotación de tierras aptas para el cultivo, de manera que para aumentarla se requiere la integración de tierras marginales menos aptas para la agricultura y, por lo tanto, menos productivas. Esto, consecuentemente, incrementa los costos de la producción. Pero incluso la incorporación de tierras marginales a la producción posee también sus límites físicos.

La otra forma para aumentar la producción y, por cierto, la más usual, es mejorar la productividad de las tierras en uso mediante la introducción de nuevas tecnologías. Las alternativas pueden ser de variados tipos: la utilización más adecuada de implementos, fertilizantes, pesticidas, yerbicidas y mejores variedades genéticas, así como la mejor preparación de la tierra, el uso más eficiente del agua y otras alternativas.

Pero los cambios tecnológicos implican normalmente nuevos gastos de inversión y requieren que los responsables de la producción tengan una actitud favorable a los mismos, además de ciertos niveles de conocimientos e instrucción, a fin de que puedan vencerse las inercias sociales y culturales al cambio.

No es el hombre del campo, consecuentemente, el individuo más apropiado para introducir los cambios. Su precario nivel de instrucción, su fuerte arraigo a las tradiciones y la extrema escasez de recursos, crean importantes barreras al cambio.

Cuando se habla de recursos en los países pobres, se suele señalar que la tierra y el capital constituyen recursos limitados y limitantes, y que las posibilidades de desarrollo están centradas en el uso eficiente de los mismos. Pero el recurso verdaderamente escaso, verdaderamente limitante y estratégico, el factor determinante, es el empresario innovador. Se trata del individuo capaz de percibir las nuevas oportunidades de inversión o producción, de introducir los cambios, asumir los riesgos y que, además, disponga de la perseverancia necesaria para superar los obstáculos. Este individuo, con estas características, no abunda en las zonas rurales.

Por otro lado, la distribución de la tierra es una deformación endémica en la mayoría de los países del Tercer Mundo que no favorece la producción del campo.

Existe normalmente un gran número de pequeñas explotaciones en que se hace uso intensivo de la tierra, pero con bajos niveles tecnológicos. Esta situación contrasta con la existencia de un grupo relativamente pequeño de productores que explotan unidades productivas de gran extensión. En este último caso, se utiliza la tierra en una forma extensiva, muy por debajo de los niveles tecnológicos prevalecientes.

Estas realidades son las que explican lo que se conoce como la inelasticidad de la producción agrícola frente a la presión de la demanda, lo que significa que los incrementos de la demanda no necesariamente estimulan un aumento en la producción agrícola. El minifundista no tiene las tierras adicionales, ni el capital o el conocimiento tecnológico necesarios para mejorar la productividad, así como tampoco la capacidad de asociación que le permita superar sus limitaciones individuales mediante el esfuerzo cooperativo.

El gran terrateniente, por su parte, suele encontrarse satisfecho con su nivel de producción, sus beneficios y el prestigio que deriva de su ganado o sus plantaciones. Por ello, aunque tenga los recursos y conocimientos tecnológicos necesarios, no le interesa

maximizar sus beneficios. Esta última aseveración, como se aprecia, contraviene abiertamente uno de los supuestos básicos de la teoría tradicional respecto al comportamiento económico de los humanos: el ente económico siempre trata de maximizar sus beneficios.

La lógica neoclásica establece que cuando un productor enfrenta un incremento en los precios de venta del producto que elabora, si existen recursos disponibles --tierra y capital-- la respuesta será, necesariamente, una mayor producción.

Un economista perteneciente a la llamada escuela estructuralista latinoamericana diría que la realidad no es como su colega neoliberal quiere que sea. Aseguraría que, en la realidad, las estructuras del sector agrícola no permiten una respuesta mecánica a las presiones de la demanda. Plantearía que existe la posibilidad de que los latifundistas no estén dispuestos a hacer nuevos esfuerzos para aumentar la producción y que, por lo tanto, el aumento de la demanda se traduzca, simplemente, en una elevación de los precios.

Precisamente, como respuesta a estas condiciones limitantes al desarrollo agrícola, se creó un importante movimiento latinoamericano para reformar las estructuras agrarias, que propugnaba por una distribución más apropiada de la tierra, mediante la eliminación del minifundio y del gran latifundio. Estos programas incluían la creación de unidades productivas más eficientes, respaldadas por el gobierno a través de asesoramiento técnico, financiamiento, erección de obras de infraestructura y otros medios. Pero los resultados de la reforma agraria latinoamericana son bien conocidos. La reforma se ha quedado empantanada entre la ineficiencia gubernamental, las presiones de los grandes intereses, y la prioridad relegada que se le asigna en los grandes centros urbanos de decisión.

Para ciertos teóricos del subdesarrollo, incluyendo los estructuralistas latinoamericanos, mientras no se modernice la producción en el campo, nuestros países no pueden aspirar a un desarrollo económico estable y viable. Lo cierto es que las econo-

mías de menor grado de desarrollo relativo que han podido emprender la marcha hacia un verdadero desarrollo económico en las últimas décadas, han hecho, previamente, reformas de importancia en las estructuras agrarias y han removido los obstáculos al desarrollo del sector.

Concluimos, entonces, que mientras el sector de exportación depende de la coyuntura internacional y el de la producción de bienes y servicios no comercializables internacionalmente es arrastrado por el gasto general de la economía, las actividades de producción agropecuaria están trabadas por los condicionamientos económicos y culturales y no responden con la elasticidad adecuada a las presiones de la demanda.

Esto último nos obliga a revisar nuestro Modelo de la Multiplicación del Gasto (MMG) explicado anteriormente. Aquella primera impresión en la que el político gobernante, con una simple emisión de dinero inorgánico aumentaba la producción, no es tan cierta. Las cosas, en la realidad, tienen otras complicaciones.

Habíamos hecho funcionar el modelo observando las relaciones que existen en unas pocas variables --consumo, inversión, exportaciones e importaciones-- y habíamos presentado una visión fluida de su funcionamiento. Se representó un mundo mecánico en que un aumento del gasto estimula un incremento generalizado de la producción. Pero esto es tan sólo una esquematización teórica de una realidad más compleja que, en un primer planteamiento, se simplificó aún más para facilitar su comprensión. En verdad, un incremento del gasto puede tener diversas respuestas. Veamos algunos ejemplos.

Si el aumento del gasto genera una mayor demanda, digamos de plátanos, la respuesta no sería un aumento instantáneo de la producción, puesto que el ciclo del plátano, desde la siembra a la cosecha, es de casi un año. Es posible, por lo tanto, que sea necesario esperar un tiempo para que aumente la producción del

fruto. ¿Qué pasará durante ese período? Simplemente, se incrementarán los precios, ya que existe una mayor demanda y la oferta no ha variado. De hecho, así es que se da el proceso en la realidad. Es el aumento del precio lo que estimula el aumento en la producción agrícola.

Si se tratara de rábanos, cuyo ciclo es de poco menos de un mes, la respuesta de la producción podría ser rápida, pero en todo caso, requeriría también que el productor reciba la señal del aumento del precio.

En el sector industrial se supone que la producción puede aumentar sin que se eleven los precios. La velocidad con que se reciben las órdenes de compra podría ser una señal suficiente para que el productor industrial aumente la producción.

Esta notable diferencia en la formación de los precios agrícolas e industriales ha tenido una incidencia determinante en la definición de las modalidades institucionales en que se da la producción de ambos sectores en los países más avanzados.

Como se explicará en mayor detalle más adelante, la producción agrícola en los países ricos está sujeta a un estricto marco de protección y control, mientras que las actividades industriales se desenvuelven en un clima de mayor libertad y competitividad.

Está claro que las incesantes fluctuaciones en los precios agrícolas han provocado un creciente intervencionismo gubernamental en los mercados agrícolas. Esto constituye una de las más contundentes evidencias históricas de que el "laissez faire" no siempre conduce al mejor resultado.

Más aún, esta diferencia en la formación de los precios agrícolas e industriales, no ha sido suficientemente analizada y estudiada en la literatura económica y los propios neoliberales no

parecen tener una posición clara respecto al manejo de los complicados mercados agrícolas.

Siguiendo con el razonamiento anterior, tenemos que un aumento sostenido en el precio de un producto, el plátano, por ejemplo, podría motivar que algunos de los que se dedicaban al cultivo de otros renglones, como la yuca, lo abandonen y se dediquen al cultivo de plátanos. El balance definitivo sería una mayor oferta de plátanos, a expensas de una menor producción de yuca. No habría, consecuentemente, un incremento en la producción total del sector agrícola.

Aquí podemos continuar con otra línea de razonamiento, aunque algo más complicada. Supongamos que el nivel de ingresos en las zonas urbanas se eleva, lo que se transforma en un incremento en la demanda por productos del campo.

Es posible que haya alguna respuesta de la producción, pero que buena parte de la demanda se traduzca en simple aumento de precios, debido a las trabas señaladas en la producción agrícola. Ello supone un mejoramiento en los ingresos y beneficios de los productores del campo. En la medida que aumenta la demanda por productos agrícolas, se elevan los precios aún más y son mayores las ganancias, pudiendo seguir esta escalada hacia arriba indefinidamente.

Pero las cosas no funcionan así. Un incremento en los precios de los bienes producidos en el campo se traduce en las zonas urbanas en demandas por salarios más altos, lo que conduce, finalmente, a que los costos de los bienes industrializados aumenten, y ello generaliza, en las zonas urbanas, aumentos de precios de todo tipo. Por lo tanto, el sector agrícola tiene que comprar más caros los bienes y servicios que proceden de la ciudad, lo que termina por anular los beneficios extraordinarios que se estaban obteniendo.

El análisis del intercambio de bienes y servicios entre el sector agrícola y las zonas urbanas tiene otras importantes compleji-

dades; pero para nuestros fines, lo que interesa es establecer que en ese intercambio, el sector agrícola lleva la peor parte, o por lo menos, no lleva la mejor. Debe decirse, de paso, que esta argumentación, tal como veremos más adelante, sustenta uno de los planteamientos fundamentales de los estructuralistas respecto a las deformaciones de las estructuras productivas que explican su inelasticidad o inflexibilidad para responder al aumento de la demanda, lo que se traduce en latentes presiones inflacionarias. Hasta aquí la revisión de la producción agropecuaria, lo que nos obliga a trasladarnos hacia la zona urbana.

La Producción Industrial

En las zonas urbanas se encuentra el individuo con altos niveles de entrenamiento e información, capaz de identificar nuevas oportunidades de inversión, aplicar tecnologías más avanzadas y asumir riesgos: el empresario innovador. Es este empresario quien ha llevado a cabo el proceso de industrialización latinoamericano. Para entender la actuación del empresario y la mecánica de la industria, se utilizará un ejemplo hipotético que nos ofrezca una visión de su desenvolvimiento del marco de protección que sustenta la industrialización latinoamericana.

Supongamos una economía de bajo nivel de industrialización, en cuyo mercado local existe un amplio consumo de ventiladores eléctricos (abanicos) para uso doméstico, los cuales son adquiridos en el exterior, pero se quiere sustituir esas importaciones mediante la producción local. Como el país no dispone de una plataforma industrial desarrollada, sería necesario importar algunos de los componentes de mayor complejidad técnica: por ejemplo, posiblemente habría que adquirir en el exterior el motor eléctrico que acciona el aparato, y las láminas metálicas para hacer la cubierta protectora. Las piezas plásticas y las otras piezas menores, se fabricarían en el país. Naturalmente, habría que importar las

maquinarias para hacer las partes plásticas y las operaciones de ensamblaje.

Por otro lado, para neutralizar la competencia extranjera, se impondría un alto arancel a los ventiladores importados, o simplemente, se procuraría prohibir su ingreso al país. Al mismo tiempo, permitiríamos la importación de piezas y maquinarias con un bajo arancel. Es esta estructura arancelaria que discrimina en contra del artículo importado y favorece al productor local, lo que hace posible que se llegue a producir internamente el producto que antes se importaba. Ahora sólo nos queda determinar la viabilidad del proyecto recabando las otras informaciones relevantes, lo cual es un asunto relativamente fácil, ya que el producto está siendo importado y, por lo tanto, se conocen de antemano los datos de mercado más importantes, tales como:

- cantidades y modelos que se importan anualmente;
- precios del artículo a nivel de las ventas al por mayor y al detalle;
- canales de distribución;
- recursos publicitarios utilizados;
- servicios al consumidor de reparación y venta de piezas de repuesto; y
- precios y rendimiento de las maquinarias y equipos en el extranjero.

También se conocen las tecnologías y maquinarias disponibles en el mercado mundial y, además, posiblemente existan en el país fuentes de financiamiento especializadas para la industria de sustitución de importaciones. Si fuese necesario, se dispondría de acceso privilegiado a la asignación de las divisas.

En conclusión, se conocen de antemano los datos más relevantes del proyecto y se dispone de la protección estatal necesaria para llevarlo a cabo.

La protección especial que recibe esta producción está justificada por los beneficios que supuestamente reportará a la economía, consistentes en el aumento del empleo por un lado y, por el otro, en el ahorro de divisas, ya que se supone que si importáramos el producto final, el desembolso sería mayor. Pero, además, y lo que es más importante, con el nuevo proyecto se estarían echando las bases para desarrollar nuevas alternativas industriales.

Hemos seleccionado el ejemplo del ventilador eléctrico porque es apropiado para una economía pequeña y escasamente industrializada. En el caso de países de mayor nivel relativo de industrialización, podemos pensar en sustituir, por producción interna, las importaciones de bienes de mayor complejidad, como automóviles, y los resultados obtenidos serían los mismos.

Nuevamente es necesario advertir que en la realidad, las cosas no son tan simples, ni tan claras, ni tan fáciles, como las que acabamos de plantear. El mundo real tiene complejidades que distan mucho del cuadro que hemos esbozado. Lo que queremos significar, y esta es la conclusión fundamental, es que la producción industrial se realiza en un contexto de mayor protección y menor incertidumbre e inflexibilidad que la del sector agrícola. La producción agrícola, por su propia naturaleza, es azarosa, pero comparada con la industria, no tiene un marco de protección adecuado. Más bien se trata de actividades normalmente relegadas a un plano inferior de importancia dentro de las prioridades del sistema de promoción y protección a la producción.

No es una exageración ilustrar la condición aciaga del campo mediante una situación en la cual las lluvias excesivas estropean las cosechas y generan grandes pérdidas para el productor. Y si las lluvias son escasas, también los resultados son desastrosos. Ahora, cuando llueve "bien", cuando llueve adecuadamente, entonces la cosecha es abundante, la oferta del producto aumenta en los mercados, y los precios se desploman, saliendo fastidiado el productor de todas maneras.

Estas son las diferencias que explican, en parte, por qué la industria ha sido el sector productivo dinámico, moderno y pujante, mientras que la agricultura sigue a la zaga en los países latinoamericanos, atrapada en sus propias restricciones estructurales. Aquí parece encontrarse la explicación de por qué la producción agrícola en las economías industrializadas del norte está protegida por una extensa variedad de mecanismos.

Pero veamos la industria desde una mejor perspectiva y entremos al análisis de las economías más grandes y avanzadas de la región.

LA INDUSTRIA : LA CARGA PESADA

EL TUNEL SIN SALIDA

Muchas veces, al comparar un producto elaborado en un país latinoamericano, un electrodoméstico, por ejemplo, con uno de procedencia de las economías industrializadas del norte, a simple vista apreciamos que este último presenta una terminación más completa, los materiales utilizados parecen de mejor calidad, las pinturas o revestimientos nos lucen más firmes y vistosos. Todo ello nos hace pensar que su funcionamiento es mejor y más confiable. Pero a pesar de estas conveniencias, normalmente optamos por el artículo de producción nacional, debido a que es más barato, o simplemente, no hay disponibilidad del extranjero en el mercado. Ya sabemos que el artículo competitivo extranjero es más caro o no se vende en el país porque, deliberadamente, ha sido encarecido a través de altos aranceles o ha sido prohibida su importación para propiciar la producción nacional.

Una reacción ante esta situación sería revertir todo el asunto y permitir la importación de los productos extranjeros con bajos aranceles, a fin de que el consumidor pueda adquirir un producto posiblemente más barato, eficiente y duradero. Después de todo, ¿quiénes se benefician de la producción nacional? Solamente los propietarios y los trabajadores de la empresa que fabrica el producto nacional. No parece justo, por lo tanto, que el bienestar de toda la

La industrialización sustitutiva no es una política sectorial, es todo un modelo de crecimiento que condiciona a los otros sectores productivos y compromete todos los recursos de la economía.

población de un país se sacrifique por unos cuantos.

La Industria Naciente

Ante este razonamiento se anteponen los argumentos de la doctrina de la "industria naciente", que sostiene que la vía para que un país menos

avanzado pueda llegar a desarrollar un sector industrial eficiente y competitivo requiere, en una primera etapa, que la industria nacional sea protegida de la competencia externa. Se supone que luego, con el tiempo, la industria llegará a alcanzar un mayor grado de eficiencia, y requerirá menores niveles de protección, o incluso, logrará competir con éxito en el mercado internacional. Esta fue la opción adoptada por el conjunto de las naciones latinoamericanas, incluyendo las pequeñas economías caribeñas de habla inglesa.

Este modelo se inició en los países más avanzados de Latinoamérica, muy temprano en este siglo. El resto de las naciones subdesarrolladas del hemisferio fueron adoptándolo un poco más tarde.

Durante los años treinta, la economía de las naciones más avanzadas del mundo se encontraba en una profunda y prolongada depresión. Sus mercados estaban en franca contracción, lo que bloqueaba las posibilidades de exportación procedentes de las economías subdesarrolladas del Sur. Las naciones más avanzadas de Sudamérica, conscientes de que no podían mantener el crecimiento de sus economías en base a las exportaciones, miraron hacia el mercado interno a fin de buscar un espacio económico que pudiera sustentar su desarrollo. Así se inicia el modelo de sustitución de importaciones en el continente.

El proceso emergió en forma espontánea y con el obvio consentimiento de grupos económicos hegemónicos, ya que éstos podían ejercer la influencia suficiente sobre el diseño de las políticas económicas. Al actuar en un contorno en que prevalecía una crónica

escasez de divisas, la industrialización se imponía por el propio peso de las circunstancias.

Los argumentos de la doctrina de la "industria naciente" realmente vinieron a consolidar lo que era una respuesta natural de las economías más avanzadas de la región a las coyunturas económicas del momento.

Efectivamente, la industrialización latinoamericana fue respaldada por los sólidos argumentos de los primeros teóricos estructuralistas de la región. Estos proponían que el intercambio comercial entre las naciones del mundo, basado en la libre competencia, había resultado en una especialización internacional del trabajo en que los países que integraban el centro industrial de la economía mundial dominaban la producción de bienes manufacturados y las tecnologías más avanzadas. Mientras tanto, las naciones pobres de la periferia quedaban forzosamente especializadas en la producción de productos básicos. En este intercambio desigual no había espacio para que los países de la periferia desarrollaran su sector industrial. La ventaja inicial en el dominio de la tecnología de parte de los países industrializados respecto a los menos avanzados, era difícil de superar. Se requería, por lo tanto, en las primeras etapas, algún tipo de protección a la producción local a fin de neutralizar la competencia del eficiente productor del norte.¹

Sin las posibilidades de desarrollar un sector industrial moderno y eficiente, nuestras economías estarían condenadas a permanecer como exportadoras de productos básicos y su crecimiento sería de carácter vegetativo, dependiente de los vaivenes de los mercados mundiales.

¹. El economista argentino Raúl Prebisch fue la cabeza de esta escuela y de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), organismo técnico de las Naciones Unidas que proveyó una racionalidad teórica al proceso de industrialización y trató de respaldar el desarrollo de la región propiciando la formulación y ejecución de planes de desarrollo económico y social. En general, la CEPAL ha servido como "base de operaciones" de los estructuralistas y otros teóricos latinoamericanos.

Los países latinoamericanos, sin excepción, adoptaron el camino de la industria protegida o, como también se lo llama, el "modelo de crecimiento hacia adentro" o "modelo de sustitución de importaciones". De hecho, la estrategia de industrialización en este hemisferio ha producido un largo y reñido debate que se prolonga hasta el presente.

Por supuesto, ya lo podemos anticipar, los neoliberales mantienen que la protección a la industria es inconveniente, y que lo aconsejable es permitir la importación de todo tipo de bienes y servicios, a fin de que sean las fuerzas del mercado quienes decidan los productos que deben manufacturarse en el país y se oponen, por ende, a los partidarios de la doctrina de la industria naciente y otras escuelas que respaldan la necesidad de proteger la industria.

Pero antes de entrar de lleno en este polémico tema, veamos con más detalle los resultados del proceso de industrialización en Latinoamérica.

El Embudo Industrial

El proceso de industrialización ha sido, sin dudas, el factor modernizante de la economía y la sociedad latinoamericanas. El desarrollo físico de las zonas urbanas, el incremento y la diversificación de la producción de bienes y servicios no comerciables internacionalmente, así como modernas actividades de servicios, como el sector financiero, han sido empujados y condicionados por la industrialización. Asimismo, en la ciudad se creó una constelación de entidades en defensa de intereses de grupo; en particular se hicieron fuertes las asociaciones gremiales, profesionales y patronales. El proceso ha promovido un proletariado urbano especializado y de cierta calificación, que se encuentra bien remunerado dentro de los estándares nacionales, y muchas veces bien organizado. El obrero de la ciudad ha logrado influir sobre la definición de las políticas económicas y ha ganado una fuerte posición de regateo, lo que le permite mantener su posición relativa frente a los otros grupos sociales en la distribución del ingreso nacional. El sector concentra,

igualmente, el personal técnico y profesional de mayor calificación en el país.

En definitiva, la industria disfruta de la primera prioridad en cuanto a la política económica; los mejores recursos obreros; el personal técnico y profesional; apropiada infraestructura física en términos de parques industriales, energía, vías y sistemas de comunicación; acceso al financiamiento y a las divisas; pero, sobre todo, el sector industrial aglutina al empresariado de vanguardia. Es evidente que, dadas estas características, el proceso de industrialización latinoamericano define y condiciona los otros sectores productivos de la economía, lo que es tanto como decir que perfila todo el modelo de desarrollo económico de los países de la región. La industrialización sustitutiva no es una política sectorial; es todo un modelo de crecimiento que condiciona a los otros sectores productivos y compromete todos los recursos de la economía y relega, por ende, la producción agrícola y la de exportación a un plano de inferior prioridad en la política económica.

Esta discriminación puede ser ilustrada con las políticas de estabilización y control de precios que generalmente favorecen a la industria y a los consumidores de las zonas urbanas, reprimiendo a la producción agrícola y de exportación.

Por todo ello es que el cambio de modelo económico en cualquier sentido nos conduce necesariamente a algún tipo de reorganización en las estructuras industriales.

En términos dinámicos, el proceso ha tenido unas características muy peculiares. Al principio, la sustitución de importaciones por producción local se hace fácil, ya que se inicia por los renglones manufactureros de menor complejidad: la industria ligera, que no involucra complicaciones técnicas de importancia en el proceso de elaboración, ya que las maquinarias y equipos pueden ser operados en escala de producción relativamente baja y no requieren, por lo tanto, de mercados muy grandes. La llamada industria ligera está representada por el ejemplo anterior de los ventiladores eléctricos.

En estas primeras etapas, el proceso funciona de acuerdo con los objetivos: la economía avanza en su industrialización, mejora la productividad en ciertos sectores, se hacen importantes ahorros en divisas, pero, sobre todas las cosas, la industrialización irradia efectos dinamizantes al resto de la economía, estimulando la producción de los sectores productivos que abastecen al mercado nacional, tal como el sector de los bienes y servicios no comerciables internacionalmente.

En estas condiciones, la economía crece con cierta independencia de la coyuntura internacional y esto es, quizás, el aspecto más importante del proceso. El hecho de que sea posible un crecimiento económico más acelerado de lo que permiten las divisas generadas por el sector de exportación tradicional, es una de las más sobresalientes conveniencias de todo este asunto. Sin embargo, cuando el modelo avanza, se hacen evidentes sus puntos débiles.

Generalmente, en la medida en que los bienes industrializados son más elaborados, implican mayores complejidades técnicas y requieren de mercados más amplios. La industria pesada, como la de automotores --automóviles, camiones, tractores-- y la de construcción de maquinarias, no pueden desarrollarse en mercados internos relativamente pequeños. Solamente en los grandes países latinoamericanos que tienen mayores espacios económicos, han sido posibles actividades industriales de este tipo.

Cuando se avanza en el proceso y se agotan las oportunidades más evidentes y fáciles, se hace necesario sustituir bienes de mayor grado de elaboración y complejidad técnica que exigen mercados de mayores dimensiones. Las oportunidades de sustitución de importaciones se reducen y disminuyen sus opciones. El proceso, por ende, pierde ímpetu y se va haciendo más lento. Es por eso que se conceptualiza este tipo de industrialización como un embudo, cuya salida se va estrechando cada vez más. Para mantener el proceso con cierto dinamismo, es necesario ir protegiendo aún más la industria local. Esto es, precisamente, lo que hicieron los países de la región. La protección fue aumentando, y, de esa forma, se fueron ampliando artificialmente las posibilidades de inversión. Como se puede suponer, semejante política ha tenido consecuencias funestas.

Acabamos de decir que en la medida que la producción se realiza bajo mayores niveles de protección, ésta se hace menos eficiente y requiere, por ende, de mayores cantidades de factores productivos por cada unidad del producto elaborado. En términos llanos, se elevan los costos de producción en relación a los de la economía mundial. Se llega a un punto en que el ahorro de divisas que se supone ocasiona la producción de sustitución de importaciones, es escaso, nulo o negativo. Como la industria demanda más recursos, se agudiza la represión de los sectores agropecuarios y de exportación, haciendo las estructuras productivas más pesadas y complejas.

Adicionalmente, tal como habíamos discutido anteriormente, nuestros países poseen una fuerte tendencia a sustituir los bienes de consumo por aquéllos de reciente introducción en los mercados de las economías más avanzadas. Estos últimos, supuestamente presentan nuevas y mejores características, lo que convierte en obsoletas prematuramente, ciertas maquinarias en uso en el sector industrial. Ello conduce a que se creen presiones para reemplazarlas. Las importaciones de nuevas maquinarias para sustituir las que el "consumismo" hizo pasar de moda, aumentan los requerimientos de divisas de la economía.

Otra de las características de este proceso es que la producción del sector llega a cubrir una amplia gama de productos. Aun en economías tan pequeñas como las centroamericanas y del Caribe, la industria exhibe una diversificación industrial relativamente grande en términos del número de productos que elabora. Esta atomización de la producción no permite que se alcancen mejores niveles de eficiencia productiva vía la especialización.

La alta diversificación de la industria, por otro lado, limita el número de productores que se pueden establecer en cada mercado. Es frecuente, por lo tanto, que en la industria latinoamericana haya un solo productor por producto (monopolio), o unos pocos (oligopolio). El primer caso constituye un caso extremo de imperfección en el mercado. En cualquiera de los dos, la escasa competencia interna que ellos representan no favorece, en modo alguno, la eficiencia productiva.

En la medida que la producción se hace más ineficiente, se alejan las posibilidades de competir en los mercados internacionales, y como no hay salida hacia afuera, más dependiente se hace la industria de los mercados internos. La producción se hace más costosa, y van disminuyendo las oportunidades de sustituir importaciones. La industria, en general, pierde dinamismo, no puede arrastrar al resto de la economía, y el crecimiento económico se hace lento, o simplemente se estanca. Se regresa, por lo tanto, a la posición inicial en que las posibilidades de crecimiento dependen de lo que suceda en el sector tradicional de exportaciones o en la posibilidad de obtener financiamiento externo.

Es preciso advertir que la descripción que se ha hecho es una generalización y simplificación de un proceso que en la práctica es muy complejo y que existen importantes diferencias de un país a otro, tal como veremos más adelante.

¿Quién se Equivocó?

Aquí surge la interrogante: ¿cuáles han sido las fuerzas que han dirigido este proceso de industrialización tan distorsionado y distorsionante? Si bien en principio se justificaba el modelo de acuerdo con la doctrina de la industria naciente, no se cumplió con lo que estipulaba ésta respecto a que la protección debía reducirse paulatinamente en la medida que maduraba la industria. Sucedió todo lo contrario, la protección aumentó a niveles improcedentes.

En razón de que el empresario industrial tiene influencias decisivas en la conformación de las políticas económicas, se debe suponer que la administración del proceso se ha acomodado a los intereses del industrial. Parece que éste ha optado por la línea de menor resistencia mediante la protección arancelaria, el otorgamiento de financiamiento concesionario y de exenciones fiscales de los impuestos sobre beneficios, acceso privilegiado a las divisas, construcción de parques industriales, provisión de energía eléctrica y transporte, así como de otros mecanismos.

Se ha dicho, incluso, que la industrialización latinoamericana es resultado de una condición cultural. Que los latinoamericanos sufren de una especie de fobia a la competencia y de una falta de agresividad y de capacidad de innovación en el plano de la producción.

Realmente, el sobreproteccionismo de la industria de la región no ha sido un proceso totalmente deliberado. Es cierto que debemos suponer que los grupos de intereses que existen alrededor de la industria, incidieron de alguna forma en la administración del proceso, pero ha habido otros factores que explican por lo menos parte de estos resultados.

Con las recurrentes crisis de divisas ocasionadas por las fluctuaciones en los precios de los productos tradicionales de exportación, tal como se discutió anteriormente, se adoptaron medidas de todo tipo con el propósito de proteger la situación de pagos internacionales del país. En estas circunstancias, debemos recordar que una de las alternativas más utilizadas es tratar de reducir las importaciones de bienes de consumo innecesarios, a través de diversos mecanismos (véase el punto sobre las limitantes del crecimiento, en el capítulo anterior).

Naturalmente, al encarecerse o imponerse barreras sobre la importación de estos bienes, se neutraliza aún más la competencia extranjera y mejoran las condiciones para que estos bienes se produzcan localmente. En otras palabras, sin que nadie se lo proponga en forma deliberada, se van creando nuevas oportunidades de sustituir importaciones y se incrementa la protección de los bienes que ya se producen en el país. Es decir, la política de corto plazo de defensa de las reservas de divisas del país tiene efectos de largo plazo, de una importancia decisiva al sobreproteger la industria local. En definitiva, se trata de una situación que se da con mucha frecuencia, en la cual una política destinada a lograr ciertos objetivos tiene efectos no previstos sobre el resto de la economía.

El Cambio de Dirección

Hacia los años 50, se hacía evidente que las economías de los países sudamericanos más industrializados habían perdido la posibilidad de un crecimiento autosostenido. La industrialización, que había tenido importantes efectos dinámicos en todos los sectores productivos, había perdido su impulso inicial. Ya en esa época estaba claro que había que ensayar otras alternativas para hacer el proceso más eficiente y menos dependiente del mercado local, y crear paulatinamente las posibilidades de penetrar en los mercados internacionales. Al principio de la década del sesenta, los teóricos de la CEPAL denunciaban abiertamente la situación económica de la región y advertían sobre la necesidad de introducir cambios en las estructuras de la industria latinoamericana.

Estimulados por los esquemas de integración de las naciones europeas, que habían decidido fusionar sus economías en un gran bloque económico, los países latinoamericanos decidieron también iniciar sus propios esquemas integracionistas. Así aparece la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), que perseguía liberar el comercio --eliminar todo tipo de barreras-- entre los países asociados.

Las naciones centroamericanas y los países de habla inglesa del Caribe, formaron sendos esquemas de integración con objetivos más ambiciosos que los sudamericanos.

Se suponía que esta integración de los mercados nacionales podía aumentar la eficiencia de los aparatos productivos, al exponerlos a un entorno de mayor competencia, lo que podría hacer posible más tarde que la industria se fuera insertando a la economía internacional, a través de las exportaciones.

Pero la industria latinoamericana no quiso aceptar el reto de mayores niveles de competencia provenientes de los países asociados. Las economías eran muy parecidas en cuanto a la composición de su producción, por lo que no era posible evadir una situación de mayor competencia. Los intereses nacionales impulsieron un sistema muy engorroso de negociación que fue estancando el movimiento hasta

frustrarlo finalmente. Parece que concebían la integración como una ampliación de los mercados nacionales, pero sin aumentar la competencia o, por lo menos, dentro de determinados grados de intensidad.

El movimiento integracionista centroamericano, por su parte, quedó empantanado por sus convulsionados problemas políticos, y el esquema caribeño aún subsiste, pero sin que haya ocasionado transformaciones de importancia en las economías integradas.

Debe señalarse, finalmente, que se han realizado varios intentos de crear nuevos grupos de integración económica en la región latinoamericana, siempre precedidos de entusiastas y difundidas declaraciones presidenciales y ministeriales, pero en ningún caso ha habido un progreso significativo.

El fracaso de la integración fue seguido por un movimiento regional que, en determinado momento, llegó a tener gran ímpetu. Los países de la región adoptaron una nueva estrategia, consistente en promover las exportaciones no tradicionales. Como resultado de este esfuerzo, se crearon institutos de comercio exterior, se introdujeron importantes incentivos a las exportaciones (financiamiento, exenciones fiscales, tratamiento cambiario privilegiado). Se intentaba apoyar a la plataforma industrial con su diversificada gama de productos y a los otros sectores productivos, a fin de que éstos pudieran insertarse, poco a poco, en la economía internacional. Pero el asunto no llegó muy lejos. Sólo Brasil, que dispone de la industria más avanzada, persiste en esta política y ha tenido ciertos logros parciales. Al caso chileno lo trataremos "in extenso" más adelante.

En definitiva el saldo ha sido que las economías que más han avanzado en la industria de sustitución de importaciones quedaron bajo los efectos de una inflación crónica: Argentina, Chile, Brasil y Uruguay. Continuaremos luego con esta historia.

Cuba, con su economía ostensiblemente estancada y su radical movimiento revolucionario, ha organizado las actividades económicas de acuerdo a dos corrientes muy convencionales: el

proteccionismo latinoamericano y el socialismo soviético. Los otros países de la región que mantienen, en mayor o menor grado, los viejos esquemas de desarrollo, no han logrado concitar las voluntades nacionales para introducir cambios de importancia en la organización económica.

Así llega Latinoamérica al umbral del siglo XXI, en unas circunstancias en que se están produciendo dramáticas transformaciones en todos los órdenes de la economía mundial.

Recapitulando, el esquema de industrialización inicialmente tuvo significativos efectos sobre la modernización de la sociedad y permitió el crecimiento de la economía a un ritmo superior del crecimiento de las exportaciones. Pero, en la medida en que avanzaba el modelo, se agotaban las oportunidades de sustitución de importaciones, perdiendo ímpetu el movimiento y terminando todo en un estancamiento virtual, lo que arrastró consigo al resto de la economía, quedando el crecimiento económico nuevamente a expensas de los ingresos de divisas generados por las exportaciones tradicionales y el financiamiento externo.

En la medida en que aumentaba la cobertura de la protección, ésta se hizo menos eficiente, ya que, cada vez más, se alejaba la competencia del productor extranjero. Mientras esto ocurría, los mercados internos se hacían menos competitivos, y la especialización de la industria, que hubiera podido conducir al desarrollo más eficiente de algunas ramas industriales, se imposibilitó por la atomización de los renglones productivos.

Al sobrevenir el estancamiento, se hicieron algunos ensayos integracionistas y de promoción de las exportaciones que, en términos generales, fracasaron.

Estos son los últimos elementos que necesitábamos para poder discutir el tema de la inflación en mayor profundidad.

La Inflación como un Fenómeno Estructural

Tal como hemos dicho, la inflación siempre ha sido un tema muy polémico y, en el caso latinoamericano, reviste complejidades especiales. Ha quedado claro que en el ámbito de las economías de la región existe una relación entre la inflación y el grado de industrialización. Conviene, consecuentemente, encuadrar a los países de la región de acuerdo con su grado relativo de industrialización.

Para los propósitos de este libro, distinguiremos cuatro estadios que agrupan la generalidad de las etapas por las que han atravesado las economías latinoamericanas:

- El primero sería el estadio preindustrial, en que el sector moderno de la economía está representado por las actividades de exportación de algunos productos básicos. En consecuencia, las posibilidades de crecimiento económico están determinadas por las condiciones de la demanda internacional de dichos productos.
- El segundo estaría representado por las primeras etapas del proceso de industrialización en que se aprovechan rápidamente las oportunidades de sustitución de importaciones. En este período el proceso es eficiente, y por lo tanto, se reducen los requerimientos de divisas, por lo cual la economía puede crecer con mayor rapidez de lo que permiten las exportaciones de productos tradicionales.
- En la tercera fase, el proceso de industrialización alcanza su madurez, por lo que las nuevas sustituciones de importaciones requieren de tecnologías más complejas y de mercados más amplios. El proceso empieza a estrangularse y disminuyen los efectos dinamizantes sobre el resto de la economía.

- Por último, tendríamos el caso de las economías de mayor grado de industrialización, altamente distorsionadas, con un proceso inflacionario de carácter endémico.

La mayoría de las economías del hemisferio se encuentran en el tercer estadio, es decir, donde el proceso de industrialización ha alcanzado su madurez, ya que se han copado las oportunidades de sustitución de importaciones más evidentes. Eso no significa que se trata de plataformas industriales semejantes, sino que cada economía, de acuerdo con el tamaño de su mercado, ha llegado a un punto donde el avance se hace cada vez más difícil. Se trata de estructuras industriales que pueden ser cualitativa y cuantitativamente diferentes, como es el caso, por ejemplo, de Ecuador y México.

La inflación del cuarto grupo de las economías industrializadas del cono Sur representa un caso particular que no puede ser explicado con los enfoques tradicionales. El análisis de este caso, incluso, nos lleva a una mejor comprensión de las demás economías latinoamericanas. Veamos.

El Enfrentamiento Teórico

Las permanentes crisis de devaluación e inflación de estos países atrajeron, necesariamente, la atención del Fondo Monetario Internacional (FMI), organización creada después de la Segunda Guerra Mundial, de carácter supranacional, con el propósito de cooperar con la estabilidad monetaria y con la promoción del comercio internacional.

El FMI ha estado presente desde muy temprano en los debates relacionados con la naturaleza del proceso inflacionario sudamericano, y con las medidas correctivas que deben implementarse para controlar la inestabilidad de precios de dichos países.

El organismo, desde su creación hasta la actualidad, ha mantenido un enfoque ortodoxo en las políticas que propone a las naciones afiliadas. Los planes de estabilización o programas de

ajuste diseñados por la institución, debido a su carácter eminentemente monetarista, insertados naturalmente en los postulados neoliberales, han encontrado la resistencia de ciertos economistas latinoamericanos. La formulación de sus argumentos contra las proposiciones del FMI, fueron perfilando una escuela de pensamiento económico de origen latinoamericano que se conoce como el "estructuralismo".

Como se puede observar, las actuales y recientes controversias que se suscitan en la opinión pública, relacionadas con los programas de ajuste en los países de la región que no poseen tradición inflacionaria, no son novedosas. Hasta cierto punto, puede decirse que han sido superadas, en razón de que se ha llegado a una especie de "acuerdo sobre la naturaleza del desacuerdo" entre los diversos enfoques de la inflación.

En el fondo, los estructuralistas no niegan las causas monetarias de la inflación. Ellos aducen que se trata de factores estructurales de naturaleza económica, social y política los que mantienen la expansión monetaria que finalmente resulta en la inflación. Los neoliberales, por su parte, limitan su explicación a esta última parte del proceso.

Debe aclararse que el debate sobre este asunto fue casi unilateral. Es abundante la literatura estructuralista rebatiendo las argumentaciones neoliberales, pero no puede decirse lo mismo en el sentido contrario.

Los neoclásicos o monetaristas, como es su característica, han sido claros y precisos en cuanto al diagnóstico de la inflación sudamericana: la causa de este fenómeno reside en el exceso de emisión de dinero --emisión inorgánica. El correctivo, consecuentemente, es sencillo: eliminar las emisiones excesivas de dinero, lo que sería suficiente para restablecer el equilibrio de los precios internos.

Los estructuralistas complican esta simple visión y aseguran que "*...la inflación sólo puede comprenderse como un desequilibrio en el sistema económico que --si la pasividad del mecanismo*

monetario lo permite-- se expresa en forma de una elevación persistente de los precios".²

Para entender mejor este planteamiento debemos tener como telón de fondo la descripción que hemos hecho de la industrialización y de las otras estructuras económicas, la cual se puede resumir, quizás de una forma caricaturesca, de la manera siguiente: Son economías con una amplia, diversificada, estancada e ineficiente plataforma industrial, con una inelástica estructura de producción agrícola y con los sectores de exportación reprimidos por la política económica. En la sociedad urbana organizada, persiste una pugna por la distribución del ingreso e intensas fuerzas consumistas que no pueden ser satisfechas por los exiguos niveles de productividad y producción. En definitiva, los bien organizados y beligerantes grupos de intereses urbanos se disputan el acceso a la escasa disponibilidad de bienes y servicios producidos por un ineficiente aparato productivo. Aquí se percibe la condición de desequilibrio y tensión que, según los estructuralistas, subyace en estas economías.

Se entiende, en otras palabras, que la inflación es la consecuencia de desequilibrios estructurales de carácter económico y social. En este enfoque de la inflación se incluyen, por ende, variables extraeconómicas, o sea, factores de carácter social y político, lo que supone una extraordinaria dilatación del campo de estudio de los estructuralistas en relación a los neoclásicos.

Hagamos una digresión para hacer una aclaración oportuna. Normalmente, entre los economistas no existen desacuerdos sobre la relación de causa y efecto entre las variables. Las desavenencias de fondo residen en la rapidez y magnitud en que se expresan esas relaciones de causalidad. Pues bien, ni los estructuralistas ni ninguna escuela económica conocida, niega la relación entre el exceso de dinero en la economía y la inflación.

². Osvaldo Sunkel, "El Fracaso de las Políticas de Estabilización en el Contexto del Proceso del Desarrollo Latinoamericano", *El Trimestre Económico*, XXX-120, pág.625.

Es conveniente poner de relieve este asunto, en razón de que en los países que no tenían experiencia inflacionaria se suscitaron grandes debates sobre las causas de la inflación de los años ochenta. Se hizo frecuente que los sostenidos aumentos de precios se atribuyeran a factores diferentes de la emisión monetaria. Se aducía que la especulación, el acaparamiento, el control de las divisas, la fuga de capitales, y otros factores, eran los responsables. La verdad es que, a la inversa, estos fenómenos eran causados por la inflación.

La argumentación de los estructuralistas respecto a los problemas de precios de las economías inflacionarias de Sudamérica es que, en estos países, la actividad económica no se da en el contexto en que los neoclásicos la perciben. No se trata de un mundo en que los entes económicos individuales en forma racional maximizan sus beneficios y sus niveles de satisfacción personal, dentro de un entorno en que consumidores y productores concurren libremente y establecen sus relaciones de compra de bienes y servicios en forma competitiva, con un conocimiento claro de lo que acontece en los mercados y donde los factores productivos se mueven libremente.

En la realidad, las interrelaciones de los entes económicos se dan enmarcadas dentro de las modalidades histórico- culturales que crean normas y valores que condicionan la conducta económica y social. En este contexto, los diversos grupos de intereses tratan de influir sobre las políticas económicas, a fin de beneficiarse de ellas o hacer recaer sus efectos negativos sobre los otros sectores.

Aquí debe señalarse que los modernos neoliberales latinoamericanos tienen una visión parecida a los estructuralistas, en el sentido de que perciben nuestras sociedades, como unas donde la actividad económica se realiza en medio de la pugna de los diversos grupos de intereses por obtener los beneficios del estado. La diferencia está en que para los neoliberales esto es el resultado exclusivo del modelo proteccionista latinoamericano; para los estructuralistas, más bien se trata de un asunto consustancial a la sociedad moderna, que en cada caso puede tener una expresión, alcance e implicación diferentes.

Volviendo sobre el tema de la inflación, debe decirse que ésta promueve la creación de nuevos grupos de intereses y aumenta la actividad y militancia de los existentes. La inflación, en otras palabras, es un acicate para el forcejeo relacionado con la distribución del ingreso. Este es, quizás, un aspecto de importancia que no ha sido suficientemente destacado, ni aun por los propios estructuralistas.

En los países inflacionarios de América del Sur, la "indexación" es uno de los resultados más peculiares de las pugnas entre los grupos de interés. Este sistema es el más poderoso mecanismo de propagación de la inflación, junto con la devaluación de la tasa de cambio. En razón de que en nuestras economías una alta proporción del Producto Nacional Bruto (PNB), es de procedencia extranjera, la devaluación de la tasa de cambio encarece los bienes importados, lo que esparce impulsos inflacionarios en toda la economía. La devaluación, al igual que la "indexación", tiene un efecto circular: provoca más inflación, y la inflación, más devaluación.

Desde esa perspectiva debemos enfocar las economías inflacionarias de Sudamérica, con un aparato productivo altamente protegido, con escasos niveles de competencia externa, con una producción agrícola trabada ante las poderosas presiones de las fuerzas que operan detrás del consumo. Consecuentemente, una sequía, el incremento de la demanda por determinado tipo de bien, o cualquier otro dispositivo inicial, puede irradiar impulsos de aumentos de precios en todas las direcciones, ocasionando mayores niveles de inflación o acumulando fuerzas potenciales de incremento de los precios.

Se va creando un túnel sin salida en la medida que la inflación se hace endémica y la economía no da respuesta a las expectativas de la sociedad, lo que obliga al estado a intervenir en procura de mantener la expansión de la economía: propicia la entrada de recursos del exterior en forma de préstamos e intenta, por cualquier medio, mantener las coberturas de los servicios básicos, y los niveles de empleo.

En semejante situación, se crean dos frentes de presión que tienden a incrementar la emisión monetaria. En primer lugar, los aumentos sostenidos en los precios determinan una mayor demanda de dinero, en razón de que el medio circulante ya no es suficiente para mantener los mismos volúmenes de transacciones en la economía; entonces, los bancos comerciales y las empresas reclaman más financiamiento para mantener el ritmo de sus actividades.

En segundo lugar, ante la presión social por el desempleo, al gobierno se le dificulta políticamente ajustar sus finanzas mediante el despido del personal burocrático excesivo. Por el contrario, aumentan las presiones para inflar las nóminas estatales. A esta situación se le da una solución política. Se toman nuevos préstamos del organismo emisor, o sea, del banco central, para cubrir los déficits del gobierno. En razón de que los déficits llegan a tener un carácter permanente, la emisión inorgánica se vuelve endémica, del mismo modo que la inflación.

En la visión estructuralista, la emisión de dinero inorgánico se mantiene debido a que la capacidad de emitir es una prerrogativa del Estado, y éste actúa conforme a las presiones del conjunto de las fuerzas sociales. Los poderes del Estado son, en sí mismos, los poderes de la sociedad.

*"Pero si ocurriera lo contrario, si las autoridades monetarias limitaran la expansión monetaria y logaran evitar un exceso de demanda en el mercado -- y, en consecuencia, se obtuviera una cierta estabilidad de precios-- ello obligaría al desequilibrio existente en el sistema económico, a manifestarse a través de otros síntomas: redistribución del ingreso, capacidad ociosa, estancamiento, etc."*³

En otras palabras, en estas economías altamente distorsionadas, la aplicación de los instrumentos monetarios para eliminar el

³. Osvaldo Sunkel, "Los Programas de Estabilización ...", *Op. Cit.*, pág. 623.

exceso de emisión deja de ser un asunto técnico, para convertirse en un dilema que debe ser resuelto en el campo político. Cuando se tira de la cuerda monetaria, y se manifiestan los resultados en términos de desempleo, disminución de la capacidad de compra, y de otros efectos, se pone en juego la resistencia de los beligerantes grupos urbanos, lo que normalmente termina frustrando los propósitos de las políticas estabilizadoras. Para los estructuralistas, esto se asemeja a la aplicación de un torniquete que, en la medida que se aprieta, se acumulan presiones en sentido contrario, hasta que llega un momento en que se desequilibran las fuerzas y, violentamente, se regresa a la posición inicial.

Sin lugar a dudas, la inflación sudamericana representa un caso especial dentro de la economía internacional, que desborda los enfoques tradicionales. Adicionalmente, su análisis nos facilita la comprensión de la evolución y funcionamiento del conjunto de los países de la región.

Una aclaración final. En una situación inflacionaria existe una especie de calentamiento de la economía en que todos los sectores productivos se encuentran bajo presión por mayor producción, ya que enfrentan constantes aumentos en los precios de los productos que elaboran. Las políticas recesivas tienden a enfriar el aparato productivo, disminuyendo la producción y creando mayor desempleo. En esto no hay discusión. En general, existe prácticamente un consenso entre los economistas en el sentido de que el intento de sofocar la inflación inevitablemente frena el crecimiento económico. Las diferencias están en la intensidad de la contracción en la producción.

*"No conocemos ningún ejemplo en la historia en el que un período inflacionario haya acabado sin que se produjera una época intermedia de menor crecimiento y un desempleo mayor que el acostumbrado."*⁴

⁴. Milton & Rose Friedman, "Free to Choose: a Personal Statement", Harcourt Brace Jovanovich, New York, 1980, Pág.276. Milton Friedman es uno de los más connotados teóricos neoclásicos.

Esto nos lleva al problema del ajuste inflacionario y en Latinoamérica no podemos hablar de ajuste de la inflación, de estabilización cambiaria y de negociación de la deuda externa, sin tomar en cuenta al Fondo Monetario Internacional (FMI). El papel protagónico de esta organización en los esfuerzos de estabilización de nuestros países ha sido decisivo.

El FMI y los Ajustes Monetaristas

Las políticas de ajuste de corte neoliberal que propone este organismo, a pesar de los intensos y prolongados debates que han suscitado, son proposiciones simples de una lógica de fácil comprensión y se pueden resumir en la forma siguiente:

- por un lado, reducir la liquidez de la economía mediante la contracción del dinero, eliminando los financiamientos y los déficits operativos del banco central. Como ya sabemos, éstos son los mecanismos de emisión sobre los cuales la autoridad monetaria puede ejercer un control directo. La regulación de la emisión normalmente viene acompañada por un manejo prudente del presupuesto gubernamental; y
- por el otro lado, liberar los mercados de los macroprecios, o sea, que las transacciones relacionadas con la tasa de cambio, la tasa de interés y el salario, se realicen dentro de la mayor libertad posible.

La aplicación de estas políticas está acompañada del otorgamiento de recursos de parte del organismo, a través de préstamos en divisas en términos no comerciales, o sea, en términos "blandos". Además, el FMI procura que otras fuentes internacionales cooperen con los esfuerzos de las políticas estabilizadoras. Naturalmente, la disponibilidad de estos recursos disminuye la severidad de los ajustes.

Así funcionaba el FMI en sus primeras etapas en el manejo de los desequilibrios macroeconómicos de nuestros países. La

"intelligentsia" de la organización, basada en los principios neoclásicos, entendía que el control y el manejo de la emisión monetaria y de los macroprecios, eran suficientes para estabilizar las economías sudamericanas. En aquel entonces no creían necesarias las reformas estructurales.

Los estructuralistas, por su parte, reconocían que mediante la aplicación de tales políticas, la inflación quedaría sofocada tarde o temprano. Sin embargo, en las economías inflacionarias, tan pronto empieza a ser abatida la inflación, disminuye la producción, aumenta el desempleo, se reducen los salarios en términos de su poder de compra, y aparecen otras manifestaciones depresivas de la economía. Cuando se intenta recuperar los niveles de producción anteriores, se ponen de manifiesto los desequilibrios de fondo y reaparecen las presiones inflacionarias. Si se llegase, por momentos, a cierta estabilidad y tranquilidad en los precios internos, tarde o temprano las poderosas fuerzas de la resistencia social se pondrían en juego y obligarían a las autoridades a reponer las emisiones a fin de restaurar el crecimiento, el empleo y los niveles de salarios, por lo que la cuerda monetaria tendría que ser aflojada nuevamente.

Si se analiza el comportamiento de los precios de estas economías, se observa claramente cómo los períodos de rápida inflación son sucedidos por ciclos en que amaina el crecimiento de los precios internos al aplicarse las medidas antiinflacionarias. Luego, al relajarse el ajuste monetario, la inflación repunta, sale fuera del control de las autoridades, lo que obliga a aplicar nuevamente medidas recesivas. Como van las cosas, parece que a la llegada del próximo siglo habrá en Sudamérica países que no habrán podido todavía poner bajo control esta situación.

De acuerdo con este enfoque, estas economías requieren grandes transformaciones estructurales, a fin de eliminar los inmensos desequilibrios y tensiones que constituyen la causa de fondo de la permanente inestabilidad de los precios y de los mercados cambiarios. En otras palabras, para lograr estabilizar estas economías, se requerirán profundos cambios en el aparato productivo y, en cierta medida, una reorganización de las fuerzas sociales. El

tiempo dará la razón a los teóricos latinoamericanos que mantenían esta visión, tal como veremos más adelante.

Pero el punto débil de los estructuralistas ha sido la falta de precisión en sus prescripciones. La ausencia de una clara estrategia de las reformas ha ocasionado que todo se quede en el diagnóstico y su influencia en las políticas reformistas ha sido escasa en el campo de la acción.

Debe señalarse, en su favor, que la riqueza y complejidad de la realidad económica, social y política, no permite la formulación de prescripciones tipo recetas de cocina, que puedan aplicarse casi sin variaciones en cualquier sitio. Esta última posibilidad sólo puede ser el resultado de una super simplificación del funcionamiento de la sociedad.

Hasta aquí el análisis de las economías altamente distorsionadas de Sudamérica. Pero, ¿qué sucede con la mayoría de las otras economías, que no muestran esta vocación inflacionaria?

Las Economías No Inflacionarias

Antes de tratar de dar contestación a esta pregunta, hagamos un poco de historia.

Las bruscas elevaciones en los precios del petróleo a principios de la década del setenta abrieron una nueva etapa para las economías en desarrollo de este continente. El intempestivo incremento en las cotizaciones petroleras produjo un shock sobre la situación de pagos internacionales en los países importadores de petróleo. Pudiera decirse que todas las economías del mundo fueron afectadas por los acontecimientos en los mercados de los combustibles. Aun las pequeñas economías centroamericanas y del Caribe, con un grado menor de industrialización, que habían tenido una tradicional estabilidad de precios, fueron arrastradas por la inflación mundial y el encarecimiento de la factura petrolera. Por primera vez, en esos países se desataron procesos inflacionarios, iniciándose así una crisis que se prolonga hasta nuestros días.

Durante los años setenta, buena parte de la liquidez que se creó en los países exportadores de petróleo, fue depositada en la banca de los países desarrollados, desde donde vino a financiar los crecientes déficits de cuenta corriente de los países pobres provocados, precisamente, por el aumento de precio de los carburantes. Este reciclaje se hizo a través de la intermediación de la banca comercial de los países ricos que, en forma agresiva y sin muchas aprensiones, colocó esos recursos en las naciones del Tercer Mundo. Todos los países latinoamericanos y del Caribe, consecuentemente, entraron en un proceso de fuerte endeudamiento.

Mientras tanto, durante esos años, las economías desarrolladas del norte acusaban un lento crecimiento económico. La recesión alcanzó niveles críticos en 1982, lo que ocasionó que el financiamiento que fluía desde la banca comercial hacia los países pobres fuera abruptamente paralizado. A partir de ese momento, la contracción de la producción, el desempleo, la inflación y la devaluación abatieron nuestras economías en forma masiva y sin precedentes.

En todas partes, se hizo necesaria la adopción de programas de ajuste en los cuales, naturalmente, la presencia del FMI no podía faltar.

En la mayoría de nuestros países, se siguió una trayectoria parecida a la seguida por las economías inflacionarias del sur. Cada vez que se iniciaba la ejecución de los programas de estabilización acordados con el FMI, éstos se incumplían, lo que daba paso a nuevas crisis inflacionarias y de devaluación que obligaban a concertar nuevos acuerdos con dicho organismo. En forma inconsistente y vacilante se han venido aplicando los ajustes en nuestras economías pero, poco a poco se va logrando tranquilizar los precios y estabilizar los mercados cambiarios. Ya sabemos que esto se ha conseguido en base a un enorme sacrificio en términos de disminución de la producción y el empleo, y un empeoramiento, muchas veces dramático, en la distribución del ingreso. Es por eso que hoy se conoce a los años ochenta como la "década perdida".

Las experiencias de las economías latinoamericanas que no tenían tradición inflacionaria han sido consistentes con la visión que hemos ofrecido sobre el funcionamiento de nuestra economía y el enfoque estructuralista.

En primer lugar, se debe decir que, aunque estas economías no tienen una vocación inflacionaria, la velocidad con que crecen sus precios internos está, normalmente, por encima de la inflación mundial. Ello parece una evidencia de que el aparato productivo está sometido a presiones permanentes, por lo que los precios se mantienen en una situación tensional en la cual tan pronto surgen coyunturas favorables, tienden a dispararse hacia arriba. De ahí que fueran frecuentes los episodios inflacionarios después del shock petrolero.

Por otro lado, es de todos conocido que los procesos de ajuste que se han aplicado durante esos años en nuestras economías han sido resistidos y criticados fuertemente por las sociedades latinoamericanas. Pero las alternativas que confrontábamos eran muy claras. Sabemos que si tenemos un desequilibrio en la cuenta corriente, tenemos dos opciones inequívocas para restablecerlo: aumentamos los ingresos de divisas mediante el incremento de las exportaciones, o nos endeudamos con el exterior. Ante la imposibilidad de encontrar una solución por estas vías, no queda otra opción que contraer la economía a fin de disminuir los requerimientos de importaciones. Esto significa reducir todas las actividades productivas, vale decir, menos producción, menos importaciones. En otras palabras, el ajuste recesivo mediante la aplicación de los programas de estabilización fondomonetarista, es inevitable.

Aquí surge una pregunta. Si estas economías no tienen una tendencia inflacionaria de la misma intensidad que la de los países sudamericanos de mayor grado de industrialización, y se entiende que la inflación tiene efectos nocivos, entonces, ¿por qué los programas de ajuste monetario del FMI han sido también rechazados en estas sociedades, incluso cuando los programas auspiciados por este organismo han estado acompañados de ayuda financiera de carácter concesionario?

En otras palabras, siguiendo los razonamientos estructuralistas, es entendible que en el caso de las economías inflacionarias estos programas de estabilización no constituyan una solución permanente debido a que las estructuras económicas y sociales tienden a restablecer el desequilibrio monetario. Pero a las economías latinoamericanas menos distorsionadas tal razonamiento no puede ser aplicado, por lo menos en toda su intensidad. Analicemos este punto más a fondo.

En primer lugar, ya sabemos que todo intento de sofocar la inflación conlleva, necesariamente, una disminución del crecimiento y un aumento en el desempleo, razones suficientes para que haya resistencias sociales a estas políticas recesivas, sean éstas promovidas por el FMI o no.

Por otro lado, el desequilibrio externo, o sea, la escasez de divisas, deviene en una permanente devaluación de la tasa de cambio, lo cual, forzosamente, se traduce en mayor inflación. Debemos, por lo tanto, contraer la producción a fin de empujar hacia abajo los volúmenes de importación de bienes y servicios y así equilibrar los ingresos y egresos de divisas.

¿Cuán intensa debe ser la contracción económica?

En la lógica del FMI, la producción debe contraerse hasta el punto en que la reducción en los egresos de divisas libere los recursos necesarios para pagar la deuda externa en la forma y rapidez en que la banca comercial y otros organismos acreedores entiendan que debe ser saldada. En otras palabras, los programas del Fondo vienen a ser un ejercicio aritmético en que se proyectan los flujos de divisas, haciendo disminuir los egresos mediante una contracción de la producción, hasta que el país llegue a disponer de los recursos necesarios para atender sus acreencias externas. La intervención de este organismo, pues, no se basa en una posición neutral entre prestamista y prestatario, sino que está abierta y totalmente parcializada a favor del acreedor.

La naturaleza recesiva de los programas de estabilización convierten "el ajuste" en un problema político más que económico.

Si los programas de estabilización se diseñaran atendiendo a las circunstancias políticas, sociales y económicas del país deudor, las cosas serían diferentes. Claro está, todo ajuste que contraiga la producción y el empleo tiende a ser combatido, independientemente de quien lo patrocine. Es decir, se requiere el manejo político de los instrumentos económicos para imprimir a estos programas la rapidez, intensidad y secuencia necesarias, a fin de que se hagan viables políticamente.

No es menester abundar en más explicaciones. Los cálculos técnicos y los objetivos que propone el FMI privan a los gobiernos de la posibilidad de un manejo político de los programas de estabilización. En resumen, el rechazo y la gran impopularidad del FMI estriban en que la aritmética del organismo viene a suplantar la necesaria visión y tratamiento político de los problemas del ajuste.

Habíamos dicho que después de una década de ajustes, con la intervención del Fondo Monetario Internacional o sin ella, la estabilidad está llegando a nuestros países y parece que lo peor ha pasado. Evidentemente, el peso de la deuda externa se mantiene y las exportaciones no mejoran. Las economías, aunque con mayor estabilidad, todavía mantienen deprimidos sus niveles de la producción y el empleo.

EL FMI: MITO Y REALIDAD

Entre las instituciones internacionales que inciden en las relaciones económicas a nivel mundial, algunas de las cuales se describieron en un recuadro del primer capítulo, el FMI es la más conocida en el ámbito latinoamericano debido a su notable beligerancia en la crisis de la deuda externa, lo que a muchos de nosotros nos ha llevado a la creencia de que se trata de una poderosa organización supranacional que, enérgica y eficazmente, impone y preserva la disciplina y la estabilidad monetarias mundiales. Esa imagen del FMI, sin embargo, no corresponde a la realidad.

En verdad, el FMI ha sido marginado de las grandes decisiones multilaterales que han venido transformando el sistema de pagos internacional y se halla muy lejos de haber alcanzado los objetivos para los que fue creado.

Al hacer un recuento de la evolución del sistema mundial de pagos, se confirma que el FMI no ha tenido participación activa en asuntos de suma importancia para su transformación. La institución estuvo al margen de acontecimientos tan decisivos como la creación de la Unión Europea de Pagos (1951) y su posterior sustitución por el Acuerdo Monetario Europeo (1958), así como de los recientes acuerdos para unificar el sistema monetario europeo. Tampoco estuvo presente en los trascendentales acuerdos informales que dieron lugar a la creación y la desaparición del "pool del oro" (1961-1968), institución ésta que le dio una gran estabilidad al precio del oro y al dólar norteamericano. Lo mismo puede decirse respecto a la devaluación del dólar, al abandono de la convertibilidad del dólar por oro (1971) y la creación de las bandas de fluctuaciones de las principales monedas que llegaron a llamarse la "serpiente en el túnel" (1972) y, finalmente, en los acuerdos de Maastrich, donde se definió un sistema monetario común para los países de la Comunidad Económica Europea. En éste y otros asuntos de trascendencia, la burocracia del FMI no ha tenido participación directa y, en muchos casos, tuvo que acomodar sus procedimientos a las nuevas realidades monetarias. Tan importante como lo anterior es el hecho de que el FMI no ha podido controlar las principales fuentes de liquidez internacional, generadas por los desequilibrios en los pagos externos de los países cuyas monedas son divisas o instrumentos de pago internacional. Ese exceso de liquidez y la falta de armonía en las políticas monetarias de las grandes potencias económicas son algunas de las causas principales de los disturbios monetarios internacionales.

Entre las razones que explican que el FMI se encuentre a la zaga de los acontecimientos, podrían señalarse, por lo menos, tres. Una podría ser que muchas de esas decisiones son tomadas por el "Grupo de los Diez", conformado por los principales países industrializados que controlan el FMI. Por otro lado, se puede

argumentar que la fuerza de los acontecimientos sobrepasa las posibilidades y el marco legal del "Convenio Constitutivo del Fondo" y, finalmente, podría pensarse que la burocracia del FMI no ha tenido la capacidad de prever las futuras circunstancias y dirigir las políticas nacionales y supranacionales en el ámbito monetario.

Pareciera que el FMI no ha superado su visión teórica y se ha quedado estancado en las inadecuadas y obsoletas concepciones que le dieron origen. Precisamente, uno de los hechos que evidencia la miopía y falta de iniciativa y previsión de la burocracia del FMI es la forma en que ha venido enfrentando la crisis de la deuda externa de los países pobres, situación que le ha dado una vigencia inusitada en el ámbito monetario internacional. La insistencia del FMI de que los países deudores adopten programas de estabilización de carácter recesivo, a fin de crear los excedentes para saldar sus compromisos de interés y amortización derivados de sus pasivos externos con gobiernos extranjeros y la banca privada internacional, como hemos dicho anteriormente, ha colocado al organismo de un solo lado, abandonando sus principios de que las decisiones deben tener carácter multilateral y sus efectos deben ser simétricos.

La ausencia de un enfoque de mayor profundidad, previsión e imparcialidad en el manejo de la crisis de la deuda externa de los países pobres, podría dar como resultado que la burocracia del FMI sea desbordada, una vez más, por los acontecimientos y se la margine de las grandes decisiones sobre este asunto. Es decir, es posible que los países en desarrollo lleguen a tener acuerdos directos con sus acreedores, dejando de lado al FMI. Por lo menos, esto parece ser una posibilidad realista. De hecho, el gobierno norteamericano ha creado unos mecanismos especiales, con fondos de su propia Tesorería (Plan Baker y Plan Bradley) que, en cierta medida, constituyen un reconocimiento de la insuficiencia de la estrategia del FMI para terminar de resolver la crisis y de que la salida definitiva debe ser compatible con condiciones que propicien el crecimiento económico de los países deudores.

¿Qué Pasa Después del Ajuste?

Con este tema hemos llegado a un punto crucial de nuestra exposición. Aquí se encuentra la resistencia de mayor relevancia al enfoque de los neoliberales. Para éstos últimos, una vez que la casa está en orden en términos monetarios y la tranquilidad de los precios prevalece, lo que hay que hacer es dismantelar los dispositivos de la injerencia estatal en la actividad económica, incluyendo, naturalmente, la inconveniente protección a la producción local. Luego, simplemente, “laissez faire”, dejar hacer: esperar que la oferta y la demanda interactúen en un panorama de libertad para que se reinicie un crecimiento económico sano y de mayores posibilidades de sostenimiento. En la óptica neoliberal las cosas no son más complicadas que este sencillo planteamiento.

Ante esa visión se aduce, en cambio, que en ese escenario, el crecimiento sería de carácter vegetativo y dependiente, como siempre, de lo que acontezca en los mercados internacionales de nuestros productos de exportación. Un mejoramiento en la demanda internacional que eleve los precios de estos productos podría estimular el crecimiento económico, pero una vez que desaparezcan las favorables condiciones externas, la economía regresaría a su estado de inercia, de lento crecimiento.

No se niega la posibilidad de que las cambiantes condiciones de la economía mundial hagan posible la aparición de nuevas oportunidades de exportación en renglones no tradicionales que impriman vitalidad a las actividades económicas. Pero siempre seguiría siendo un elemento casual que depende de circunstancias ajenas al país. No se trata, en otras palabras, de un proceso conducido desde el interior de la sociedad.

No hay dudas que la alternativa neoliberal tiene trascendental importancia para el futuro de nuestras economías. La opción está planteada y debemos hacer una elección.

Para no dejar este asunto en el plano de la discusión teórica y de las generalizaciones, veamos, brevemente, el dilema de las estrategias desde una perspectiva histórica.

UN VISTAZO HISTORICO

LA CARA DEL NEOLIBERALISMO

Hasta el momento, hemos señalado algunas puntualizaciones sobre conceptos básicos de la teoría económica, así como ciertas generalizaciones sobre el desarrollo económico de los países latinoamericanos. Además, se ha aludido al neoliberalismo y otras escuelas económicas. Antes de seguir adelante, se hace necesario, para un entendimiento más acabado del tema, precisar las proposiciones neoliberales en términos de la política económica.

Tal como señaláramos previamente, los neoclásicos, conocidos hoy como neoliberales, conforman una escuela fuertemente arraigada en las proposiciones de la teoría económica tradicional. Se podría argumentar que la sólida cimentación teórica de la corriente neoliberal y el hecho de que buena parte del pensamiento académico es adepto a la misma, explica su prolongada vigencia a través de los tiempos. Aunque se aduce también que, en Estados Unidos por lo menos, la escuela tradicional ha sido la sustentación ideológica de las clases dominantes, o sea, del poder económico, el cual, por medio de sus extraordinarias posibilidades de influir en la sociedad, respalda y difunde los conceptos neoliberales.

Es conveniente aclarar que, dentro de la tradición occidental, todo el desarrollo teórico depende de los fundamentos de la teoría tradicional. Lo que hace diferentes a unos de otros es que los neoclásicos o neoliberales aceptan sin reservas las conclusiones que

En las primeras etapas del desarrollo, el avance tecnológico y la industrialización iban de la mano.

se coligen del puro razonamiento teórico: el juego económico más eficiente es aquél donde los agentes económicos interactúan libremente y, por lo tanto, las influencias del gobierno deben mantenerse al menor nivel posible. Dentro

del campo académico occidental, aquéllos cuyo razonamiento se fundamenta en la teoría tradicional pero que no aceptan esta gran conclusión, forman parte de diversas escuelas.

Hemos señalado ya, y conviene repetirlo aquí que, en la actualidad, el neoliberalismo no constituye un asunto de interés exclusivo de los círculos académicos, sino que representa una poderosa fuerza que tiene como epicentro los Estados Unidos de América, de donde se irradian sus influencias en todas las direcciones.

El Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y las misiones de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) del Gobierno norteamericano en las capitales latinoamericanas, representan la correa de transmisión de las influencias neoliberales.

Para los latinoamericanos, la profunda crisis de los años 80 que se prolonga hasta el presente, ha traído a primer plano la injerencia de los organismos internacionales de financiamiento, los cuales vienen haciendo énfasis en imponer el modelo neoliberal.

El neoliberalismo, en otras palabras, es algo real, que tiene que ver con todos nosotros, con nuestro presente y futuro bienestar económico. De ahí la obvia importancia de conocer el alcance, implicaciones y viabilidad de sus proposiciones.

En el FMI y el Banco Mundial, y sobre todo en este último, reside la "intelligentsia", o sea, los cerebros que estudian, depuran y formulan las nuevas políticas. Estos organismos han popularizado las llamadas reformas estructurales que propician los planteos neoliberales. A tales fines, la identificación y justificación de los

tipos de reformas económicas que son necesarias para viabilizar el nuevo modelo, constituyen algunos de los efectos tangibles de la reactualización del pensamiento tradicional.

Aquí cabe recordar que los estructuralistas latinoamericanos, que representaron una contrapropuesta teórica a la receta monetarista del FMI de la década del 50, siempre fueron certeros críticos, pero se quedaron cortos y fueron imprecisos en cuanto a sus sugerencias de política económica.

Tenían, en cambio, una conclusión axiomática en su percepción de las posibilidades de desarrollo de la economía de la región: para eficientizar el aparato económico se requieren reformas estructurales en el campo económico y social; sin estas reformas estructurales, las medidas monetaristas de estabilización que propugnaba el FMI no serían efectivas en el mediano y largo plazo. Precisamente, el nombre de estructuralistas les viene de su énfasis en las necesidades de efectuar dichos cambios estructurales.

Pero, evidentemente, su debilidad en la definición de políticas concretas y específicas cedió el paso a los neoliberales en el campo de la reforma económica. En la actualidad, quienes se reconocen como los abanderados del cambio estructural son los neoliberales de hoy. Irónica o paradójicamente, los monetaristas de ayer se han convertido en los estructuralistas de hoy.

Es decir, a los latinoamericanos estructuralistas se les ha arrebatado su grito de guerra: lo imperativo de los cambios estructurales. A éstos les queda la satisfacción o el consuelo de que sus opositores tuvieron que reconocer, a la larga, que para dar paso al progreso económico era necesario introducir cambios estructurales. Claro está, ambas escuelas, aunque concuerdan en muchos aspectos, no plantean necesariamente las mismas reformas.

LOS NEOESTRUCTURALISTAS

Los fundamentos de la escuela estructuralista latinoamericana han evolucionado, habiéndose integrado a la corriente de pensamiento similar de los países industrializados. Hoy la escuela se ha reagrupado bajo el nombre de "neoestructuralista" y su vertiente latinoamericana, al igual que en el pasado, sigue teniendo la CEPAL como "cuartel general".

Mantienen su visión de que el comportamiento económico del individuo está condicionado por las modalidades de las estructuras socio-culturales que se han venido configurando en la sociedad latinoamericana. En estas estructuras descansa, principalmente, la explicación de los problemas de las economías de la región. Se piensa que las raíces de los problemas son de carácter histórico-estructural y, por tanto, van más allá de las políticas distorsionantes que se han decrito a lo largo de este libro.

Conciben el desarrollo económico como un proceso integral en el seno de la sociedad; un esfuerzo "desde dentro" dirigido por el Estado, el cual tiene que definir las pautas estratégicas y promover la concertación entre los diversos grupos de intereses.

Naturalmente, auspician la intervención del Estado para corregir las deficiencias del mercado, sobre todo, lo que tiene que ver con la tecnología, el financiamiento, la educación y otros aspectos estructurales sobre la concentración de las riquezas y el ingreso. Se interesan, como parte esencial de sus planteamientos, por los aspectos de la justicia distributiva, la marginalización social, el sector informal y la democracia.

Sin embargo, hasta al momento por lo menos, la escuela ha tenido poca influencia en las políticas reformistas de la región.

En la actualidad, la literatura sobre el tema de las reformas estructurales propugnadas por los neoliberales ha llegado a ser extensa y profunda. Existen modernos "gurúes", altamente cotizados como consultores internacionales en ese campo, que, al igual que los ejecutivos de las grandes corporaciones internacionales, viajan en primera clase para llevar a los gobiernos sus expertos consejos sobre la "intensidad, velocidad y secuencia" de las reformas estructurales.

La transformación del campo socialista hacia el capitalismo ha creado un amplio mercado de estos "neo-gurúes" de la economía.

Obviamente, las proposiciones y argumentaciones neoliberales de hoy tienen una especial persuasión para los países pobres, ya que provienen de organismos supranacionales que acompañan sus sugerencias de política económica con estratégicos recursos financieros. En otras palabras, "si quieres la plata, haz la reforma".

Pero la intensa influencia de la banca de fomento internacional no se debe sólo al hecho de que canalizan recursos financieros, sino también a las especiales circunstancias por las que atraviesan nuestros países.

En primer lugar debemos mencionar el sentimiento, a todos los niveles de nuestras sociedades, de que el modelo económico sustentado en lo que va del siglo por los países de la región no ha sido capaz de promover un verdadero proceso de progreso material. Por el contrario, se reconoce el fracaso del mismo y la necesidad de modificar el estado de cosas. Los pueblos latinoamericanos se sienten inclinados a experimentar nuevas opciones en cualquier dirección. Lo importante es el cambio. El cambio que nos ayude a superar el estancamiento masivo en que se encuentran nuestros países.

Por otro lado, en la actual situación, tienen un peso específico de importancia los desequilibrios macroeconómicos que en la década pasada caracterizaron nuestras economías. Estos persistentes desequilibrios macroeconómicos y la monstruosa deuda externa se han convertido en un constreñimiento de importancia decisiva para el crecimiento económico.

Ante este panorama, sumado al desmantelamiento del mundo socialista, no debe ser una sorpresa que la argumentación neoliberal vaya ganando terreno en el presente estado de opinión mundial. Sobre todo, porque se trata de proposiciones concretas y específicas de fácil viabilidad administrativa.

Por último, la enorme necesidad de recursos en términos de divisas de nuestros países, debilita forzosamente la posición negociadora frente a los organismos de financiamiento internacional.

Como se aprecia, el neoliberalismo no es una cuestión de exóticas teorías de interés para los grupos especializados, sino que es una realidad viviente que viene modificando nuestra cotidianidad económica.

Son éstas las circunstancias que nos obligan a tratar, en la medida de lo posible, de entender sus objetivos, alcances y, por ende, sus posibles implicaciones en el desenvolvimiento a largo plazo de nuestras economías.

Es imprescindible, consecuentemente, revisar más detalladamente cuáles son las propuestas neoliberales a través de su brazo operativo, o sea, la banca de fomento internacional. Veamos, pues, cuál es la cara del neoliberalismo en términos prácticos.

En este libro se entiende por neoliberalismo las políticas económicas propulsadas por los organismos internacionales mencionados con anterioridad, las cuales hoy se presentan como una opción para que los países latinoamericanos se enrumben hacia la prosperidad económica y social. Es decir, la novedosa estrategia de desarrollo económico integrada por un conjunto de recomendaciones en el campo económico, orientadas a promover una situación en que las fuerzas del mercado, expresadas en las actividades de inversión, producción y consumo del sector privado --nacionales e internacionales-- operen dentro de un marco de la mayor libertad posible. En este enfoque, consecuentemente, se propugna por reducir a un mínimo la injerencia estatal y desestimular las prácticas monopólicas o cualquier otro factor que desaliente la competencia entre los entes actuantes en la economía. Siguiendo los lineamientos de los principa-

les expositores de la estrategia neoliberal, en particular los asociados con el Banco Mundial, se puede hacer la siguientes síntesis:

- Como condición primaria y necesaria, los neoliberales propugnan por la estabilidad macroeconómica. La estabilidad en el nivel general de los precios de los bienes y servicios y de los macroprecios -- interés, tasa de cambio y salarios-- constituye un prerequisite imprescindible. Para alcanzar este equilibrio económico, se debe mantener un adecuado control sobre la emisión monetaria y el presupuesto del gobierno. Debe aclararse que esto no tiene nada de particular, ya que sería un elemento común en cualquier estrategia de desarrollo.
- Uno de los principios básicos de la escuela tradicional es que el productor menos eficiente debe dar paso al más eficiente, tanto a nivel nacional como internacional. De esta manera se asegura un mayor ingreso y bienestar para todos. Consecuentemente, cualquier intento de proteger artificialmente un productor de su competidor nos conduce a una situación de menor eficiencia, ingresos y bienestar. Puestas así las cosas, la situación óptima para garantizar que mundialmente sólo produzca el más eficiente, es aquélla donde no existe ningún tipo de barrera en el comercio internacional, como son los impuestos al comercio exterior. Sin embargo, las aduanas y el arancel constituyen instituciones de extraordinario arraigo para que desaparezcan bajo las sustentaciones teóricas que sólo son compartidas por un grupo de especialistas. Los neoliberales, consecuentemente, haciendo una concesión a la realidad, proponen que los aranceles sean los más bajos posibles. Específicamente, transan por un arancel en la vecindad del diez por ciento del valor de la mercancía importada. Este es, precisamente, el nivel arancelario promedio que mantienen los países industrializados, mientras que las naciones latino-

mericanas y el resto del mundo subdesarrollado mantienen un promedio muy por encima de este valor. En este sentido, esta propuesta sólo afecta a los países más pobres.

- Basados en un razonamiento similar, los organismos internacionales que respaldan esta estrategia propugnan porque exista la mayor libertad posible para el movimiento internacional de capitales. El inversionista extranjero debe tener libertad para invertir en el país huésped si entiende que es ahí donde sus recursos obtendrán la mayor rentabilidad. Como se aprecia, ésta es la contrapartida del punto anterior, ya que de esta forma se tiende a que la inversión se realice donde la producción se lleve a cabo con los mayores niveles de eficiencia posible.

Naturalmente, si se desplazan libremente los recursos de inversión, así deben moverse los recursos financieros. Las instituciones financieras internacionales deben, por ende, tener toda la fluidez posible a nivel internacional para la captación o la colocación de sus fondos. Y esto nos lleva al próximo punto.

- Conforme a lo anterior, se desprende que la tasa de interés debe ser aquélla que sea determinada por el mercado. Sin embargo, existe una práctica tradicional de intervención de las autoridades monetarias en los mercados financieros, por lo que en este aspecto los neoliberales tienen tolerancia para aceptar cierto dirigismo en estos mercados. Algo similar resulta con los mercados cambiarios o mercados de divisas. Se prefiere la libertad de estos mercados, pero se admiten injerencias dirigistas, por lo menos de carácter indirecto, dependiendo de las circunstancias.

- En cuanto a los servicios sociales, se prefiere que en éstos intervengan, en la medida de lo posible, los mercados privados, pero se admite que en la provisión de los servicios básicos--educación, salud, vivienda y otros sectores sociales-- sea el gobierno el responsable, ya sea mediante la prestación directa de los mismos o a través de su financiamiento.
- El último punto, y el más importante, es el principio de neutralidad. Se trata de un dogma de fe que no puede ser contravenido y que tiene que inscribirse con letras mayúsculas y enmarcarse en luces de neón: la intervención del gobierno en la actividad económica debe ser mínima o nula, y si la hubiere, ésta debería ser neutral, o sea, que no pueden alterarse artificialmente las rentabilidades relativas de los sectores productivos. Cualquier intento de favorecer un productor en desmedro de los otros es una forma de crear ineficiencias y obtener una distribución de los recursos productivos menos eficiente. Un neoliberal en conocimiento cabal de su asunto nunca consentiría en quebrantar este principio doctrinario.

Ante este definido y claro esquema de organización económica, se antepone un grupo heterogéneo de proposiciones de difícil definición, que para los fines de este trabajo será identificado como el "modelo dirigista". Aquí encontramos aquéllos que mantienen que el crecimiento económico, en particular el desarrollo de los países pobres, no se puede verificar, simplemente, dejando operar las fuerzas económicas con la mayor libertad posible. Propician, en cambio, la intervención del Estado para modificar la rentabilidad relativa de los diversos sectores productivos, en favor de aquéllos que se supone esenciales en la estrategia de desarrollo económico, cualquiera que ésta fuese.

LA LIBERACION DEL COMERCIO INTERNACIONAL

Liberación de las Importaciones

La actuales propuestas para que los países latinoamericanos pasen del modelo proteccionista de sustitución de importaciones a uno configurado por la estrategia neoliberal de liberación del comercio internacional, debe analizarse atendiendo a dos aspectos diferentes, los cuales tienen efectos disímiles sobre la economía: por un lado la liberación de las importaciones que supone el desmantelamiento de las barreras tarifarias y de otra naturaleza a la entrada del producto extranjero, y por el otro, la remoción de los factores internos que desestimulan las exportaciones.

Este planteamiento nos obliga a abandonar los razonamientos teóricos y las consideraciones generales y entrar en detalles y particularidades del comercio internacional. El desmantelamiento de la protección a la producción nacional, siguiendo las propuestas neoliberales, resultaría en una represión del aparato productivo de parte de la competencia extranjera. Como consecuencia, la producción se achicaría; o sea, quedaría desplazada por los extranjeros. En resumen, la libertad en el comercio internacional se torna en una reasignación de los recursos productivos a nivel mundial, donde el productor menos eficiente da paso al más eficiente.

Consecuentemente, buena parte de la producción nacional desaparece y el mercado doméstico viene a ser abastecido por los productores extranjeros. Desde el punto de vista de la economía mundial, los beneficios son evidentes: la eficiencia productiva mejora, ya que se requieren menos insumos para producir la misma cantidad de bienes y, posiblemente, de mejor calidad.

Hasta aquí, los efectos previstos por la teoría neoclásica. El enfoque se limita a anticipar los efectos de corto plazo. Se trata, tal como se estila decir en economía, de un enfoque estático, donde el propósito es la comparación de una situación respecto a la que resultaría cuando algunas de las circunstancias iniciales cambian.

Dicho de otra forma, el enfoque tradicional no toma en consideración las condiciones dinámicas relacionadas con los cambios a nivel mundial en la población, la tecnología, el nivel y distribución del ingreso y otras variables condicionantes de los volúmenes y dirección del comercio internacional. Los razonamientos anteriores son muy conocidos y no deberían suscitar ninguna resistencia.

Tanto para los que aquí llamamos “dirigistas” como para los neoliberales, la iniciativa del sector privado representa la fuerza primordial que genera el desarrollo económico. La diferencia estriba en que para los primeros, la iniciativa privada debe ser dirigida; en cambio para los segundos, el juego económico más eficiente se realiza en plena libertad.

Dentro de los “dirigistas”, se incluyen los keynesianos, estructuralistas o neoestructuralistas y todos los que favorecen la injerencia estatal como forma de precipitar los procesos asociados a un mejor desenvolvimiento económico. Analicemos todo esto desde una perspectiva histórica.

LA HISTORIA DEL EXITO

La discusión teórica es esencial para el entendimiento de las complejas realidades de las economías en desarrollo y de las actuales modalidades respecto a las estrategias que deben seguirse. Ciertamente, los razonamientos abstractos son pertinentes en cuanto nos permiten la comprensión de lo que aconteció y, sobre todo, lo que puede acontecer. Pero siempre es conveniente mirar hacia atrás y enjuiciar las proposiciones de hoy bajo el contraste de las experiencias del pasado. En definitiva, lo que nos interesa es la realidad social concreta, y la posibilidad de modificarla.

Veamos, pues, aunque en forma muy sucinta, la estrategia neoliberal a la luz de las experiencias históricas más pertinentes sobre este asunto.

Empecemos esta revisión allí donde todo esto se inició; con el surgimiento de las primeras potencias industriales que son, en la actualidad, parte de las naciones más avanzadas del mundo: Estados Unidos, Inglaterra y Francia.

Estas economías, en sus primeras etapas, tuvieron una modalidad de desarrollo industrial muy particular, en la cual los avances tecnológicos jugaron un papel esencial.

Por un lado, los nuevos adelantos tecnológicos determinaron tremendos incrementos de la productividad y, por el otro, hicieron posible una vasta integración espacial al mejorar y aumentar los medios de transporte. Efectivamente, subsecuente al gran auge del capitalismo comercial que se fundamentó en la incorporación económica de los espacios vacíos del continente americano y en todo el proceso colonial en general, sobrevino una etapa, a partir de los finales del siglo XVII, en que se aceleró el proceso de industrialización empujado por lo que se conoce como el "maquinismo", o sea la introducción de nuevas maquinarias que iban elevando la productividad en los principales sectores de la economía.

Teniendo como telón de fondo la expansión colonial y del comercio en general, y el aprovechamiento de los fabulosos recursos de las nuevos espacios que se integraban a la economía mundial, cada avance tecnológico producía una nueva ola de expansión económica.

Aquí es preciso destacar que todo esto se desarrollaba en condiciones de competencia nula o muy escasa, sobre todo si se la compara con la aguda competencia internacional que prevalece actualmente en los mercados mundiales.

La expansión económica de la época fue un proceso desigual, en el cual la acumulación y el progreso material se centraron en las potencias económicas emergentes y el resto de las naciones quedaron rezagadas. Desde entonces se empezaron a definir las zonas económicas y la especialización de la producción mundial, en la cual unos basaron su crecimiento en la producción de bienes básicos y otros, en la de bienes industriales.

Ahí se trazaron las fronteras entre los que hoy se conocen como países subdesarrollados y las economías industrializadas de alto consumo. Este "atlas" de la pobreza se ha mantenido hasta hoy con pocas modificaciones.

Sobre este asunto, lo más importante para nosotros es que los factores que motorizaron este desarrollo industrial primario, operaban del lado de la oferta. Es decir, los impulsos provenían de las transformaciones de los sectores productivos, o sea, de las fuerzas internas.

Es claro que los países pobres de hoy no pueden reproducir estos esquemas, debido a que el crecimiento es arrastrado por la demanda, o lo que es lo mismo, el sector productivo tiene que ir adecuándose, necesariamente, a la demanda externa o interna y no lo contrario.

Asimismo, no podemos aspirar a que el crecimiento se realice en base al incremento de la productividad ocasionado por el desarrollo a nivel nacional de nuevas tecnologías que sean más eficientes que las de los países desarrollados; ni mucho menos podemos pensar en un entorno de vastos mercados en expansión, con escasa competencia, como fue el caso de las primeras economías que se industrializaron.

Por último, también deben mencionarse los riesgos de las fluctuaciones de las monedas envueltas en la operación, así como las complejidades asociadas a la forma en que se realizan los pagos internacionales.

Estas y otras condiciones determinan que, en la práctica, el esfuerzo exportador para las empresas de los países pobres sea un objetivo inalcanzable, por lo menos sin la ayuda de las políticas económicas que tienden a traspasar recursos hacia la empresa exportadora.

Modernamente, los mecanismos más eficientes son los que están relacionados con el financiamiento y los incentivos fiscales. También en muchas ocasiones, un apoyo eficiente en los aspectos de mercadeo podría representar una colaboración de importancia. De lo anterior se puede concluir que la promoción activa de las exportaciones constituye uno de los elementos fundamentales en la estrategia de desarrollo económico de los países pobres. Finalmente, es necesario insistir en que los esquemas de fomento a las exportaciones no deben asociarse, necesariamente, a la liberación de las importaciones. Se trata de dos políticas con efectos y alcances completamente disímiles.

Los países pobres de hoy deben producir para sus mercados internos bajo algún esquema de protección o tienen que decidirse por competir con todas las economías del mundo en el mercado internacional, y eso significa ser más eficientes que las economías del norte que controlan el desarrollo tecnológico.

En el caso de América Latina, la única opción es importar tecnología y quizás adecuarla a nuestras realidades, y es esto, precisamente, lo que estamos haciendo, o por lo menos, lo que tratamos de hacer.

En definitiva, las circunstancias que dieron paso al surgimiento de los primeros procesos de industrialización son únicas e irrepetibles. No existe para los subdesarrollados de hoy, la posibilidad de cursar la trayectoria seguida por las naciones pioneras en el desarrollo industrial.

Un modelo más cercano y más relevante para los países latinoamericanos es el seguido por algunas economías de dimensiones geográficas y población relativamente pequeñas, pero que hoy se encuentran dentro del grupo de países llamados industrializados o economías de alto consumo. La organización que adoptaron estas naciones para sus aparatos productivos fue desarrollar un sector exportador basado en la dotación de sus recursos naturales.

Estos países, como Suecia, Noruega, Suiza, Holanda y Nueva Zelanda, al igual que los latinoamericanos, iniciaron sus actividades de exportación mediante la explotación primaria de sus recursos. Luego --y en esto consiste la diferencia respecto al modelo latinoamericano-- mediante políticas muy bien definidas de promoción a las exportaciones, fueron alcanzando mayores grados de elaboración hasta llegar a la producción de maquinarias y tecnologías asociadas al sector de exportación tradicional.

De esta forma, se desarrolló una industria de exportación altamente especializada, fundamentada en la dotación de recursos naturales, la cual ha alcanzado un alto grado de competencia internacional, y en muchos casos, ha desarrollado tecnologías de punta.

Suecia, por ejemplo, inició sus exportaciones como un país subdesarrollado cualquiera, mediante la explotación de sus recursos forestales. Luego continuó el desarrollo del sector exportador con otras actividades industriales relacionadas con estos recursos, llegando a producir y a exportar herramientas y maquinarias para la rama industrial que se asocia a la madera. Algo semejante sucedió con Noruega y la industria pesquera, que pasó de la exportación de los productos del mar a la de herramientas e implementos de pesca, hasta la construcción y exportación de barcos. Dinamarca, en su reducido territorio, ha hecho una explotación intensiva de sus tierras agrícolas, llegando a desarrollar agroindustrias de exportación con evidentes niveles de competencia internacional.

Esas economías rebasaron su condición de exportadoras de productos básicos y pudieron insertarse en los mercados mundiales

con su producción industrial, bajo regímenes de promoción que nada tienen que ver con los modernos esquemas neoliberales.

Pero queda algo aún que decir sobre las naciones ricas de hoy y la forma en que organizan sus aparatos productivos. Realmente, la protección a la producción no es cosa del pasado, por lo menos en lo que se refiere al sector agrícola. En efecto, uno de los aspectos más notables del actual régimen mundial de la producción agropecuaria es que, en las naciones más avanzadas, se desenvuelve bajo extensos e intrincados mecanismos de fomento, protección y subsidio, que incluyen los siguientes:

- costosas y prolongadas investigaciones agronómicas, cuyos resultados benefician a las empresas productivas, sin mayor costo para éstas;
- intervención de organismos estatales de intermediación que tienden a estabilizar los precios a los productores;
- transferencias directas de recursos al productor, para compensar precios relativamente bajos o la no utilización de parte de las tierras disponibles;
- asistencia técnica de carácter permanente sobre las prácticas de cultivo y otros aspectos de la producción y la administración agrícolas;
- provisión de insumos (fertilizantes, semillas y otros) a precios subsidiados por empresas productivas estatales o a través de cualquier otro mecanismo;
- acceso a los beneficios de costosas infraestructuras agrarias que no son asimiladas en los costos de las empresas de producción agrícola;
- cobertura de organismos especializados de financiamiento a las exportaciones, en condiciones concesionarias;

- acuerdos internacionales de intercambio comercial de carácter bilateral o regional.

En definitiva, la producción agrícola de las naciones ricas se realiza dentro de claros esquemas de protección que nada tienen que ver con las prescripciones neoliberales. De hecho, esto puede interpretarse como un reconocimiento de las limitaciones de las fuerzas del mercado para crear condiciones estables que favorezcan el crecimiento de las actividades productivas del sector agrícola.

De esta suerte, mientras el Estado dirige rígidamente la producción agropecuaria, la industria opera con mayor libertad relativa. Por cierto, esto es lo inverso a lo que hemos visto en el caso latinoamericano, donde la industria es sobreprotegida a expensas de los otros sectores productivos; entre ellos, el agrícola.

Pero quizás la experiencia más aleccionadora la constituyen los casos de las economías asiáticas que en las últimas décadas han logrado ostensibles grados de desarrollo o, incluso, han podido entroncarse en el mercado mundial mediante las exportaciones de bienes industriales: Taiwán y Corea del Sur.

Actualmente, se reconoce a estos países la posibilidad de superar su condición de economías en desarrollo y de llegar a colocarse dentro de las naciones industrializadas de alto nivel de consumo. En las últimas décadas, estos países han mantenido un crecimiento económico por encima del promedio mundial y sus exportaciones de bienes industrializados se vienen diversificando rápidamente en términos de los renglones exportados y de los mercados que van penetrando.

Taiwán y Corea tienen una dotación de recursos naturales relativamente pobre y sus características iniciales fueron similares a las de los países latinoamericanos. Iniciaron su proyecto de desarrollo con una eficiente y extensa reforma agraria y mejorando la infraestructura del agro. Crearon condiciones institucionales muy favorables para el crecimiento y el gobierno asumió unos propósitos y compromisos bien definidos, respecto al desarrollo material de sus sociedades. Asimismo, se trazaron metas claras respecto al desarrollo

humano de su población, procurando, especialmente, elevar los niveles de educación. Con ello les fue posible incrementar sustancialmente la productividad del factor humano.

Han mantenido, por otro lado, una razonable protección a la producción agrícola e industrial dirigida al mercado interno, pero teniendo como objetivo principal el desarrollo de una industria exportadora eficiente y competitiva.

Actualmente, estos países tienen niveles sustancialmente mejores que hace unas décadas en lo que se refiere a la educación, la alimentación, la salud y la vivienda. Además, la distribución del ingreso se ha hecho más igualitaria.

Los modelos de estas economías son muy similares al seguido por Japón, que en este siglo se convirtió en una potencia económica y tecnológica emergente y se ha colado, no sólo en los mercados internacionales, sino en todo tipo de actividad económica a nivel mundial.

Quizás otra experiencia reciente interesante, aunque menos pertinente para nosotros, la presenta Israel, donde, en una forma poco ortodoxa, la mano visible del Estado organiza e interviene en todas las actividades económicas, lo que ha definido una economía muy competitiva internacionalmente. Son muy conocidos los notables resultados de la economía israelí, a pesar de sus exiguos recursos naturales y su permanente beligerancia con sus vecinos. De todas estas experiencias, la más relevante para nosotros es la de los países del sudeste de Asia. Veamos esto con mayor detalle.

LOS TIGRES INDUSTRIALES

*"Cuatro décadas atrás, Asia parecía condenada a la pobreza. La mitad de la fuerza laboral japonesa estaba en el campo; la otra mitad, trabajaba en las plantas industriales que apenas tenían el 15% de la productividad de Estados Unidos. 'Hecho en Japón', significaba baratija. Shanghai, otrora una de las más dinámicas ciudades asiáticas, había caído bajo el comunismo de Mao; sus refugiados fueron a parar a una pequeña isla sin futuro, llamada Taiwán. Corea era más pobre que Sudán y estaba al borde de una guerra civil. Hong Kong y Singapur eran pequeños puertos muy activos, pero no más de eso."*¹

Hoy, sin embargo, la región exhibe un asombroso progreso material que nadie hubiera podido vaticinar en esos años. Anteriormente, las actividades económicas mundiales estaban concentradas a ambas orillas del Atlántico: Europa y Estados Unidos. Con el surgimiento de las economías asiáticas, el crecimiento industrial y el comercio están desplazándose hacia el este, con lo cual se modifica, gradualmente, el atlas de la pobreza.

Aparte del Japón, que hoy por hoy está a la cabeza de las naciones industrializadas, los resultados más espectaculares dentro del conjunto de las naciones del este, lo constituye el prodigioso crecimiento, en las tres últimas décadas, de los llamados "tigres asiáticos": Taiwán, Corea del Sur, Singapur y Hong Kong.

Durante ese período, estos países han tenido el mayor crecimiento en el mundo del ingreso per cápita, pero el avance cualitativo de la producción es todavía más impresionante. En la

¹. "Asia's Emerging Economies", **The Economist**. 16 de noviembre de 1991, pág. 3, (Traducción del autor).

década del sesenta, cuando estos países emprendieron su carrera de progreso, sus exportaciones consistían en bienes industriales elaborados con alto contenido de mano de obra barata. Muchos de ellos eran el resultado de una simple operación de ensamblaje que se realizaba para empresas internacionales en las zonas francas industriales. Estas zonas especiales de exportación no se conceptualizaron como un objetivo en sí mismo, sino que, por el contrario, constituyeron una plataforma sobre la cual se lanzó el ulterior desarrollo industrial. En otras palabras, ese estadio fue superado rápidamente para pasar a sucesivas etapas de desarrollo de mayor complejidad tecnológica. En la actualidad, los cuatro tigres exportan dos veces más bienes industriales que el conjunto de las naciones latinoamericanas, con una población que representa apenas una sexta parte de estas últimas.

Las dos economías más grandes, Taiwán y Corea, compiten en el campo del desarrollo y la innovación tecnológica, al extremo que "*...pueden ser los primeros países en desarrollo en enrolarse a la docena de estados en el mundo miembros del 'Club de Innovadores', cuyos participantes han sido extraordinariamente estables*".² Se trata, como se ha llegado a decir, de un desarrollo industrial sin precedentes en la historia de la humanidad.³

Pero esto no es todo. Cuando iniciaban las primeras etapas del proceso, no hubo una particular preocupación por los aspectos distributivos, como sucedió en el caso de las economías del Cono Sur y en el resto de Latinoamérica, en general. Aunque ofrecieron una elevada prioridad a la educación de la población, hubo otros aspectos, tales como la protección al trabajador y otros beneficios sociales, los cuales quedaron en un plano de importancia secundaria frente a los esfuerzos que se comprometieron con la eficientización de la producción. A pesar de ello, estas sociedades surgen hoy como algunas de las más igualitarias en todo el mundo, y han llegado a alcanzar notables logros en el campo social. Los índices de

². Robert Wade, **Governing the Market**, Princenton University Press, 1990, pág. 4. (Traducido por el autor).

³. Asia's Emerging Economies, *opus cit*, pág. 3.

esperanza de vida, mortalidad infantil, escolaridad, compiten con los correspondientes a los países industrializados de occidente. En efecto, Corea se encuentra dentro del grupo de países considerados por las Naciones Unidas como de alto desarrollo humano.

El éxito de estos países contrasta dramáticamente con los resultados del resto de las economías del Tercer Mundo, particularmente con el masivo fracaso de las sociedades latinoamericanas.

Debemos advertir, no obstante, que los casos de Hong Kong y Singapur no parecen ser útiles para los fines de comparación con nuestros países. Se trata de ciudades-estado, cuyos orígenes y evolución no son compatibles con el resto de las economías pobres.

*"La experiencia de las ciudades-estado de Hong Kong y Singapur, las cuales dependen sustancialmente de unas condiciones geográficas e históricas únicas, no son pertinentes para la mayoría de los países en desarrollo."*⁴

El desarrollo de Hong Kong surgió de unas condiciones muy particulares. Fue resultado de una concentración de empresarios y capitales provenientes de la China revolucionaria, que aplicaron sus recursos y talentos en el aprovechamiento de la ubicación estratégica de la ciudad-puerto, desde el punto de vista del comercio de la región y del clima de libertad económica de la colonia.

Singapur es un caso más interesante. Inició su desarrollo también en base a su privilegiada ubicación geográfica, que la convirtió en un tradicional puerto de distribución comercial. De un centro comercial, ha pasado a ser un centro manufacturero orientado hacia los mercados externos, llegando a alcanzar un desarrollo industrial altamente tecnificado y eficiente. El país compite en los mercados internacionales en las ramas de petroquímica, aeroespacial, biotecnología e informática. La agresividad comercial de este

⁴. Lawrence J. Lau, *Models of Development*, ICS Press, 1986, p. 2, (traducido por el autor).

pequeño país vista desde aquí, nos lo hace aparecer como la Fenicia moderna, frente al mar, en busca de nuevos mercados.

Respecto a Singapur, sin embargo, existe la apreciación equivocada de que su éxito es el fruto de la aplicación del modelo neoliberal. Es cierto que el país mantiene un exiguo nivel arancelario y, consecuentemente, una gran apertura hacia el exterior, pero el proceso de desarrollo no ha sido el resultado del modelo de "dejar hacer", sino que ha sido un proceso inducido de forma deliberada a través de incentivos fiscales, financiamiento, apoyo técnico y otros instrumentos de promoción de la producción. Ha llegado a ser calificado, incluso, como el "...*modelo más dirigista del mundo.*"⁵

No hay duda de que las "*nuevas economías industrializadas*"⁶, como también se las conoce, de Taiwán y Corea, por su semejanza con los países latinoamericanos, pueden ofrecernos importantes y decisivas orientaciones. No es posible ni conveniente reproducir el modelo de estas dos naciones, pero, ciertamente, de ellas podemos extraer lecciones sobre cómo organizar nuestras economías. Precisemos este asunto.

En forma simple, el esquema de política económica aplicado en el modelo coreano es el siguiente:

- encarecer el producto extranjero importado que compite con la producción nacional, mediante la imposición de aranceles relativamente altos y gravar los insumos y materias primas importadas con tasas más bajas. Un régimen claramente de sustitución de importaciones al estilo latinoamericano;

⁵ "Asia's Emerging Economies", **opus. cit.**, Pág. 4. (Traducido por el autor).

⁶. Inicialmente, se utilizó el término "nuevas economías industrializadas" para los países más grandes de Latinoamérica. Lamentablemente, salvo Brasil, nuestros países no respondieron a estas expectativas.

- crédito subsidiado --tasa de interés por debajo de las vigentes en el mercado para determinados sectores productivos;
- control de cambio, es decir, el estado controla los flujos de ingresos y egresos de divisas;
- control sobre la inversión extranjera;
- acceso preferencial a las divisas de determinados sectores productivos.

Se trata de los mismos mecanismos de promoción que se utilizan en el modelo latinoamericano de sustitución de importaciones, los cuales, a todas luces, son incompatibles con los esquemas neoliberales.⁷

Si los coreanos han utilizado un modelo dirigista con los mismos instrumentos que se vienen aplicando en nuestros países, ¿cómo es que los resultados han sido tan diametralmente diferentes?

Sin entrar en una discusión detallada de este tema, veamos algunos aspectos especiales que han sido destacados en los estudios que se han realizado sobre este asunto.

La primera y, quizás, más importante discrepancia es que las políticas económicas en Latinoamérica privilegiaban la producción dirigida al mercado interno y discriminaban en contra de las actividades de exportación. Por su parte, los asiáticos tienen como principal objetivo la penetración de los mercados externos. El régimen de incentivo a la producción nacional, en otras palabras, está diseñado para apoyar las iniciativas exportadoras.

La industria latinoamericana de sustitución de importaciones surgió con el principio de la industria naciente, para lo cual nuestros

⁷. El modelo de Taiwán es similar al coreano. Para un extenso y acabado análisis de la naturaleza intervencionista del Estado en estas economías, véase Robert Wades, *opus cit.*

países levantaron una muralla arancelaria, a fin de defenderse de la competencia extranjera. La estrategia de los asiáticos mantiene las murallas defensivas, pero sin quedarse pasivamente resguardados por ésta, sino que salen de su frontera a buscar el competidor y vencerlo en los mercados internacionales.

El objetivo fundamental de estas economías es la exportación. En ese empeño, se comprometen todos los recursos económicos y humanos y han llegado a desarrollar lo que podríamos llamar una cultura exportadora.

De ninguna manera se quiere implicar con esto que el desarrollo económico es cuestión de aplicar determinados mecanismos de promoción a la producción y orientarla hacia los mercados externos. Lamentablemente, las cosas no son tan simples. Al destacar estos aspectos del modelo asiático, la intención es poner de relieve que la orientación de la producción puede tener obvias y decisivas implicaciones para las posibilidades del desarrollo económico de un país. Quedan, naturalmente, otros aspectos que deben ser tomados en consideración.

Por ejemplo, habíamos dicho anteriormente que el subdesarrollo es una condición cultural. Es decir, el subdesarrollo no se encuentra en la infraestructura física: en la disponibilidad de carreteras, puertos, fábricas, sino que es una condición cultural definida, en gran medida, por los valores sociales y la forma en que están condicionadas las personas por las actitudes hacia el trabajo, el ahorro y la disciplina social.

"En Corea, dada la pobreza previa del país, parece que nunca se afirmaron pautas de consumo suntuario típicos de América Latina. De este modo, el crecimiento del ingreso y del ahorro, una vez iniciado el proceso de expansión, fomentó la formación de capital y su inversión reproductiva. En otros términos, el comportamiento del empresariado y de los grupos de altos ingresos de Corea se ajustaron al modelo manchesteriano, en contraste con el despilfa-

*rro de nuestros países. Por otro lado, la organización sindical y política de America Latina planteó temprano una puja por la distribución del ingreso que no parece haberse dado hasta ahora en Corea"*⁸

Los teóricos que se han ocupado de este asunto ponen de relieve que las condiciones culturales explican, en buena medida, el notable éxito de las economías asiáticas. Entre ellas se destacan, particularmente, el respeto por los mayores, la lealtad a la nacionalidad y una ética centrada en el trabajo y la disciplina. Esto sintetiza lo que se ha llamado la "ética de Confucio", la cual rige a las sociedades asiáticas. Hubo una época en que se decía que estos mismos valores asiáticos representaban fuertes inflexibilidades culturales que obstaculizaban el desarrollo. Hoy son reconocidos como los puntales sobre los cuales los asiáticos construyen su nueva sociedad.

La ética de Confucio parece que también ha determinado una gran frugalidad en los hábitos de consumo de estos pueblos, sobre todo si se los compara con los países latinoamericanos. Pero aun así, la importación de bienes de consumo es una variable que se ha mantenido bajo el control de las políticas económicas.

Mucho se ha especulado y se ha escrito sobre los factores o estrategias que condujeron a estas economías a su pasmoso desarrollo económico. En definitiva, el éxito de las economías asiáticas resulta de que fueron capaces de definir metas muy claras y abrazaron el compromiso político para llevarlas a cabo. Estas pueden resumirse como sigue:

⁸ Aldo Ferrer: "Reflexiones sobre las Industrializaciones Sustitutivas y Exportadoras: Corea y la América Latina", *Trimestre Económico*, Vol (2), Núm. 198, Pág. 637.

- la educación de su población; y
- la preeminencia que se otorgó al sector exportador frente a otros sectores de la economía.

Lo anterior es mucho más que una conclusión de este trabajo. Es un mensaje que nos envían los asiáticos y que nosotros debemos descifrar, comprender y asimilar a nuestros esfuerzos por lograr el desarrollo económico.

El inusitado desarrollo de Taiwán y Corea del Sur, por un lado, y la intensa influencia neoliberal para que los países subdesarrollados modifiquen sus estrategias de desarrollo, por el otro, han suscitado un debate sobre la naturaleza del modelo aplicado por estas economías asiáticas.

Uno de los aspectos más relevantes es que el esquema de política económica puesto en ejecución por estos países está orientado hacia afuera, o sea, hacia los mercados internacionales. En este propósito se involucran todos los recursos de la sociedad. Sobre este asunto no ha habido discusión. Todos reconocen que se trata de un modelo exportador. La controversia está centrada en lo referente al papel desempeñado por el Estado en el notable progreso económico y social alcanzado por estas naciones.

Inicialmente, algunos economistas relacionados con las instituciones internacionales que promueven el esquema neoliberal, atribuyeron el éxito de estas economías al simple sistema "laissez faire". Tal parece que se confundió el fuerte énfasis hacia la competencia en el mercado internacional con la libertad del mercado.

Sin embargo, la cobertura y profundidad de la intervención del gobierno en todos los aspectos de la sociedad eran demasiado evidentes para pasarlas por alto, por lo que el enfoque tuvo que ser modificado. Algunos aducen ahora, siempre inscritos dentro del neoliberalismo, que la acción estatal en estos países ha estado dirigida, exclusivamente, a corregir las fallas del mercado. Se admite, por lo tanto, que el mercado no siempre maximiza la

actividad económica y que en esta situación conviene la intervención del gobierno.

Este planteamiento, sin embargo, diluye la discusión entre los neoliberales y buena parte de sus contradictores y la convierte en un asunto de interés puramente académico. Las cosas quedarían así: siempre y cuando el Estado pueda mejorar los resultados del mercado, aquél debe intervenir. Pero este criterio no tiene ninguna utilidad práctica.

Hemos repetido a lo largo del texto, que para los economistas que no comparten la orientación neoliberal, una de las tareas más difíciles es identificar cuándo y cómo intervenir en el mercado. Aquéllos que han tenido la responsabilidad de formular y aplicar políticas económicas conocen esta experiencia.

En realidad, la intervención gubernamental en las economías coreana y taiwanesa se ha ido modificando a lo largo del tiempo. De hecho, en la medida que estas economías han alcanzado progresivamente un mayor grado de madurez y competitividad internacional, han liberalizado gradualmente las políticas económicas. Ahora bien, los gobiernos han ido más allá de la simple corrección de las deficiencias del mercado. Han creado la infraestructura física necesaria, han logrado un efectivo desarrollo humano en sus sociedades y, en los casos en que ha sido necesario, han promovido empresas industriales. Han actuado en forma práctica y sin dogmas.

Visto a la distancia y retrospectivamente, puede decirse que el Estado en estas naciones ha hecho, oportunamente, lo que le correspondía hacer. Y lo más extraordinario del asunto es que parece que lo ha hecho bien.

EL CONO SUR

No podemos terminar esta revisión del neoliberalismo y de ciertas experiencias históricas sin aludir a los experimentos neoliberales en Chile, Argentina y Uruguay, en la década del setenta, los

cuales son aleccionadores y poseen mucho significado para nuestros países. Se trató de una situación única, que difícilmente se produzca de nuevo, puesto que fueron experimentos realizados en economías en un estadio muy particular de su desarrollo económico y en un contexto especial, tanto en lo político como en el plano internacional. Esos procesos de transformaciones económicas cobran inusitado interés en la actual coyuntura en que nos llegan desde el Norte, vientos de cambios económicos de gran intensidad.

Los tres países que integran el llamado Cono Sur eran, en los años 40, las economías más avanzadas de Latinoamérica. Habían desarrollado una diversificada e intensa plataforma industrial, exhibían los mayores coeficientes de producto industrial. Tenían, igualmente, los mayores indicadores de ingreso per cápita y unas modernas y extendidas zonas urbanas, así como un avanzado sistema de previsión social, conjuntamente con una provisión de servicios básicos que no quedaba muy por debajo de las economías industrializadas del Norte.

Sin embargo, estos países fueron perdiendo su posición cimera en la región debido al pobre "performance" de sus economías. La producción per cápita apenas creció, la producción agrícola se estancó, la industria se mostraba cada vez más ineficiente, y el sector de exportación tradicional y no tradicional fue reprimido por todos los medios posibles.

Este fue el resultado obligado de llevar un modelo de desarrollo a sus últimas consecuencias, el cual, si bien es cierto se justificaba en el entorno internacional en que emergió, no era viable a largo plazo. Como hemos visto, la mecánica del modelo generó un proceso inflacionario crónico y unos déficits fiscales y de cuenta corriente de carácter inmanejable.

En síntesis, el singular proceso de industrialización hacia adentro de estos países, definió una estrategia de desarrollo en que se involucraron todos los recursos y posibilidades de esas economías. Pero esta es una historia bien conocida. Lo que interesa destacar es que, al iniciar la década del setenta, el crecimiento de estas economías estaba totalmente trabado por los mecanismos de intervención

estatal que insistían en la protección de una industria de muy baja productividad.

De esta manera, se creó el escenario que hizo posible que el neoliberalismo se adoptara por primera vez en la historia como una estrategia de desarrollo económico.

Empecemos con Chile, que es donde se inicia la aplicación de los preceptos neoliberales y se realiza con mayor pureza y determinación, por un período relativamente prolongado.

El análisis de ese período de la historia económica chilena se hace difícil, porque Chile resulta doloroso para los latinoamericanos. La aniquilación de una de las más arraigadas democracias de la región ha sido asociada a la imposición cruenta de los principios neoliberales. Otro tanto se puede decir del caso uruguayo. Debemos, por lo tanto, aproximarnos a estas situaciones, tratando, en lo posible, de que no interfieran nuestras reacciones emocionales en el análisis del asunto.

Todos conocemos que a principios de la década del setenta, el país se embarcó en un proceso de transformaciones socialistas que deben calificarse de revolucionarias por la velocidad y la intensidad de los cambios. Se destacan, en este proceso, las masivas nacionalizaciones de los activos productivos que fueron traspasados desde el sector privado a manos del Estado. Las grandes empresas industriales, la banca comercial y una buena proporción de las tierras cultivables, fueron nacionalizadas. Se trataba, a todas luces, de medidas improvisadas, que complicaron aún más el desequilibrado panorama macroeconómico.

Estas radicales transformaciones, no sólo se ejecutaron fuera de un contexto programático, sino, posiblemente, sin el necesario respaldo popular. Adicionalmente, se escogió un momento poco apropiado de la economía chilena, ya que todavía estaba sufriendo una de las peores caídas en el precio del cobre, producto que generaba la mayor parte de los ingresos corrientes del país. En otras palabras, el experimento socialista no tuvo ninguna fuente de financiamiento. Con una coyuntura internacional favorable y una

mejor posición de reservas, quizás el proceso no habría sido tan traumático. Pero no fue así.

Lo que realmente sucedió fue que la producción se retrotrajo, la inflación salió fuera de todo control, los salarios reales se redujeron, el desorden se entronizó en toda la economía, la situación política se internacionalizó. Y, finalmente, cayó abatido uno de los principales reductos de las libertades latinoamericanas.

Aunque con menos espectacularidad, en el Uruguay fueron las mismas condiciones las que abrieron el camino hacia las políticas neoliberales. Por un lado, el embotellamiento secular de la economía; por el otro, la situación de corto plazo en que los notables desequilibrios macroeconómicos determinaron que la espiral de precios se hiciera hiperinflacionaria.

En este país, el modelo neoliberal toma una forma más atenuada, o quizás, más práctica. El proceso de liberación de las importaciones se planea para llevarse a cabo más gradualmente y, sobre todo, se aplican importantes incentivos a las exportaciones, subsidiándolas a través del crédito concesionario, lo cual es incompatible con la doctrina neoliberal.

Argentina, por su parte, es el último país del grupo en la aplicación de este modelo. Las condiciones previas al neoliberalismo no fueron las mismas que en los otros dos países, por lo menos en cuanto a la gravedad de los desequilibrios macroeconómicos de corto plazo. El argentino pareció ser, más bien, un caso de contagio, donde los factores políticos fueron sustancialmente más influyentes que los económicos.

En los tres casos hubo una primera etapa en que la política económica tenía como objetivo fundamental la estabilidad macroeconómica. Aunque muchos insisten que en esta etapa se aplicó un programa neoliberal, éste, más bien, representó un programa de estabilización de corte tradicional, que tuvo que ser aplicado por las fuerzas de las circunstancias. La situación imperante exigía poner bajo control los macroprecios.

Este período de estabilización de los agregados macroeconómicos, en cualquier otro país habría sido relativamente corto, pero en el Cono Sur la estabilización parece tomar un tiempo directamente proporcional a los largos años de desajuste, distorsión e inflación a que sus economías han estado sometidas.

En Chile, en estos primeros esfuerzos, además del equilibrio presupuestario, las restricciones monetarias y otras medidas tradicionales, fue necesario restaurar los mecanismos de mercado y de precios. La mayoría de los precios de los bienes y servicios se encontraban bajo control, así como los mercados cambiario y de capital. Los mercados, en otras palabras, habían dejado de ejercer su función de asignar los recursos. Se imponía la desregulación de estos mercados como una condición previa a la estabilización, lo cual, en este entorno, no representaba una política de tipo neoliberal exclusivamente, ya que, prácticamente, en cualquier enfoque esto hubiera sido necesario.

En este país, las profundas distorsiones de los mecanismos económicos y la severidad de los desequilibrios justificaron el conjunto de medidas a que se recurrió en el momento, incluyendo el reforzamiento de los mercados. Naturalmente, siempre se puede discutir el orden de prelación en que se ejecutaron estas medidas y la rapidez e intensidad con que se aplicaron. Pero en realidad, no había gran margen de maniobra.

Entre otras cosas, se revirtieron los procesos de estatización de los activos productivos que el régimen socialista había ejecutado. En cuanto a las estratégicas minas de cobre, el dogma dio paso al pragmatismo, y el Estado retuvo la posesión de este importante sector productivo.

Lo que hizo este programa diferente, fue el ambiente represivo en que se impuso y la forma en que se desarticulaban las presiones laborales.

El modelo neoliberal realmente cobró cuerpo cuando las medidas de estabilización se mantuvieron como parte de la política de largo plazo destinada a promover y sostener el crecimiento

económico. Es decir, las políticas coyunturales de ajuste pasaron a ser parte de la estrategia de desarrollo. Este enfoque (1976 en adelante), conjuntamente con otras políticas tendentes a profundizar el modelo (drástica reducción de los niveles arancelarios, control presupuestario, y la liberalización y apertura financiera hacia el exterior que permitió el libre endeudamiento externo del sector privado), vinieron, realmente, a definir por primera vez en el mundo, la adopción deliberada de una estrategia de desarrollo neoliberal.

Aunque nunca se llegó a controlar totalmente la inflación, en el período 1976-1981 se registró una reactivación de las actividades económicas. La producción se recuperó notablemente, las exportaciones y las reservas internacionales crecieron rápidamente y mejoraron los niveles de salario real. Fue el momento más brillante del experimento y muchos veían en este auge el fruto del nuevo modelo: la economía se había puesto en marcha. Ya era cosa de esperar que las fuerzas del mercado siguieran promoviendo el progreso económico.

Pero las "libertades económicas" que se suponía propiciaban aquel auge de la producción habrían de hacer inviable el modelo.

Durante ese lapso, las importaciones simplemente se dispararon, en particular las de bienes de consumo. No controlar uno de los agregados económicos más estratégicos, el consumo, constituyó un punto débil del modelo neoliberal.

Aquí cabe recordar que en el esquema asiático el consumo se mantiene bajo control a fin de liberar los recursos para ser aplicados a los esfuerzos del desarrollo. Este aspecto cobra mayor relevancia en nuestros países donde se han arraigado patrones de consumo que no corresponden a nuestro nivel de desarrollo.

Precisamente una de las características del período analizado fue el rápido crecimiento de las exportaciones tradicionales, cuyas cotizaciones internacionales habían mejorado y la expansión de los volúmenes exportados de bienes no tradicionales. A pesar de este auge exportador, el rápido crecimiento de las importaciones no

permitió que mejorara el saldo de la cuenta corriente debido a que las fuerzas del consumo quedaron liberadas, lo que se tradujo en crecientes adquisiciones de bienes importados. A pesar de que la cuenta corriente no tuvo un saldo favorable, se registró un rápido crecimiento de las reservas internacionales, ocasionado por el fuerte proceso de endeudamiento. Este proceso fue propiciado por el clima de apertura, la abundante liquidez que disponía la banca internacional, la confianza que ofrecía el régimen militar a la banca extranjera y las altas tasas de interés real prevalecientes en la economía.

En resumen, los ingresos de divisas y las reservas internacionales crecieron rápidamente, como consecuencia del crecimiento de las exportaciones tradicionales y no tradicionales y del endeudamiento externo. Al mismo tiempo, la producción se recuperaba significativamente.

Pero en nombre de la "libertad económica", se habían dejado asuntos muy importantes fuera de control. El déficit en cuenta corriente no amainaba, y el endeudamiento interno y externo estaba fuera de cauce. La burbuja financiera, como se ha llamado a este proceso, siguió creciendo peligrosamente. Los responsables de la conducción económica, sin embargo, tenían confianza en la eficiencia de los mercados y en que éstos podían sortear cualquier dificultad. Esta visión no les permitió ver lo que era tan evidente: no es posible mantener indefinidamente el crecimiento económico en base al endeudamiento. Se dejó, por lo tanto, que la burbuja se siguiera inflando, y pasó lo que tenía que pasar.

Ya en 1981, el déficit de cuenta corriente alcanzaba niveles inmanejables; las empresas, que estaban fuertemente endeudadas a tasas de interés reales muy elevadas, empezaron a dar muestras de su incapacidad para pagar la deuda contraída, y la banca vio crecer la proporción de los préstamos que quedaban al descubierto. El incumplimiento de los pagos se extendió a la deuda externa. La producción, por su parte, se desplomó, y las autoridades tuvieron que intervenir para evitar un colapso total del sistema financiero. Paradójicamente, el régimen, negado a intervenir y subsidiar al sector privado, se vio obligado a transferir una suma colosal,

superior a los 2,000 millones de dólares, para evitar la bancarrota del sistema financiero.

La recesión mundial de 1982 y la suspensión de los créditos de la banca privada internacional a los países pobres, le dio el tiro de gracia a la economía chilena, la cual colapsó en forma dramática. La producción nacional cayó en un 15%, la disminución más elevada en todo el continente y, posiblemente, en el mundo entero.

La crisis mundial de 1982 puso en evidencia la vulnerabilidad y debilidad de la economía chilena en el contexto internacional. El país quedó fuertemente endeudado. La banca extranjera, reconociendo la incapacidad de repago de la deuda, envió el portafolio chileno a los mercados secundarios junto con los del resto de países latinoamericanos, que habían quedado atrapados en la iliquidez y recesión mundiales.

La crisis fue frustratoria. Los avances logrados en la estabilidad macroeconómica y en la producción se disiparon de golpe, y el ingreso per cápita regresó a los niveles de la época del régimen socialista. Junto con los muchos mártires chilenos, se había perdido la década y una brillante oportunidad de encauzar la economía por un sendero de verdadera prosperidad económica.

Por su parte, las economías argentina y uruguay se desplomaron en forma similar a la chilena, por lo que la estrategia neoliberal quedó mal parada. En la actualidad, todos, neoliberales y sus contendientes, se acercan a la caja negra del gran colapso de la economía chilena para revisar lo sucedido y extraer las grandes lecciones que de ello se derivan.

Hoy nos preguntamos: si Chile hubiese controlado el consumo y el flujo de capitales internacionales y, por ende, el endeudamiento externo, y si hubiese aplicado políticas más agresivas en el fomento de las exportaciones, ¿se habría evitado el colapso de 1982?

OTROS EXPERIMENTOS NEOLIBERALES

Precisamente en el año 1980, en que las políticas neoliberales empiezan a hacer crisis en Chile, se inicia en Estados Unidos otro proceso de experimentación neoliberal, cuando el presidente Reagan recibe la economía norteamericana totalmente deprimida, con una inflación sin precedentes y altos niveles de desempleo. Ante esa situación se aplica un conjunto de medidas de orientación neoclásica: se disminuyen las tasas impositivas y se trata de "desregularizar" las actividades económicas removiendo las injerencias del Estado. Al igual que en Chile, se entra en un fuerte proceso de endeudamiento externo y Estados Unidos pasa, de ser el primer acreedor de la economía mundial, a ser el primer deudor.

Naturalmente, la economía recobró temporalmente su vitalidad, pero el proceso terminó agotándose y, en la actualidad, se encuentra atravesando por un profundo y prolongado período de aletargamiento. Todo parece indicar que se tendrá que regresar a las políticas intervencionistas keynesianas. Algo similar ocurrió en la Inglaterra neoliberal de la Sra. Thatcher.

La economía mejicana, al igual que el resto de los países del área, durante buena parte de la década del ochenta sufrió un prolongado y profundo proceso de ajuste. Pero los mejicanos fueron más allá que sus vecinos, siguiendo las pautas neoliberales: desmontaron la protección que resguardaba la producción nacional, llegando a reducir los niveles arancelarios a un 10%. Los resultados, sin embargo, no han sido nada halagüeños. Aunque han aparecido nuevos renglones de exportación como resultado de la especialización productiva, éstos no han podido compensar la avalancha de las importaciones, todo lo cual se ha traducido en un déficit de cuenta corriente de difícil y delicado manejo. La economía, por su parte, ha registrado un crecimiento mediocre. En los años 1989 a 1992, la producción ha aumentado en forma similar al promedio latinoamericano y algo por debajo, incluso, de los países centroamericanos, incluyendo a Panamá.

En comparación con Chile, a Méjico le ha faltado la favorable coyuntura en los precios internacionales de los productos tradicionales de exportación, como ha tenido Chile a partir de 1983, y le ha faltado, también, el agresivo esquema chileno de promoción de exportaciones.

La crisis de los primeros años de la década de los 80 obligó al régimen militar a revisar sus esquemas, y se dieron importantes pasos hacia atrás. Se elevaron los niveles arancelarios, se aplicaron controles sobre los endeudamientos de la banca e, incluso, se llegó a promover la producción de sustitución de importaciones.

La economía chilena inició un nuevo período de crecimiento económico a partir de 1985, lo que contrasta con el resto de los países latinoamericanos, cuyas economías se encontraban en una etapa de depresión bajo el peso de la deuda externa y de la recesión mundial que había debilitado los mercados tradicionales de exportación. Por suerte para Chile, éste no fue el caso del cobre, cuyas cotizaciones internacionales aumentaron y siguen aún mejorando, y sustentaron, en buena medida, esta etapa de crecimiento.

Finalmente, es necesario destacar que las exportaciones no tradicionales han venido creciendo a un ritmo muy satisfactorio, gracias a una política expresa y dirigida del gobierno para su promoción. Esto fue, evidentemente, la consecuencia del desmantelamiento de la represión que por largas décadas se mantuvo sobre el sector agropecuario y de exportación.

La liberación de las exportaciones puso de manifiesto las potencialidades de la economía chilena para insertarse en los mercados internacionales. Claro está, la remoción de los factores antiexportadores no es una cuestión exclusiva del esquema neoliberal.

Cualquier planteamiento sensato de reorganización de nuestras economías terminaría proponiendo la necesidad de eliminar las tradicionales trabas a las exportaciones que han prevalecido en los países de la región. En el caso chileno, les tocó a los neoliberales poner en descubierto las grandes posibilidades productivas que habían sido reprimidas a lo largo de los años. No obstante, la evolución del modelo vino a definir un agresivo régimen de incentivo a las exportaciones, que desborda los lineamientos neoliberales. Sin embargo, los chilenos todavía se mantienen muy cortos respecto a lo que han hecho los países asiáticos con resultados tan exitosos en el campo de la promoción de las exportaciones. Este aspecto de la promoción activa de las exportaciones de la economía chilena es ajeno al enfoque neoliberal y representa uno de los logros más importantes del proceso por el cual ha atravesado esta economía sudamericana.

Por último, debe decirse que los bondadosos ingresos de las exportaciones tradicionales, vienen empujando el crecimiento económico y subvencionando las políticas liberales de consumo. Es evidente que este modelo será viable mientras se mantenga la favorable coyuntura internacional que hoy beneficia la economía chilena, la cual parece habrá de prolongarse por mucho tiempo.

Si la situación cambia, será necesario revisar ciertos aspectos liberales del modelo, particularmente los que tienen que ver con el consumo, pero la economía se seguirá beneficiando de su esquema exportador y habrá ganado un importante terreno en la conquista de los mercados internacionales. Ello representará una ventaja notable respecto a la mayoría de los países de la región que se mantienen a la zaga en el ordenamiento de su economía.

COROLARIO

De la rápida revisión histórica que hemos hecho en el último capítulo de este libro, desde los modernos procesos de industrialización hasta los experimentos neoliberales en el Cono Sur, podemos colegir dos importantes conclusiones.

La primera es el papel relevante del estado en cuanto a la determinación del sendero a seguir. No ha sido cosa de dejar el crecimiento económico a las libres fuerzas de la oferta y la demanda.

La segunda es que las economías del sudeste asiático han basado su crecimiento en los mercados externos y no en el interno, como intentaron las economías latinoamericanas.

Sin perder de vista los factores sociológicos, parece claro que la ausencia de decisión y voluntad de nuestros países para competir en los mercados internacionales, ha sido, en definitiva, el factor determinante del gran atolladero en que se encuentran estas economías.

Una de las conclusiones a que hemos arribado aquí, que posee mayores implicaciones para la definición de las políticas económicas a fin de promover el desarrollo en los países latinoamericanos, es que éstas deben estar basadas en dos aspectos esenciales:

- Uno es la promoción activa e inteligente de las exportaciones, mediante incentivos fiscales y de financiamiento, así como en la provisión de la infraestructura y los servicios básicos.

- El otro se refiere a que la posibilidad de desarrollar una economía moderna y competitiva está delimitada por la capacidad de la sociedad de difundir y asimilar los cambios tecnológicos. Es por ello que la educación es un elemento esencial en cualquier estrategia de desarrollo económico. La importancia de la educación está directamente relacionada con el atraso social de la población. Programas masivos de educación en todos los órdenes de nuestras sociedades quizás no sean suficientes para promover por sí mismos el desarrollo, pero los límites del crecimiento económico para nuestros países, están definidos, ciertamente, por los niveles de educación de la población.

Las propuestas neoliberales no hacen ningún planteamiento específico en cuanto a la educación. Por el contrario, reconocen la incapacidad de los mercados para enfrentar este aspecto tan decisivo, y aceptan la injerencia directa del Estado para proveer el servicio directamente o para financiarlo.

Tácitamente, los neoliberales reconocen que, cuando se trata de resolver los intrincados problemas relacionados con la pobreza, los mercados no constituyen el mecanismo más efectivo. El egoísmo y la persecución del interés propio, motivaciones que subyacen detrás del funcionamiento de los mercados y de la racionalidad económica, no son factores que puedan contribuir directamente a la erradicación de la pobreza. Y, sobre todo, no pueden hacerlo en el plazo relativamente breve que requieren los nuevos tiempos.

De modo semejante, las exportaciones no son privilegiadas dentro del esquema neoliberal, como tampoco la promoción de ningún sector productivo, ya que ello representaría la elevación artificial de la rentabilidad de un sector a expensas de otro. Sin embargo, la situación es muy clara. En nuestros países es imposible promover masivamente las exportaciones sin protección y ayuda especiales. La necesidad de subsidios que compensen las desventajas competitivas iniciales de las exportaciones, es muy ostensible, lo que convierte a estos mecanismos en casi inevitables.

Se puede anticipar que no pasará mucho tiempo sin que este asunto sea reconocido por los organismos internacionales que hoy promueven el neoliberalismo y éstos lleguen a incluir en sus futuras recomendaciones la promoción activa de las exportaciones.

En resumen, la propuesta neoliberal no da respuestas concretas a los aspectos esenciales: educación y promoción de exportaciones; se trata de un esquema insuficiente que no puede resolver, en términos prácticos, los problemas de las sociedades pobres.

Asimismo, se ha señalado que la fuerte intervención de los gobiernos de las naciones industrializadas en sus mercados agropecuarios se puede interpretar como un gran fracaso histórico de las fuerzas del mercado para asignar eficientemente los recursos productivos en este sector. Los ideólogos de las administraciones Reagan-Busch, hicieron caso omiso a este espinoso aspecto de la economía norteamericana. Los teóricos del Banco Mundial, por su parte, no tratan el asunto directamente. No sería una exageración decir que los neoliberales evaden el tema cuidadosamente y no tienen, por lo tanto, una posición clara sobre el régimen a que debe someterse el sector agropecuario.

Por otro lado, la necesidad de poner bajo control el nivel y la composición del consumo en las sociedades en desarrollo es otro asunto de importancia considerable que la estrategia neoliberal deja a cargo del "laissez faire". Las formidables influencias de las sociedades consumistas del norte sobre los patrones de consumo de las economías subdesarrolladas tienen, como hemos visto, decisivas implicaciones sobre las posibilidades de crecimiento económico. La orientación del consumo entra en conflicto con el dogma neoliberal, lo cual constituye, otra notable deficiencia de dicho esquema para la promoción del desarrollo económico.

En definitiva, ¿qué debemos hacer para encauzar nuestro desarrollo económico y social? El desarrollo económico es un proceso inteligente y deliberado, organizado por las fuerzas de cada país. Este proyecto, debe ser adecuado al grado de desarrollo, a las particulares estructuras productivas y a las condiciones externas.

Cada momento, cada situación puede requerir de soluciones diferentes.

En el caso de los países latinoamericanos, en términos generales, se requieren reformas en las estructuras agrarias, programas masivos de educación en su sentido más amplio, redefinición de la plataforma industrial dentro de un reordenamiento de todo el régimen de promoción e incentivos a la producción nacional, dirigido a la promoción de las exportaciones. Estos lineamientos se podrían ir afinando con un mayor grado de detalle, dependiendo de las condiciones particulares de cada economía; pero nunca se llegaría al grado de concreción y especificidad de la prescripción neoliberal, ya que las conclusiones de éstos, en su óptica, tienen validez universal: dejar actuar libremente a las fuerzas del mercado.

A todos nos sería más fácil que el enfoque neoclásico fuera el sendero correcto. Ojalá la experiencia chilena o de cualquier país de condiciones semejantes hubiera demostrado la certeza del rumbo neoliberal. Aun para los más ineficientes gobiernos latinoamericanos no habría mayor dificultad --técnica y administrativamente hablando-- en dismantelar las barreras arancelarias y exponer a los sectores productivos a la competencia externa, al mismo tiempo que el gobierno minimiza su injerencia en la economía, para luego sentarse a esperar que las mágicas fuerzas del mercado provoquen, por sí solas, el desarrollo económico.

La revisión que aquí hemos hecho sobre las experiencias de las economías que han tenido éxito en superar el atraso material, indica, claramente, que para lograr el desarrollo económico se requiere de la mano visible, torpe y poderosa del Estado, y que el neoliberalismo se asemeja a lo expresado por alguien: es un unicornio, del que todo el mundo habla, pero que nadie ha visto jamás.

BIBLIOGRAFIA

- Alemán, José Luis, "**Proteccionismo y Actual Neoliberalismo**", Listín Diario, Santo Domingo, 24 de diciembre de 1992.
- Avdakov, Poliansky, et al, **Historia Económica de los Países Capitalistas**. Editorial Grijalbo, México, 1965.
- Balassa, Bela, et al, **Hacia una Renovación del Crecimiento Económico en América Latina**. Institute for International Economics, Washington, 1986.
- Banco Mundial, **Informe sobre el Desarrollo Mundial 1990, La Pobreza**. Banco Mundial, Washington, 1990.
- Banco Mundial, **Chile, an Economy in Transition**, Banco Mundial, Washington, 1979.
- Banco Mundial, **Informe sobre Desarrollo Mundial 1992**. Banco Mundial, Washington, 1992.
- Banco Mundial, **Korea, Policy Issues for Long Term Development**. The Johns Hopkins University Press. Baltimore y Londres, 1979.
- Barleta, A., M. Blejer & L. Landau, **Economic Liberalization and Stabilization in Argentina, Chile and Uruguay:**

the Monetary Approach to the Balance of Payments.
Banco Mundial, Washington, 1984.

Bouzas, Roberto, "La Política Económica del Gobierno de Reagan: Bases para un Desorden Futuro", **Comercio Exterior.** Vol. 32 Num. 2, México.

Bresser Pereira, Luis & Yoshiaki, Nakano, **La Teoría de la Inercia Inflacionaria.** Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

Bruno, Michael, "Opening Up: Liberalization with Stabilization", **The Open Economy: Tools Policymakers in Developing Countries.** (Editores: Rudiger Dornbusch & F. Leslie C. H. Helmers), Oxford University Press, 1988.

Cairncross, Alec & Mohinder Puri, (Compiladores), **El Empleo, la Distribución del Ingreso y la Estrategia del Desarrollo Económico.** Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

Canto, Victor A. & Charles W. Kadlec, **Monetary Policy and the Economy: A Neoclassical View.** 1983, (Mimeo)

Castañeda, Tarsicio, **Para Combatir la Pobreza: Política Social y Descentralización en Chile Durante los Años '80.** Centro de Estudios Públicos, Chile, 1990.

CEPAL (Comisión Económica para la América Latina y el Caribe), **Equidad y Transformación Productiva: Un Enfoque Integrado.** Chile, 1992.

Chenery, Hollis & Moisés Syrquin, **La Estructura del Crecimiento Económico.** Editorial Tecnos, Madrid, 1978.

- Chenery, Hollis, **Cambio Estructural y Política de Desarrollo**. Banco Mundial, 1979.
- Devlin, Robert, "La Deuda Externa Vs. el Desarrollo Económico: América Latina en la Encrucijada. **Colección Estudios Cieplan**. Num. 17, Octubre de 1985.
- Fajnzylber, Fernando, "Reflexiones sobre la Industrialización Exportadora del Sudeste Asiático, **Revista de la Cepal**. Diciembre de 1981, Chile.
- Ferrer, Aldo, "Reflexiones sobre las Industrializaciones Sustitutivas y Exportadoras: Corea y la América Latina" **El Trimestre Económico**. México, L (2) Num. 198.
- Ferrer, Aldo, "El Monetarismo en Argentina y Chile", **Comercio Exterior**. Enero de 1981, México.
- Ferrer, Aldo, "La Economía Argentina al Comenzar la Década de 1980", **El Trimestre Económico**. México, Vol. XLVIII Num. 4
- Flores, Edmundo, **Dentro y Fuera del Desarrollo**. Fondo de Cultura Económica, México, 1973.
- Friedman, Milton, et al, **El Marco Monetario de Milton Friedman**. Premia Editora, México, 1978.
- Friedman, Milton & Rose, **Free to Chosse: a Personal Statement**. Harcourt Brace Joranovich, New York, 1980.
- Furtado, Celso, **Teoría y Política del Desarrollo Económico**. Siglo Veintiuno Editores S A, México, 1968.

- Furtado, Celso, "La Naturaleza del "Centro Cíclico Principal", **Revista de la Cepal**. Num. 42, Comisión Económica para la América Latina y el Caribe, Chile, 1990.
- Galbraith, John Kenneth, **The New Industrial State**. Houghton Mifflin Company Boston, Boston, 1967.
- Galbraith, John Kenneth, **Breve Historia de la Euforia Financiera**. Editorial Ariel S. A., Barcelona, 1991.
- Galbraith, John Kenneth, **La Cultura de la Satisfacción**. Editorial Ariel S. A., Barcelona, 1992.
- Harberger, Arnold, **World Economic Growth: Case Studies of Developing Nations**. ICS Press, California, 1984.
- James, William E., Seiji Naya, & Gerald M. Meier, **Asian Development: Economic Success and Policy Lessons**. International Center for Economic Growth, California, 1987.
- Kalmanovitz, Salomon, "Algunos Elementos de la Teoría y la Práctica Monetarista en América Latina:" **Comercio Exterior**. Vol. 31 Num. 1, México.
- Lau, Lawrence J., **Models of Development**. ICS Press, California, 1986.
- Luders, Rolf, "La Experiencia de Chile ante la Apertura Comercial", **Apertura Comercial y Ajuste de las Empresas**. Academia de Centroamérica y Centro Internacional para el Desarrollo Económico, 1992.
- Meier, Gerald, **Politics and Policy Making in Developing Countries: Perspectives on the New Political Economy**. ICS Press, California, 1991.

- Michalopoulos, C., "World Bank Programs for Adjustment and Growth", **Growth Oriented Adjustment Programs**. Banco Mundial, Washington, 1987.
- Naciones Unidas, **Handbook of International Trade and Development Statistics 1991**. 1992.
- Naya, Seiji, Miguel Urrutia, Shelley Mark, & Alfredo Fuentes, **Lessons in Development: A Comparative Study of Asia and Latin America**. International Center for Economic Growth, 1989.
- Organización de los Estados Americanos (OEA), **Reforma Tributaria para América Latina, IV, La Política Tributaria como Instrumento del Desarrollo**. Washington, 1972.
- Pinto, Aníbal, "Heterogeneidad Estructural y Modelos de Desarrollo Reciente de la América Latina, Inflación y Raíces Estructurales", **Serie de Lecturas**. Num. 5, México, 1973.
- PNUD, **Desarrollo Humano: Informe 1991**. Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1991.
- PUND, **Desarrollo Humano: Informe 1992**. Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1992.
- Ramos, Joseph, **Política Económica Neoliberal en Países del Cono Sur de América Latina, 1974-1983**. Fondo de Cultura Económica, México, 1989.
- Rathe, Magdalena & Santana, Isidoro, **El Impacto Distributivo de la Gestión Fiscal en la República Dominicana**, Ediciones de la Fundación Siglo XXI, Santo Domingo, 1992.

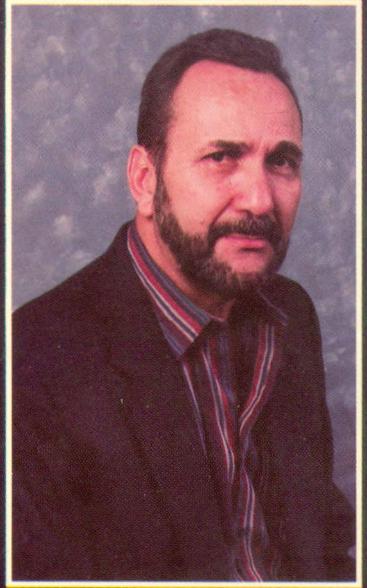
- Rathe, Magdalena & Santana, Isidoro, **Reforma Social: Una Agenda para Combatir la Pobreza**, Ediciones de la Fundación Siglo XXI, Santo Domingo, 1993.
- Schumacher, E. F., **Lo Pequeño es Hermoso**. Hermann Blume, Madrid, 1987.
- Seers, Dudley "La Teoría de la Inflación y el Crecimiento de las Economías Subdesarrolladas: La Experiencia Latinoamericana", **El Trimestre Económico**. México, Vol. XXX, Num. 19.
- Sunkel, Osvaldo, "El Fracaso de las Políticas de Estabilización en el Contexto del Proceso de Desarrollo Latinoamericano", **El Trimestre Económico**. México, Vol. XXX Num. 120.
- Sunkel, Osvaldo & Gustavo Zuleta, "El Neoestructuralismo Versus el Neoliberalismo en los años Noventa", **Revista de la Cepal**. Num. 42, Comisión Económica para la América Latina y el Caribe, Chile, 1990.
- Sunkel, Osvaldo, "El Marco Histórico del Proceso de Desarrollo y de Subdesarrollo", **Comercio Exterior**. Abril 1969, México.
- Taylor, Lancer, **Structuralist Macroeconomics: Aplicable Models for the Third World**. Basic Books, Inc., Publishers, New York, 1983.
- The Economist**. "Asia's Emerging Economics", 16 de noviembre de 1991.
- Wade, Robert, **Governing the Market**. Princenton University Press, 1990,

Wanniski, Jude, **La Hipótesis Mundell-Laffer: Una Concepción de la Economía Mundial**. 1977,(Mimeo).

Weber, Max, **Historia Económica General**. Fondo de Cultura Económica, México - Buenos Aires, 1961.

Williamson, J. "The Progress of Policy Reform in Latin America", **Policy Analysis in International Economics**. Institute for International Economics, Washington, Num. 28.

Esta primera edición de 1,000 ejemplares se terminó de imprimir en Editora Corripio, en el mes de febrero de 1994, en Santo Domingo, República Dominicana.



Estudios Económicos del Banco Central de la República Dominicana y la Oficina Nacional de Planificación (1973-1982).

Ha sido consultor nacional e internacional y ha dirigido numerosos proyectos de investigación.

En los últimos años se desempeña en el sector privado y es miembro de la Junta de Regentes del Instituto Tecnológico de Santo Domingo.

Este es un libro de economía para no economistas. La inflación, el desempleo, la devaluación son fenómenos que todos conocemos y sufrimos. Sin embargo, para los no versados en asuntos económicos, la comprensión de las acciones que son requeridas para prevenir o mitigar sus efectos, se presenta en un conjunto enmarañado de proposiciones de políticos y especialistas en el tema, que desalienta cualquier esfuerzo para entender la verdadera naturaleza de estos acontecimientos y las vías para controlarlos.

En esta obra se intenta una explicación, asequible a cualquier público, del funcionamiento de las economías latinoamericanas. Se trata de una exposición de fácil comprensión, en la cual se prescinde de los intrincados razonamientos y terminologías a que nos tienen acostumbrados los expertos. Se parte de la premisa de que, a pesar de las complejidades en que, en principio, percibimos la realidad social, en ella siempre subyace lo sencillo.

Desde el inicio de la exposición, a la vez que se hacen las explicaciones de los conceptos básicos, se coloca al lector en medio de la difundida controversia sobre la conveniencia de aplicar en nuestros países las políticas económicas propuestas por la escuela neoliberal.

En estas páginas se abordan los principales temas relativos a las fluctuaciones de los precios, la producción, la inversión y el consumo, el rol del dinero y otros aspectos fundamentales para el entendimiento de la fisiología de nuestras economías, y se finaliza con una revisión de las experiencias históricas de más relevancia sobre los asuntos tratados.